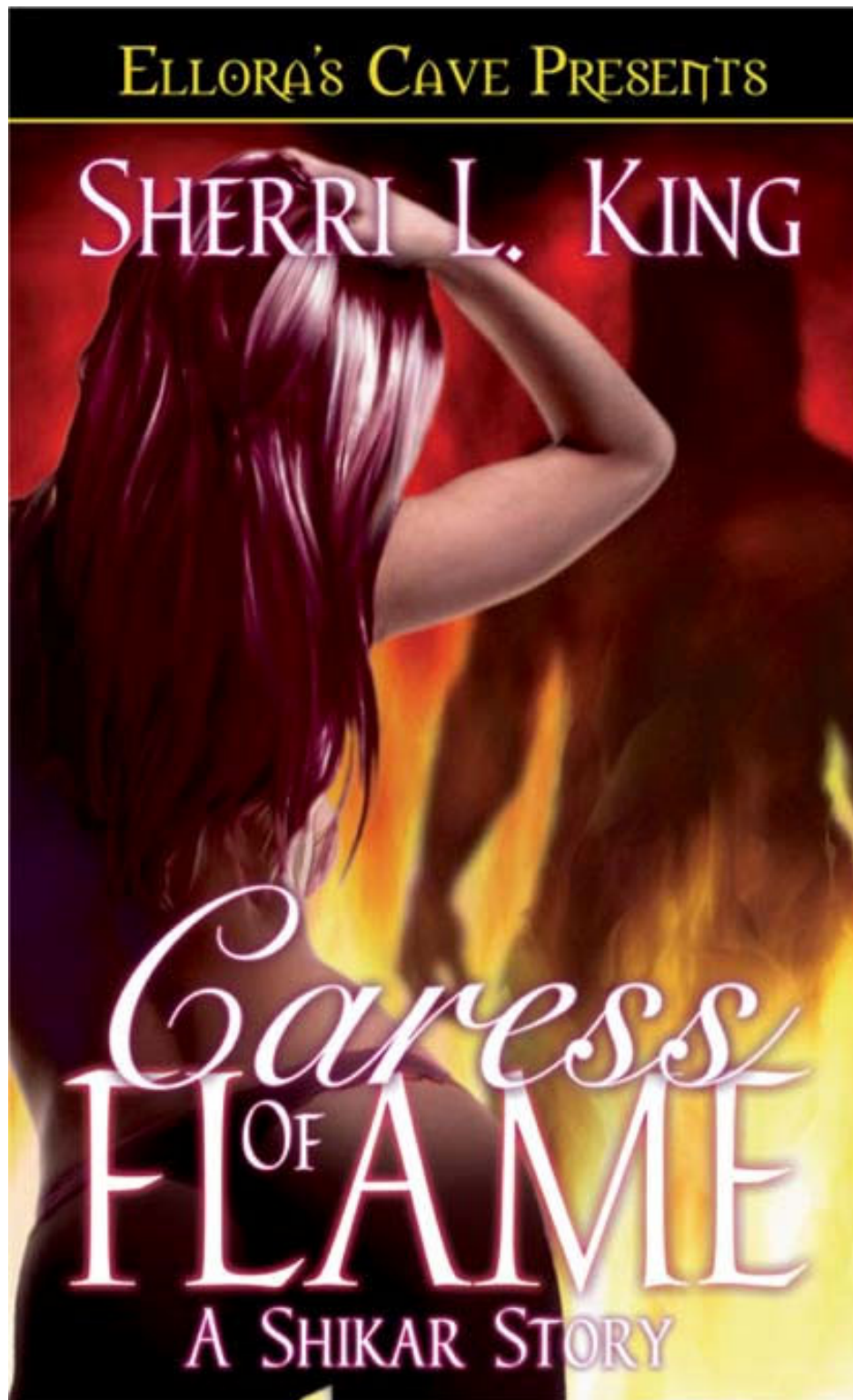


CARICIAS DE FUEGO



7º Libro de la Saga Shikar

Advertencia:

El siguiente material contiene contenido sexual gráfico destinado a lectores adultos. Esta historia ha sido clasificada como E-rotica por un mínimo de tres revisores independientes.

Existen tres niveles de lectura Romántica : **S** (S-ensual), **E** (E-rotica), y **X** (X-Trema).

S-ensual contiene escenas que son explícitas y no dejan nada a la imaginación.

E-rotica contiene escenas que son explícitas, no dejan nada a la imaginación, y contienen bastantes palabras de alto voltaje. Además, algunos títulos clasificados podrían contener material fantasioso que algunos lectores podrían encontrar reprobables, como el bondage, la sumisión, los encuentros del mismo sexo, seducciones forzosas, y así sucesivamente. Los clasificados contienen palabras más gráficas de lo normal, por ejemplo "puta", "polla", "coño", y otras muchas en su obra literaria.

X-trema difieren de libros **E** en cuanto en la trama e hilo de ejecución de la historia. A diferencia de libros **E**, las historias designadas **X** tienden a contener temas controvertidos para débiles de corazón.

Esta traducción ha sido realizada sin fines comerciales ni ánimo de lucro.

Resumen

Isis es una mujer obsesionada. Su vida es suya, sin embargo, no es feliz. Y sabe que nunca podrá serlo, hasta que ponga a descansar su traumático pasado. Pero antes de que pueda hacerlo, se encuentra atrapada en medio de una guerra que ha durado siglos.

Daemons. Monstruos surgidos de la boca del infierno quieren a Isis y sus habilidades especiales.

Flare es un guerrero Shikar de renombre, un Incinerador, capaz de crear y controlar el fuego. Pero cuando ve por primera vez a Isis, el ser humano que tiene encargado de proteger de la amenaza Daemon, el fuego que arde en el interior de su corazón se escapa a más allá de su control, incluso. Desea poseerla, pero Isis tiene profundas heridas que deben ser sanadas antes de que verdaderamente puedan unirse. Y sabe que su amor, *el de ambos*, puede conseguir cualquier cosa.

Pero primero debe convencer a Isis, antes de que los demonios y los fantasmas de su pasado les den alcance y la alejen para siempre.

Capítulo Uno

Isis se sentó ante el enorme e iluminado espejo y sorbió su caliente y cremoso café-latté. Estaba tan dulce como una barra de caramelo, pues le había puesto una tonelada de azúcar, estaba justo de la manera que le gustaba su café. Isis sabía que pronto recibiría el subidón de azúcar, lo cual era bueno, ya que tenía que subir al escenario en una hora y necesitaría cada onza de energía que pudiese reunir para convertirla en una buena función.

En su otra mano Isis sujetaba un arrugado sobre, agarrándolo fuertemente. Necesitaba peinarse y maquillarse para la función, pero no podía soltar la carta. La carta de su hermana. Una hermana de la cual no había sabido nada desde que se había ido de casa a los diecisiete, hacía ya diez años. El cómo María la había encontrado, era un milagro. No tenía ni idea de cómo su hermana lo había conseguido. Isis siempre había sido cuidadosa, conservando su número de teléfono fuera de los listines, cambiándolo cada seis meses más o menos. Su única dirección era un A.P.* y lo cambiaba frecuentemente, sin dejar pistas sobre su verdadera dirección.

Al menos, por ahora, estaba tranquila sabiendo que María y especialmente su padrastro no tenían ni idea de donde vivía. Pero por si acaso, ya había decidido cambiarse.

Sólo por si acaso.

Isis apoyó su taza de café y se pasó la mano por su largo pelo rojo. Estaba enmarañado, despeinado, con los rizos desechos, el día había sido húmedo, lluvioso, e hizo una mueca mientras pasaba los dedos entre los nudos. Ojalá su pelo fuera como deseaba. Algunos días estaba perfecto, cayendo como una cascada de seda por su espalda y otros en que era un desorden crespo que sólo podía ser domesticado con horas de trabajo. Isis estrujó el arrugado papel en su puño una vez más antes de guardarlo en el bolsillo delantero de sus pantalones vaqueros y agarró el cepillo de pelo para empezar a prepararse para el trabajo.

Cien cepilladas más tarde, y con la pequeña ayuda de un gel alisador profesional, su pelo estaba suave como el raso, brillante, cayendo casi hasta su cintura. Su pelo era lo que atraía la atención de sus clientes, y sabiéndolo, lo explotaba. Cualquier cosa que a ellos les gustara, a ella le gustaba, porque significa más dinero para ella y menos preocupación sobre las finanzas.

No era que Isis tuviera muchas preocupaciones por las finanzas desde el año pasado en que había empezado a trabajar en El Hoyo Rosado. Ganaba bastante dinero cada noche que trabajaba, tanto que se había sorprendido. Pero era difícil olvidarse de los viejos hábitos y se había preocupado por el dinero tantos años, que era algo demasiado enraizado en ella como para no continuarlo haciendo. Era algo que odiaba de sí misma. Entre otras cosas.

Era hora de maquillarse, esa parte la odiaba más que a nada. Nunca había sido lo suficientemente lista como para usar cosméticos para realzar sus facciones. La mayor parte del tiempo las llevaba al natural, sin maquillaje en absoluto. Recogiéndolo su lápiz Kohl†, se apoyó cerca del espejo y dibujó una línea oscura alrededor de sus ojos color avellana, tratando de mantener su mano estable. Eso hizo a sus ojos verse imposiblemente grandes, inocentes. Isis sabía que era parte de su atractivo, aunque fuese falso. Ella terminó el efecto con una abundante aplicación de rimel negro que realzaba sus ya superlargas pestañas.

Se puso su lápiz labial favorito, un matiz de Borgoña para no chocar ruidosamente con su vívido color de pelo, y estudió a fondo su cara. Se veía bastante aceptable, a pesar de su gran nariz y sus labios demasiado llenos. De cualquier manera, los clientes no prestaban

* *Apartado Postal, (P.O. Box en el original) Def: Servicio de la oficina de correos por el que se alquila al usuario una caja numerada, en donde se deposita su correspondencia.*

† *Lápiz para hacer la línea negra de los ojos*

mucha atención a su cara. Y con ese pensamiento fue al gran armario, al final del amplio camerino comunal de señoras. Rebuscó en el interior, mirando las diversas prendas de vestir chillonas y reveladoras, hasta que encontró exactamente lo que estaba buscando.

Unos pantalones cortos negros de PVC de Daisy Duke*, un sostén púrpura también de PVC y una pequeña chaqueta de cuero negra para completar el conjunto. Después de escoger la vestimenta, Isis dobló cuidadosamente sus pantalones vaqueros para que la nota de su hermana no se cayera y la perdiera. Quería mantenerla un poco más.

—Chica, luces realmente peligrosa esta noche —dijo Rebecca, otra de las chicas que trabajaban en El Hoyo Rosado, mientras entraba al camerino.

Isis forzó una sonrisa. No era exactamente una persona muy sociable, excepto encima del escenario. Rebecca era simpática, cierto, pero todavía le era difícil involucrarse en una pequeña charla con alguien más, Isis se había acostumbrado a ser alguien solitario.

—Gracias Becca, es la apariencia que buscaba —respondió.

—Bien, luces como si pudieras encargarte de todos los hombres ahí fuera. —Rebecca se sentó delante del espejo y empezó a colocarse sus largas y oscuras pestañas falsas.

Isis pasó el cepillo por su pelo una última vez. Faltaban sólo cinco minutos antes de que subiera al escenario. Esa era la peor parte del trabajo, la anticipación. ¿Qué ocurriría allá arriba? Había la posibilidad de que pasasen muchas cosas, no todas ellas placenteras, e Isis deseaba poder ver el futuro, solamente esta vez, para estar segura del éxito o el fracaso de la noche.

—No estés tan seria, Isis —le dijo Rebecca amablemente—. Sé que te asustas ante tanta gente, caramba, todas nosotras lo hemos notado, pero no tienes nada por lo que preocuparte esta noche. Eres la estrella del escenario, ahí fuera. La gente viene a verte. Tienes tanto talento que no puedo imaginarme por qué te preocupas antes de una actuación, pero te veo hacerlo antes de cada función. Ahora relájate. —Terminó con una sonrisa.

Isis sonrió otra vez y no dijo nada. Tomó un profundo y tranquilizador aliento y recorrió el camino desde el tocador hasta el backstage, donde dos tipos grandes y musculosos, en camisas playeras negras, muy ajustadas, y pantalones vaqueros, que no dejaban nada a la imaginación, esperaban. Isis inclinó la cabeza ante ellos, reconociendo su presencia, segura de que los dos hombres harían cualquier cosa por mantener su seguridad. Era su trabajo, después de todo.

—Amigos, tengo el orgullo de presentar esta noche, a la Gran Diosa Isis.

Isis oyó el anuncio por el altavoz justo detrás de la cortina y tomó un último gran aliento, tranquilizándose y fortaleciéndose por lo que vendría

“Haunted” de Evanescence, la música de su elección para la actuación de la noche comenzó a sonar e Isis accedió al escenario con una sexy confianza que no sentía. Las luces eran brillantes, oscureciendo la vista de su audiencia más allá del escenario. Podía oír las exclamaciones y los vítores, incluso sobre la altísima música que había escogido. Realizando su parte casi perfectamente, se deslizó hasta el poste que estaba en el centro del escenario, y comenzó a bailar a su alrededor.

Isis se imaginaba que era una pagana de épocas remotas, bailando para el placer de los dioses, los cuales asegurarían buena fortuna, cultivos abundantes y larga vida. Quizá este baile era para el beneficio de la verdadera Diosa Isis. Esto mantenía su mente fuera de lo que realmente hacía, mientras se quitaba la chaqueta de cuero y trepaba al poste. Isis dio media vuelta, sujetando el poste entre sus piernas y dejó caer su cuerpo hacia atrás, su pelo largo llegando al piso. Un fuerte aplauso sonó, cortándole el hilo de su concentración, pero

* Personaje ficticio interpretado por la actriz Catherine Bach, perteneciente a la serie *The Dukes of Hazzard*, emitida desde finales de los 70 hasta mediados de los 90. Era camarera, y su uniforme habitual eran unos *minishorts vaqueros más próximos a las braguitas que al pantalón*, y una camisa de cuadros, remangada y anudada sobre el ombligo.

rápida­mente bloqueó el sonido y en lugar de eso, dejó que la melodía la llenase y continuó su baile.

Isis se deslizó hacia abajo por el poste, lenta y sensualmente. Aterrizó sobre sus pies y fue andando por el trozo de escenario donde docenas de manos tendían billetes verdes. Ella se contoneó, giró, y sacudió su pelo salvajemente sobre ella y la multitud de aplausos se incrementó en un rugido que hizo eco en sus oídos. Con un golpe de sus caderas y un practicado movimiento de su brazo, se quitó los apretados shorts, revelando un tanga negro que apenas ocultaba su coño afeitado. Ella se arrodilló cerca de los hombres y les dejó meter dinero en su tanga, luego se levantó y continuó bailando.

La música pasó a un crescendo e Isis se soltó el sujetador, mostrando sus grandes, redondos, y rosados pechos naturales. Se sacudieron y rebotaron mientras bailaba y la gente, si era posible, se volvió más salvaje. Ella se agarró de nuevo al poste, deslizándose alrededor de él, frotando su cuerpo contra él como si fuese un amante. Más manos se alzaron en el borde del escenario, agitando más dinero, y después de unos segundos más con el poste, bailó más y más cerca del borde del escenario, permitiendo que docenas de manos empujasen los papeles verdes en su tanga.

La música acababa y las luces se fueron apagando en el escenario. Ella agarró en puñados el dinero que todavía estaba siendo agitado ante ella. Cuando sus manos estuvieron llenas, le regaló a la multitud una gran sonrisa y se retiró detrás de las cortinas del escenario. Uno de los guardias se subió al escenario y recogió la ropa que se había quitado. Nada que tuviese importancia. Isis tenía por regla nunca llevar puesto lo mismo dos veces.

Se sintió como después de una larga caminata el volver de regreso al camerino. Ésta sólo era la primera de las tres actuaciones que haría esa noche, pero ya se sentía agotada. Exhausta. Había otras tres chicas en el cuarto cuándo Isis volvió, pero apenas les hizo caso. Se sentó ante el espejo, desnuda excepto por el tanga negro, y contó el dinero que había conseguido de los hombres ansiosos que había entretenido. Más de trescientos dólares. Si la tendencia continuaba, supuso que podría hacer unos mil dólares esta noche. Ella había conseguido más antes, pero hoy era, después de todo, un día laborable. Estaba feliz con lo que había ganado hasta ahora.

Pasaría otra media hora antes de que tuviese que volver al escenario. Isis se recostó en su silla y se quedó con la mirada fija en espacio, imaginando que estaba en cualquier sitio, en algún lugar mágico, donde no tendría preocupaciones o problemas. Isis se sentaba así normalmente hasta los últimos diez minutos antes de la función, cuándo seleccionaba su siguiente traje del amplio guardarropa. Nadie le hablaba y se mantuvo en silencio, ignorando las conversaciones que tenían lugar alrededor de ella. Era solitaria, posiblemente ruda y sabía que las otras chicas pensaban que era extraña, pero no le importaba.

La soledad era una compañera bienvenida, como había sido por largos años. El dolor de ello se había convertido en algo de comodidad. Isis sabía que estaba sola, completamente sola, y eso era lo que más le apetecía.

Capítulo Dos

Isis paró a repostar combustible y entró en la estación para comprar un Yoo-Hoo*. Siempre celebraba una gran noche con un Yoo-Hoo. Los adoraba. Eran las tres treinta de la mañana y allí no había nadie. Estaría todo en silencio excepto por el chirrido de los grillos, con su última llamada a su pareja, antes de que el viento frío los interrumpiera. La estación era grande, con luces brillantes y varias bombas. Estaba situada en un área muy poco poblada y tenía árboles rodeando la tienda por tres de los lados, dándole una extraña forma y sensación de oscuridad.

Realizó sus compras y pagó el combustible, sólo murmurando cuando el dependiente le deseó una buena noche. Isis inclinó la cabeza, y una cortina de pelo oscureció su cara mientras salía fuera. Cuando ella salió de la tienda, lo primero que oyó fue el sonido de los grillos y el viento, que arrastraba otro sonido. Lejos, tan débil que por un momento pensó que era su imaginación, llegaron los sonidos de una pelea en la oscuridad entre los árboles, fuera del alcance de las brillantes luces de la estación de servicio.

Lo último que quería hacer era enredarse en alguna clase de pelea. ¿Había todavía pandillas en esta área deshabitada? No estaba segura, pero fuera lo que fuese, los sonidos de la batalla sonaban más fuerte, como si su pelea los acercase a la gasolinera.

Ignorando su sentido común, Isis caminó en dirección a la pelea. No sabía por qué lo hacía, sólo que se sentía obligada a ver lo que era todo ese alboroto. Se acercó al borde de los árboles y miró fijamente hacia la oscuridad.

Una explosión brillante de fuego iluminó el cielo nocturno. Fue tan grande y tan poderosa que Isis sintió el calor en su cara y el viento enredó su pelo. La cegó por un momento, pero cuando su vista se despejó de luces danzantes, ella vio la forma de un hombre inclinándose sobre el cuerpo sin vida de su adversario. No podría ver la cara del hombre, estaba demasiado oscuro para eso, pero vio claramente el contorno de su cuerpo. Era casi como si hubiera un tenue resplandor sobre él... o procedente de dentro de él.

Isis sacudió la cabeza para librarse de tales pensamientos fantasiosos y observó al hombre acercarse al caído. Con un violento movimiento, el hombre enterró su puño en el pecho del cadáver. Eso requeriría un esfuerzo sobrehumano para hacerlo, Isis sabía eso, pero le vio arrancar el corazón de la cavidad, en donde había golpeado a su enemigo.. Con un sonoro burbujeo, el corazón estaba en su mano, todo negro y viscoso, y luego estalló en llamas.

Debió haber hecho algún sonido, algún movimiento que lo alertase de su presencia. El hombre miró hacia ella e Isis se congeló. Todavía no podría ver claramente su cara, pero sus ojos resplandecían dorados en la oscuridad y debía de medir al menos siete pies†. Isis soltó su Yoo-Hoo del susto y el vaso se hizo pedazos contra el suelo. El sonido pareció incitar al hombre y él comenzó a acercarse.

Isis inmediatamente giró y comenzó a correr hacia su coche. Cerró las puertas tan pronto como entró y arrancó el motor con los dedos temblorosos. Isis dio marcha atrás a una velocidad descabellada, sin mirar hacia atrás por si había obstáculos. Ella vio al hombre parado al borde de los árboles y vio que tenía el pelo largo, *demasiado largo para un hombre*, y negro como el carbón. Frenó bruscamente y cambió de marcha, girando alrededor del aparcamiento a una velocidad que le asombró hasta a ella. Ella accedió a la carretera y pisó el acelerador hasta el fondo, acelerando como si los perros del infierno estuvieran tras sus talones

* *Bebida refrescante de chocolate con frutas, sin coments*

† *2,10 m*

Necesitó varios minutos de conducción muy rápida antes de que se calmase lo suficiente como para pensar sobre lo que había visto. ¿Realmente el hombre había arrancado el corazón del pecho del otro? ¿Cómo había sido posible? Ella no había visto nunca en su vida un despliegue tan casual de poder. El hombre ni siquiera había luchado para eliminar el corazón de su enemigo. Él simplemente lo arrancó de la caja torácica. Era increíble, pero Isis sabía que lo que había visto no había sido ficticio. La batalla había sido muy real, con un final muy espantoso, y ella había sido lo suficientemente desafortunada para presenciarla.

Lo primero que pensó fue que debería llamar a la policía. Luego, su aversión de interacción social le hizo cambiar de opinión. No quería tratar con la policía, no sólo esta noche, sino jamás. ¿Además, quién le creería cuando dijese lo que había visto? Isis sabía que a quien contase su historia, pensaría que estaba loca o algo así. Si fuese a un hombre a quien se lo contase, seguramente pensaría que tenía SPM*. Y si fuese una mujer... Isis no lo sabía. ¿Debería contarle o no?

No. No quería estar involucrada de nuevo más de lo que estaba. Si aquel hombre podía arrancar el corazón de un cuerpo, entonces ella no quería saber nada más de él, sobretodo si significaba llevarlo ante la justicia.

Y además estaba el hecho que ella había visto el corazón estallar en llamas en la mano de aquel hombre. Isis no tenía una explicación para eso. Sólo una cuestión. ¿Cómo lo había hecho? No le había visto encender una cerilla o encender un mechero. ¿Y cómo hubo soportar las llamas en su palma sin quemarse? Isis no tenía una explicación racional para estas preguntas y supo que nadie se creería esa parte de la historia, si ella lo contase. Caramba, *ella* apenas creía lo había visto.

Quizá había sido un truco. La clase de truco que no podría adivinar, porque sino, no era posible que el hombre hubiese echo lo que hizo, sin esfuerzo. De ninguna manera.

Isis desaceleró su coche, no queriendo obtener un boleto en su torpe intento de huida. Estaba cansada de tratar de racionalizar lo que había visto. *Se acabó*. Isis trataba de calmarse. No había necesidad de que volviese a pensar en eso otra vez. Además, tenía otra crisis entre manos por la que preocuparse.

Con ese pensamiento, la carta que su hermana le había enviado, pareció quemarla desde la profundidad de su bolsillo. La había leído una docena de veces y las palabras se habían grabado en su cerebro. ¿Por qué María había realizado tan evidentes esfuerzos para localizarla? Isis no sabía. María siempre había estado obsesionada con ella, Isis lo sabía desde la infancia, aun cuando María había sido la niña favorita de la familia. Dos años menos que Isis, María no había sido el ángel que su madre y su padrastro creían que era. Isis había sido culpada de muchas de las fechorías de María en la escuela, sus padres nunca consideraron la posibilidad de que fuese María la culpable. Isis había pagado, y caro, por todo lo que su hermana había hecho con malicia. Y esta hoja de papel andrajosa, esta misiva horrible, era simplemente otro acto malicioso ante los ojos de Isis.

Era difícil para ella creer en las palabras de la carta. Después de todos los sufrimientos que había pasado mientras vivía con su familia, Isis no podía creer el último giro de los acontecimientos.

Sólo habían pasado dos años desde que su madre hubiera muerto de leucemia. Isis se había enterado de la muerte de su madre a través de un pariente distante, que se lo había encontrado por casualidad un día, en unos grandes almacenes. Las noticias le habían golpeado duro y había sufrido en carne propia una depresión por eso, pero esas noticias de su hermana hacían que aquella época de tristeza pareciese un parque de diversiones en comparación.

Durante treinta minutos, Isis condujo por la carretera hasta la pequeña casa que había alquilado en lo profundo del bosque. No había vecinos cerca, eso era por lo que había

* Síndrome Pre-Menstrual

elegido alquilarlo, en primer lugar. Finalmente llegó a casa y se metió en el largo camino de acceso de grava, que parecía realmente espeluznante. Metió el coche en el aparcamiento y durante unos instantes, permaneció sentada, mirando perdida hacia los árboles que se iluminaban por sus focos delanteros, después suspiró fuertemente y finalmente apagó el motor completamente, haciendo que los árboles volviesen a oscurecerse.

Intentando no admitir su miedo corriendo hasta la puerta principal como una gallina, lentamente fue dando un paso después de otro, hasta que estuvo en el porche delantero, abriendo la puerta con dedos firmes. El viento era fresco y notó gracias al viento que acariciaba su cara, que había estado sudando. Pasando una mano sobre su cara, entró a la casa y cerró firmemente la puerta detrás de ella.

Primero, Isis se despojó de sus ropas y se metió en la ducha, tal como hacía todas las noches después de una función. Quería borrar la sensación de todas esas manos tocando su piel. Restregarse la piel hasta dejarla casi en carne viva era la única forma en que podía borrar esa sensación por completo en una noche como esta. Y tenía una mayor sensación de suciedad esta noche debido a la carta de María.

Isis pensaba que se habría vuelto insensible con los años. Pero la nota había sacado a flote todos sus viejos sentimientos de miedo e ira, como si no hubiese transcurrido nada de tiempo en absoluto. Se sentía como si fuese otra vez una adolescente, ocultándose de su padrastro y tratando con la condición bipolar de su madre, cada segundo de cada día. Eso la disgustaba, esa debilidad no había podido dominar, después de todo ese tiempo.

Cuanto había odiado a su padrastro. Cuanto había querido a su madre, esperando algo, al menos su agradecimiento y siempre decepcionada al no obtenerlo. Todavía odiaba a su padrastro, y más ahora, después de leer la nota de María, y todavía quería a su madre, perdonándola por todas penurias que había aguantado, porque su madre era mentalmente inestable. María nunca había sido el objeto de furia de su madre, sólo Isis. Incluso cuando Isis era pequeña, le gustaba mantenerse al margen de las cosas, fundirse con la oscuridad tan a menudo como pudiese, especialmente cuando su padrastro andaba cerca. Su madre siempre lo había visto como un defecto de Isis, e incluso ahora, después de tanto tiempo, todavía le dolía pensar en ello, en el horror de su vida con su familia.

Lo que le más le dolía era el hecho de que su madre había ido a la tumba sin creer la verdad. No, su madre había escogido a su marido sobre su hija, e Isis sabía que nada podía haber persuadido a su madre de creer la verdad. Isis había tenido que huir después de esa horrible noche de invierno, justo dos días después de su decimoséptimo cumpleaños. La vida en la casa de su padrastro habría sido imposible, después de los traumáticos acontecimientos de aquella noche.

El dolor de su infancia la había forjado en la solitaria que ahora era, e Isis lo sabía. Odiaba oír a la gente culpar a sus padres de sus problemas, pero Isis secretamente culpaba a sus padres. O su padrastro, al menos. Isis antes, a menudo, solía preguntarse como sería hoy en día si ella hubiese tenido mejores padres, pero hace mucho tiempo que abandonó ese hilo de pensamientos. No era bueno preguntarse, ¿qué hubiese pasado sí...? Lo que no tiene mucha relación con el presente, e Isis lo había acabado aceptándolo hacía tiempo.

O eso era lo que había pensado.

Maldita fuese su hermana. Y maldito su padrastro. Isis les había dejado atrás a ambos y nunca había vuelto la vista atrás. ¿Por qué María tuvo la necesidad de contarle a Isis esas horribles noticias?

Otra vez, a pesar de su dolor, Isis admitió a sí misma que había sido por malicia. ¿Qué más podía creer? El contenido de la carta eran espeluznantes descripciones de cosas en las que era no mejor pensar, ni siquiera imaginárselas en las pesadillas. Isis podría haber muerto feliz sin saber las noticias que contenía la nota.

Después de su ducha, Isis recuperó la carta y agarró una botella media llena de Jagermeister* de la nevera. Abrió la botella y bebió directamente de ella, sin molestarse en buscar un vaso. El licor quemó mientras bajaba, invadiéndosele la boca con el gusto del licor de regaliz y calentándola completamente. Tomó otros dos grandes tragos y se sentó a la mesa de la cocina, apoyando la nota sobre ella.

Isis se quedó con la mirada fija en el espacio, imaginándose a sí misma en alguna otra parte, *cualquier otra parte*. Después de unos minutos, tomó otro trago de la botella de Jager, hasta que su cabeza zumbó con el calor de una buena borrachera.

Al cabo de un rato, Isis se desmayó, su cabeza cayó sobre la mesa, su cara se apoyó sobre la arrugada carta. La botella, ahora vacía, de Jagermeister cayó al suelo, junto a su silla y entonces todo quedó en silencio dentro de la casa.

* * * *

Isis se despertó dentro su cama, justo cuando anochecía. Había tenido extraños sueños toda la noche, de hombres peleando y quemando corazones y su hermana gorda y embarazada, con una gran sonrisa de autosatisfacción en su cara. Isis frunció el ceño mientras los recuerdos de la noche anterior volvían nítidamente a su mente.

¿Cómo se había metido en cama?

—¿Qué mierda pasa? —se preguntó en voz alta. Afortunadamente, no escuchó ninguna respuesta, real o imaginada.

Isis llevaba todavía su bata de baño y su cabeza dolía a causa de demasiado licor, pero estaba segura de que había estado en la mesa de la cocina cuando se había desmayado. ¿Sería sonambulismo? ¿Entonces como es que estaba ahora en la cama? Isis nunca había hecho algo así antes, por lo que no podía saber si había sido ella misma.

Lo que fuese. Al menos había dormido la tarde entera. Esa sí era una bendición, casi nunca dormía un día completo. De hecho, normalmente vivía con solo unas pocas horas de sueño, no más. A veces, un sonido de afuera la despertaba y estaba levantada el resto de día, comprobando los cierres de las ventanas y de las puertas, dejando las cortinas cerradas, que el interior de la casa se mantenía en constantes sombras. Otras veces, no era capaz de quedarse dormida, sin importar lo cansada que estuviese. Y cuando conseguía dormir, acababa destrozada por las pesadillas y por un constante temor, despertándose cada varias horas.

Levantándose con una mueca por su cabeza dolorida, se vistió para la tarde, unos simples pantalones vaqueros y una camiseta demasiado grande. Se tomó dos aspirinas para la resaca y logró llegar a la cocina. Debía llegar al trabajo en una hora y tenía el tiempo justo para hacerse un emparedado de queso, una sopa de tomate, ponerse una bufanda y salir. Nunca, que ella recordase, había dormido hasta tan tarde como esta vez.

Necesitó unos segundos para agarrar su bolso y sus llaves y salir, cerrando la puerta fuertemente tras ella. Era una vieja costumbre, aunque dudaba que hubiese alguien cerca que quisiese robar en su escasamente decorada casa. Pero de todas formas, uno nunca sabe, así que siempre tenía por regla echar la llave cuando salía.

Los pelillos de la nuca se le erizaron. Isis apretó su bolso contra su pecho y miró alrededor suspicazmente. Tenía la extraña sensación de estar siendo observada. El bosque rodeaba su casa, era oscuro e impenetrable para el ojo desnudo. Isis no podía ver nada, pero ella todavía se estremecía con la sensación de en alguna parte, unos ojos seguían cada uno de sus movimientos.

Cuando se aproximaba a su coche, juraría haber escuchado un chasquido de una rama en el bosque. Rápidamente abrió la puerta lateral del conductor y entró en el coche.

* Licor de hierbas alemán, al que se le adjudican diversas propiedades opiáceas.

Apoyando su cabeza contra el volante, suspiró. Se estaba volviendo demasiado paranoica. Tenía que ser por la carta de su hermana, y tal vez por el extraño espectáculo que había visto la noche anterior. Isis levantó la cabeza y golpeó con sus manos el volante, con la frustración.

—Deja de ser una perdedora —se dijo a sí misma, mientras arrancaba el coche—. Pronto pensarás que estás siendo acosada.

Pero la sensación de ser observada no desapareció cuando salió del camino de acceso. El trayecto en coche hasta El Hoyo Rosado pareció durar eternamente, y cuando entró en su plaza de estacionamiento detrás del club, los cabellos de la nuca se erizaron otra vez.

—¿Qué diablos ocurre? —Abrió de golpe la puerta del coche y bajó del coche. Se volvió, buscando a su alrededor en cualquier dirección, algún signo que alguien la observaba. Por supuesto que no vio nada y se regañó a sí misma por estar tan paranoica. Calmándose, caminó un poco más rápido de lo normal hasta la entrada trasera del club.

Una vez dentro, se sintió más segura. Había media docena de guardas allí y eso que era un club muy popular, lleno de gente. Si alguien la acechaba, no podrían lastimarla allí. Isis apartó el pensamiento de un imaginario cazador lejos de su mente y enfocó su atención en la noche que tendría por delante en su lugar.

Repasando los movimientos que realizaría como una autómatas, Isis no echó ni un vistazo rápido al resto de chicas del camerino. Esta noche, para su primera función, llevaría puesto un vaporoso vestido blanco con un sujetador blanco virginal y un tanga blanco, que no era más que un pequeño pedazo de tela. Este mostraba claramente su coño y eso le proporcionaría mucho más dinero esta noche. O al menos esperaba que sí.

Cuándo fue su turno de salir fuera, al escenario, Isis casi se congeló. La sensación de ser observada, de ser el objeto de una mirada hambrienta, había regresado con fuerza. Se inmovilizó por el miedo durante algunos largos segundos y luego Isis se obligó a sí misma a traspasar la cortina y acceder al escenario, todavía sin aliento con la angustia.

Por supuesto que alguien la observaba, Isis se regañó a sí misma. Era una artista de striptease. Docenas de ojos la observaban todas las noches. Con este pensamiento, ella se entregó por completo a su tarea.

Ella brincó al centro del escenario, para darle a su apariencia virginal más realismo para su audiencia. Sin embargo, ella destrozó esa ilusión cuando dio una lenta pirueta hacia atrás, revelando su entrepierna al público, y con destreza, abrió la cremallera trasera de su vestido.

Su atavío virginal resbaló hasta el suelo. Ella bailó, ondulando sus caderas sugerentemente, dejando sus pechos moverse de arriba abajo con cada movimiento, y casualmente desabrochó el cierre delantero de su sujetador. Isis, a continuación, hizo alarde de sacarse su sujetador, y lanzarlo al público. El dinero se agitó salvajemente cerca del escenario e Isis se arqueó para que varios hombres metieran billetes en su tanga. Vio más manos agitando y supo que esta noche ganaría mucho dinero.

Lo que ella no vio, fueron seis pies y medio*, doscientas cincuenta libras† de puro músculo acercándose al escenario. Finalmente lo vio, cuándo apartó de un empujón a cierta cantidad de clientes hacia un lado y se acercó a ella, saltando al escenario.

Isis retrocedió, sabiendo que los guardas de detrás vendrían a acompañar al gigante fuera del escenario. Pero sus ojos nunca dejaron los suyos, eran amarillo pálido, con naranja fuego en el centro. Ardieron directamente a través de ella, como si él pudiese ver su alma. Su pelo atrajo su atención, era bastante largo y tan liso. Brillaba como un espejo y era tan negro que parecía ser casi azul con las brillantes luces del escenario.

Jack, el primer guarda que alcanzó al hombre, puso su brazo para impedirle acercarse más a Isis. Con un movimiento bien ensayado, el hombre agarró la mano de Jack y le hizo

* 1,98 m

† 113 kg

una llave de karate en el brazo. Isis, así como también todos los demás alrededor del escenario, oyó el sonido del brazo de Jack rompiéndose, incluso sobre la fuerte música que todavía sonando. El hombre apartó de un empujón a Jack fuera del escenario y lo lanzó hacia el público.

Los chillidos sonaron y la música se detuvo. Las luces se encendieron en el club, cegando a todo el mundo durante un segundo, excepto a Isis, quien estaba todavía enmarcada por el foco. Ella quedó congelada, incapaz de moverse. Como si estuviese observando un juego, miró asombrada como el segundo guarda, Mike, agarró por detrás con ambos brazos, al hombre. El hombre derribó al guarda sin problemas con golpe a su mandíbula. Mike cayó bruscamente y el hombre avanzó.

La parálisis de Isis se interrumpió y empezó a correr. Algo la golpeó con la fuerza de un tronco. Fue girada por manos más fuertes que cualquier humano que alguna vez se hubiese encontrado y fue levantada, sin contemplaciones, sobre los hombros del hombre. Con un creciente ataque de pánico, Isis golpeó la espalda y las nalgas, notando lo duro y musculoso que era el gigante.

Otro guarda los había alcanzado. El hombre agarró al guarda por el cuello y, con un movimiento casi casual de su muñeca, le lanzó a varios pies a través del cuarto, las mesas y las sillas desplomándose debajo de donde el guarda aterrizó. Fuertemente.

Isis gritó y hundió sus dientes en la zona baja de la espalda de su captor, casi atragantándose cuando el pelo del hombre llenó su boca junto con su carne. El hombre no se inmutó.

El caos se desató en el club. La gente corría en todas las direcciones, buscando las salidas. Otros guardas, cuidadosamente se acercaron a ellos. Isis podía verlos por la esquina del ojo. Continuó golpeando con los puños al hombre, pero ninguno de sus golpes pareció molestarlo mientras dejaba que los guardas se acercasen más. Ella irguió, apoyando sus manos en su espalda para poder ver sobre su hombro. Lo que vio, congeló su corazón con miedo.

El hombre levantó su mano, la palma hacia arriba, y tiró de ella hacia atrás, como si estuviera a punto de lanzar una pelota de béisbol, y luego una bola de aire increíblemente caliente brotó violentamente de su mano y se la lanzó el guarda, que salió volando hacia atrás, indefenso. Isis sintió el calor de ese extraño viento y supo inmediatamente que éste era el hombre que había visto la noche anterior. Recordó el corazón estallando en llamas, en la palma del hombre y al momento, una ola de puro miedo la invadió.

Isis corcoveó salvajemente, tratando de liberarse. El hombre puso su mano en su trasero, su piel estaba increíblemente caliente, y eficazmente paró sus movimientos aterrorizados. Más guardas se acercaron, pero ninguno fue lo suficientemente tonto para acercarse demasiado al hombre que la mantenía cautiva. Pronto todos los guardas que trabajaban en el club los rodearon e Isis consideró probable que, con su fuerza combinada, la podrían liberar de este atemorizante hombre.

El mundo giró e Isis gritó cuando la sensación de increíble velocidad la dobló. La fuerza de la gravedad presionó sus piernas contra el pecho musculoso del hombre. Él todavía no había retirado su mano de su trasero y por alguna razón, era la sensación más notable de todas las sensaciones en las que se encontraba volando. Sentía una mareante presión en su estómago, y la próxima cosa que supo, es que estaban de pie en una habitación que nunca antes había visto.

Isis fue lanzada sin contemplaciones encima de la cama más suave y más grande que ella hubiera visto. Una prenda de vestir fue lanzada en su cara.

—Saldré mientras te vistes —dijo el hombre, con una voz que la hizo sentirse inmediatamente mojada. Ella acalló el inesperado latigazo del deseo, recordándose a sí misma lo que ese hombre podría hacerle si quisiese. Sin más palabras, el hombre dejó la habitación, cerrando audiblemente la puerta detrás de él.

Isis saltó de la cama y corrió hacia la puerta por la que él salió. Trató de abrirla, para comprobar que la había bloqueado. La puerta estaba hecha de alguna clase de piedra y lucía realmente pesada, y comprendió que no podía forzarla a abrirse empujándola con su cuerpo o con cualquier cosa. Pero de ninguna manera se quedaría ahí. Tenía que haber otra salida. Había otra puerta en el cuarto, un armario, suponía, pero tendría que investigarlo, para estar segura.

—Déjame salir, psicópata —gritó a través de la puerta, esperando que el hombre la pudiese oír fuera de ella. No tuvo respuesta.

—Joder —escupió su maldición favorita y pateó la puerta con rebeldía. Llevaba puestos sus stiletto* blancos y la patada dañó los dedos del pie y maldijo otra vez.

Sus pezones estaban duros y helados. Después de ser presionada contra el cuerpo supercaliente de ese hombre, literalmente ardiente, se sintió despojada y helada. Agarró la prenda de vestir que le había lanzado. Era un vestido babydoll estilo años sesenta. Isis pensó que era muy extraño que un tipo así tuviera algo como eso. A menos que hubiese hecho esto antes, con otras chicas aparte de ella.

¿La mataría? No lo sabía. ¿La violaría? Dios mío, con una voz como la que él tenía, sólo tendría que hablar para seducirla. Menos calmarla, la idea la asustó mortalmente. Ella no había tenido relaciones sexuales desde... bien, ese era un tren de pensamiento que rehusaba seguir.

Isis se puso el vestido y comenzó a buscar una forma de escapar, esperando que el hombre no regresase antes de que encontrase la salida del cuarto.

* Zapatos o sandalias de tacón fino, muy alto, de más de 7 cm, y terminados en punta.

Capítulo Tres

La otra puerta de piedra del dormitorio no era un armario como había sido su primera sospecha. Esta llevaba, sorprendentemente, a un apartamento muy espacioso. No había ventanas donde debería haberlas y la puerta que suponía que era la salida pero que, por supuesto, estaba cerrada con llave cuando trató de agarrar la... ¡dios! ¿eso era oro? ...manija.

El apartamento era maravilloso. Nunca había visto algo así. El techo era tan alto que la luz no llegaba a lo más alto, provocando sombras y reflejos. Y las luces eran tan extrañas. Las lámparas no tenían bombillas, por lo menos no como cualquier otra que jamás había visto. En cambio, había orbes de luz flotando serenamente bajo las pantallas, proporcionando toda la iluminación necesaria. Las paredes y el suelo eran de piedra, como los muebles y la cama. Todo lo que Isis podía pensar, era que seguramente había sido una putada mover toda aquella piedra dentro del apartamento.

Había pequeñas obras de arte en el apartamento, pero no eran necesarias. Toda la piedra de las puertas, la cama, las sillas y mesas, estaban talladas con hermosas representaciones de lo que parecían unos elaborados nudos celtas y criaturas de cuentos de hadas. Alfombras gruesas cubrían el suelo de piedra, cosas bonitas con hermosos matices en oro, rojo y negro. Era definitivamente una vivienda masculina, se podría decir sólo por el esquema de color.

El aire tenía un olor dulce, casi como el eucalipto, y la temperatura era perfecta. No demasiado caliente, no demasiado frío, solo lo justo. Había un comedor sin cocina, por lo que podía ver. Y había un aseo increíblemente hermoso, todo hecho en piedra, con una piscina romana, bonitos lavamanos, un bidé y un inodoro de extraño aspecto.

Isis paseó por la casa tres veces antes de darse por vencida y se sentó en una de las sillas de piedra. Parecían troncos con mullidos cojines. Isis golpeó uno de los cojines y gruñó de frustración, con miedo de que el hombre volviese. O tal vez miedo de que el hombre no volviese y se muriese de hambre.

—No seas estúpida —se dijo—. Deberías de estar preocupada de que vuelva con un hacha o algo así.

Pero él no necesitaba un hacha. Isis había visto y sentido su fuerza. Podría matarla con un solo golpe, estaba segura de ello.

¿Le pegaría? ¿La mataría? ¿Por qué la había secuestrado a ella? Eran mil y una preguntas que se hacía a sí misma y no tenía respuestas para ninguna. Sólo tendría que esperar para saber lo que su destino le deparase.

—La historia de mi vida, colega —dijo en voz alta. El sonido de su voz, con la intención de consolarse, sólo la hizo más consciente de lo sola que estaba realmente.

Miró expectante la puerta del dormitorio, preguntándose cuándo regresaría. Una cosa era segura, de ninguna manera quería estar cerca de la cama cuando su captor regresase. Se quedaría ahí, en lo que debía ser la sala de estar, y que él la buscase.

Isis buscó un arma. Un candelabro, un florero, cualquier cosa con tal de que fuese duro y pesado y lo suficientemente fuerte como para noquear a su captor. Si ella pudiese estar tan cerca... Isis no estaba segura de si debería desearlo o no. Se decidió por un bastón de aspecto extraño, que estaba apoyado contra la pared. Era un hermoso bastón, tallado cuidadosamente y con incrustaciones de piedras semipreciosas, y algunas piedras que hubiera jurado que eran reales. Al igual que los diamantes y rubíes y tanzanita*. Lo sujetó firmemente en sus manos e hizo un par de prácticas de lanzamientos, usándolo como si fuera un bate de béisbol.

* La **tanzanita** es una variedad azul o púrpura de la zoisita (un calcio aluminato silicato). Una vez tallada es una gema de joyería popular y valorada, aunque su durabilidad deja algo que desear. Destaca por su tricroísmo pronunciado ya que puede parecer azul zafiro, violeta o verde según la orientación del cristal.

El sonido de la puerta del dormitorio la alertó. Isis se apresuró a apoyarse contra el marco de la puerta que conducía a la sala y esperó a que lo atravesara.

Ella lo vio acercarse a la puerta y se detuvo. ¿La había visto? No lo creía. Pero era obvio que iba a ser prudente.

—Deja eso. —Sus labios cosquillearon en su oreja.

Isis gritó. ¿Cómo había hecho eso? No había entrado por la puerta, sólo había aparecido a su lado. Se apartó de él y levantó su improvisada arma.

—Ese cetro era de mi padre. Fue miembro del Consejo y era un símbolo de su rango. Estaría muy disgustado... si fuese dañado —dijo cuidadosamente, avanzando casi imperceptiblemente hacia ella, con la mano extendida.

Isis hizo una pausa, respondiendo a la suave caricia de su mágica voz. Luego aferró el cetro más fuertemente.

—Jódete —dijo, y lo balanceó hacia él, con todas sus fuerzas.

El hombre se lo sacó de sus manos. Esto enfureció a Isis, su demostración de poder, y se lanzó sobre él, con furia. Le dio un puñetazo, una patada, le tiró del pelo y le mordió un pezón a través del material extraño de su camisa. Suavemente, la agarró y la abrazó contra él, tan apretadamente que ya no podía moverse, así que le escupió en la cara en su lugar.

—Déjame ir —dijo a través la cortina de su pelo enmarañado, con una tranquilidad que no sentía.

—Solo estoy impidiendo que te hagas daño —dijo sosteniéndola con un brazo, mientras recolocaba delicadamente el cetro de su padre contra la pared.

Su voz estaba provocando que se endurecieran sus pezones y se humedeciera su coño. Ella luchó furiosamente contra la reacción, pero no sirvió de nada. La respuesta de su cuerpo estaba mucho más allá de su control.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó, odiándose a sí misma por el temblor que escuchaba en su voz.

Sus extraños ojos parecían brillar desde dentro. Su rostro estaba tan cerca que podría haberlo besado. Su saliva brillaba en la mejilla y por alguna razón que no podía comprender, quería limpiarla suavemente y disculparse. Una cosa era cierta. Era un hombre hermoso. No había otra palabra para ello, *sólo hermoso*. Isis nunca había visto a nadie como él.

Tenía la nariz más perfecta que jamás había visto. Su piel era tan dorada, que parecía casi de bronce. Sus pómulos altos y las mejillas un poco ahuecadas. Tenía los labios como los de Johnny Depp, esculpidos y bien formados, con un pequeño deje de puchero. Su boca provocó su fascinación durante unos cuantos segundos e instintivamente supo que él estaba esperando a que continuase el estudio de su cara, pacientemente, como si tuviera todo el tiempo del mundo para hacer lo quisiera hacer con ella.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó de nuevo y se alegró de que esta vez no había temblor en su voz.

—Muchas cosas —dijo enigmáticamente, acercando su cara, hasta que solamente los separaba nada más que una respiración profunda.

Isis no le gustó la respuesta.

—¿Quién eres? —preguntó, para encubrir su frustración.

—Soy Flare —dijo.

Isis frunció el ceño.

—¿Qué clase de nombre es ese?

—Mi padre me llamó así después de mi primera llama*.

—Ni siquiera voy a pretender saber qué diablos estás diciendo —le dijo ella a través de sus fruncidos labios.

* Llama = Flare, en inglés, de ahí el juego entre su nombre y sus poderes.

—¿Por qué bailas desnuda ante los ojos de hombres extraños? —preguntó de repente, y había un calor, una rabia en su voz que Isis no pudo ignorar.

—Porque dá bastante dinero —le dijo simplemente.

—¿Tanto necesitas el dinero? —cruzó los brazos sobre el pecho y a Isis le fue difícil ignorar el enorme bulto de sus músculos.

—Todo el mundo necesita dinero —se burló—. ¿No?

—Aquí no tenemos necesidad de dinero.

—¿Nosotros? —preguntó—. ¿Quiénes son "*nosotros*"?

Durante un largo rato, él la estudió, en silencio. Isis se alegraba por el silencio, porque su voz le hacía desear saltar sobre él, y hacerlo con él. Pareció llegar a alguna decisión en silencio y con un gesto elegante, le ofreció tomar asiento. Así lo hizo, simplemente porque no sabía qué hacer, y él se sentó en una silla, frente a ella.

—Te he estado observando —dijo.

—Dime algo que no sepa —dijo impertinentemente.

Él sacudió la cabeza.

—No. He estado observándote durante dos semanas.

Isis se atragantó con un jadeo.

—Eso es imposible. Lo hubiese sabido —dijo con incredulidad.

—Me lo imaginaba. Tu mente está abierta y tuve que ser muy cuidadosos para no alertarte. Si no fuera por la última noche, nunca habrías sabido que estaba allí.

—Anoche mataste a un hombre —acusó duramente.

—No. Maté a una criatura. Las llamamos daemons. Probablemente me siguió cuando fui a verte.

—Abres la boca y dices palabras, pero no significan nada para mí —se burló—. Intenta hablar mi idioma.

—Pensé que lo estaba haciendo —dijo con el ceño fruncido—. Tal vez mi inglés no es tan bueno. No sé, nunca lo había probado antes.

—Lo estás haciendo de nuevo, hablando sin sentido. ¿Qué quiere decir que nunca lo has intentado antes? Lo estás hablando, *o tratando, por lo menos*. Se necesitarían muchísimas prácticas para poder hablar tan bien, si el inglés fuese tu segundo idioma.

—En realidad, puedo hablar cualquier idioma de la tierra. Un poco —dijo con los ojos brillantes clavados en ella, penetrando en su corazón.

—Lo siento. Tendré que empezar de nuevo. No quiero hacerte daño —dijo con dulzura, sosteniendo su mano en señal de paz, que sólo sirvió para recordarle cómo había arrojado los gorilas como palitos Pixie*. Lo juré. Prometí protegerte.

—Sólo dime qué demonios está pasando —dijo con voz entrecortada. Su voz estaba volviendo—. Empieza por el principio o lo que sea. Ilumíname, si estás tan ansioso por "*protegerme*". —Estaba orgullosa de arreglárselas para sonar mordaz y sin temor.

La estudió después de eso. Luego sacudió la cabeza y suspiró.

—Puedo decir por la dilatación de tu pupila y el ritmo de tu respiración, que todavía estás estresada —dijo suavemente, sin remarcarlo—. Estás cansada. No duermes lo suficiente, Isis. Creo que es mejor si continuamos esta conversación después de que hayamos descansado.

—¿Cómo sabes mi nombre? —exigió con vehemencia, olvidando por un momento que era presentada al subir a un escenario cada noche, donde todos podían escucharlo.

Flare se mantuvo en silencio y ella lo siguió. Se dirigió a la habitación, *Dios, cada uno de sus movimientos eran sexys*, y con un gesto hacia la cama.

—Puedes dormir allí. Voy a estar cerca, del otro lado de esta puerta. —Hizo un gesto señalando a la entrada del salón.

* Palitos rellenos de pica-pica, muy populares en halloween. Fabricados originalmente por Willy Wonka,

Isis vaciló. De ninguna manera se subiría a esa cama. ¿Verdad? Maldita sea. Su libido y su buen juicio todavía no habían llegado a un acuerdo precisamente en ese momento. Como no quería discutir más, decidió confiar en él, *pasase lo que pasase*, y se acercó a la cama.

Flare la agarró del brazo y la giró hacia él.

—No volverás a mostrar tu cuerpo a otro hombre nunca más —dijo con firmeza.

—Lo que sea —replicó ella, que odiaba recibir órdenes. Porque eso era un orden. Y una que obviamente esperaba que obedeciese.

—Haré lo que quiera.

Él apretó su puño y pareció vacilar. Después pareció llegar a alguna decisión y tiró de ella. Antes de que pudiera quejarse por maltrato, los labios de Flare se inclinaron sobre los suyos y ella perdió todo rastro de pensamiento coherente.

El beso la chamuscó desde la cabeza a los pies. Sus labios estaban físicamente ardiendo, *todo él estaba ardiendo*, presionado contra ella, dominándola. Sus senos fueron aplastados contra su fuerte pecho y él inclinó su cabeza, *era tan alto*, y su pelo cayó sobre ellos, como una cortina. Parecía tener vida propia, enredándose con el suyo, uniéndolos incluso de la forma más básica.

La presión de los labios Flare exigía que abriera la boca. Así lo hizo y recibió el dulce calor de su lengua, que la acarició profundamente más allá de los labios, enredándose y bailando con la suya. Tenía un sabor tan único que no podía ubicarlo. Era picante y dulce al mismo tiempo, como canela o clavo, y sin embargo nada que ver con cualquier otro sabor.

Flare chupó su lengua hacia su boca, invitándola a explorar. Ella lo hizo, vacilante al principio, luego con un deseo incontrolable. Era la primera vez que besaba a un hombre de buen grado y era todo lo que había esperado y más. Flare sabía cómo tomar posesión total de la boca y lo hizo sin vacilar.

Los músculos de sus gruesos brazos la aplastaron contra él, y sus cuerpos se tocaron desde sus pechos, hasta las rodillas. Isis, vacilante, levantó los brazos para aferrarse a él, y colocó sus manos detrás de su cuello. Su pelo era tan suave, tan sedoso, resbalaba entre sus dedos deliciosamente cuando se aferró a él, desesperada.

El calor de su beso y de su boca la hacían arder. Antes de que pudiera detenerlo, le había levantado el vestido y posado sus manos sobre sus pechos desnudos. El miedo se apoderó de ella y trató de soltarse, pero no la dejó ir. La comía con su boca experta, sensual, y se olvidó de su temor al momento, disfrutando de las nuevas y extrañas sensaciones que se desbordaban a través de ella.

Él la apoyó en la enorme cama. Cuando Isis sintió la presión del colchón contra las nalgas, le entró el pánico. Una vez más trató de apartarse y, una vez más que no se lo permitió. Sus dedos pellizcaron delicadamente sus pezones erectos y sus rodillas se volvieron líquidas del deseo. Todo pensamiento sobre oponer resistencia fue olvidado e Isis se amamantó descaradamente de su lengua, mientras penetraba profundamente en su ávida boca, y sus manos se enroscaron en su cuello, atrayéndole más cerca.

Mientras la besaba, una de sus manos soltó su pecho y tomó su mano. Sus dedos se apoyaron sobre su pulso e Isis supo que era un movimiento deliberado. Quería sentir su desbocado pulso. *Oh, y que manera de correr*.

Soltó su mano y la colocó detrás de su cabeza, sus dedos se enredaron en su lujurioso pelo, como si pertenecieran allí. Flare le mordió los labios, más suavemente, y su mano libre se desplazó lentamente hacia abajo, al borde de su sexo. Necesitaba sentir lo mojada que estaba, las bragas no eran obstáculo para su contacto. Flare acarició los labios de su coño a través del encaje de su tanga, luego, concienzudamente, se concentró en su clítoris. Lo acarició con las yemas de los dedos, y apretó el botón de su clítoris hasta que estuvo a punto de llorar de necesidad.

La empujó contra la cama y ella se lo permitió. Estaba como ida, pero las sensaciones increíbles inundaron a través de su ser. Sus dedos quedaron atrapados en el encaje de las

bragas y las arrancó de su cuerpo con un tirón enérgico que provocó que se inflamara aún más. Sus dedos estaban resbaladizos con su humedad, rozando todos los lugares correctos, hasta que penetraron en ella, deslizándose profundamente y estirándola.

El pánico hizo presa en ella, una vez más. Ella se alejó de su boca y gritó. Lo apartó de una patada, se alejó de él, retrocediendo encima de la cama.

—No te acerques a mí —gritó mientras él se le acercaba, con las manos extendidas para abrazarla—. ¡No te acerques!

—¿Qué he hecho para que me temas tanto? —preguntó con el ceño fruncido, sin esconder su deseo, todavía escrito en su rostro.

Isis tomó una profunda respiración y trató de calmar los latidos de su corazón. Flare bajó las manos y la miró con sus ojos extraños.

—Has sido herida por alguien —dijo con certeza.

Isis lo miró.

—Calla. Lárgate. Déjame en paz —reclamó.

—No te dejaré —contestó.

—Dije que me dejaras sola —gritó, apretando los temblorosos puños contra los costados.

La miró durante un rato, en silencio. Finalmente, asintió y se dirigió a la puerta, esquivándola, a fin de no causar alarma.

—Como desees —dijo—. Pero no puedes ignorar lo que ha pasado entre nosotros, Isis. Algo ha sucedido y estamos juntos en esto.

—Haré lo que me dé la maldita gana —dijo jadeando—. Déjame.

Flare salió cerrando la puerta detrás de él, sin hacer ruido. Isis corrió hacia la otra puerta que conducía fuera de la habitación y encontró que estaba cerrada con llave, como ella había sospechado que estaría. Recorrió con la vista la sala, frustrada, tratando de mantener sus emociones desenfundadas arrinconadas y fracasando miserablemente.

Con un último y desesperado aliento, sintió que las lágrimas comenzaban a caer. Se apoyó contra la puerta y sus rodillas se doblaron, deslizándose hasta el suelo. Isis lloró en silencio, como había aprendido a hacer a una edad temprana.

Su corazón se sentía como si estuviese destrozado. Después de todos estos años todavía no podía aceptar toque de un hombre. Era vergonzoso, alarmante y sin esperanza.

—Joder—susurró en voz baja, las lágrimas siguieron cayendo, y juntó las manos en su regazo, todavía temblando.

Hacía mucho tiempo que pensaba que era insensible al dolor. Y al miedo. Pero se había equivocado. Había cortado todo contacto humano y ahora estaba pagando el precio. No tenía manera de saber que iba a reaccionar todavía de esa manera cuando un hombre la tocara. Por esa razón había evitado cualquier escenario que se la pusiera en esa situación.

El hombre más hermoso que jamás había visto había tratado de seducirla y ella había vacilado, dejando que el miedo la consumiera de una forma que ella se había prometido no permitir. Isis se golpeó la cabeza contra la puerta y las lágrimas siguieron fluyendo sin control por sus mejillas, escurriéndose por la barbilla. Se golpeó de nuevo, más fuerte, y vio una explosión de estrellas. Una y otra vez se golpeó la cabeza contra la puerta de piedra, hasta que sintió los fuertes brazos abrazándola y apartándola de su auto-infligido castigo.

—No estás bien —dijo Flare suavemente—. Siento haberte causado este dolor.

Isis sintió que las lágrimas continuaban cayendo, pero se negó a secarlas. Nunca había llorado delante de nadie, pero por alguna razón, no tenía ganas de ocultarlas de este hombre.

—No es culpa tuya —acertó a decir por fin.

—Lo es —dijo, tumbándola delicadamente sobre la cama.

Le dolía la cabeza, pero aceptó con beneplácito el dolor. Cualquier era bienvenido si se le permitía olvidar el dolor de su corazón.

—No, no lo es. Te lo prometo, no es culpa tuya. Soy yo —admitió dolorosamente.

—Te he visto. Te aíslas del resto del mundo. Estás totalmente sola. Me duele el corazón saber que sufres tanto.

Isis se escondió detrás de la cortina de su pelo, pero Flare se sujetó el pelo detrás de la oreja, con el suave toque.

—No te preocupes por eso —dijo luchando contra las lágrimas—. Lo superaré.

—Pero ¿qué pasará cuando nos juntemos otra vez? —se preguntó en voz baja.

Isis apretó los dientes.

—No habrá otra vez.

—Si que la habrá —insistió.

Se dio cuenta de que, en esta situación, tenía razón. Dondequiera que estuviera, estaba a su merced. Y lo que es más, le gustaba. Era el primer hombre que había deseado después de tantos años. Y lo deseaba. Ferozmente. Si se quedaba cerca de él, era inevitable que se abrazaran de nuevo. ¿Qué iba a hacer entonces? ¿Acobardarse y dejarle tenerla, odiando a cada momento? No podría hacer eso, tenía demasiado orgullo. Además, no creía que Flare fuera el tipo de hombre dejase que su mujer se encogiese de miedo en la cama.

—Dime por qué me temes —dijo en voz baja y luego sonrió—. Además del hecho de que en cierto modo te he secuestrado —bromeó a la ligera.

—Me secuestraste —resopló.

—Está bien, así lo hice. Pero era para protegerte. Bueno —sacudió la cabeza—, eso no es del todo cierto. No podía soportar el pensamiento de que otros hombres vieran tu cuerpo. Quería ser el único que viera como un don precioso la belleza de tu piel desnuda. "

Isis nunca había oído nada tan hermoso y desnudo como su admisión. Flare no ocultaba nada de sus sentimientos hacia ella y eso le hizo desearlo aún más.

Isis se odiaba a sí misma por su debilidad. No es que ella no quisiese a Flare, *Dios cómo no podría sentir lujuria por él, incluso después de tan poco tiempo juntos*, era sólo que no podía superar sus propios recuerdos atormentados. La recarcomían, la arrastraban, llevó, la convertían en alguien que no era del todo humano, sino algo más básico, como un animal herido atrapado en una trampa. Ella era su peor enemigo y no se le ocurría nada que pudiera cambiarla.

Flare acarició con el dedo la mejilla mojada.

—¿Por qué lloras así?

—Porque soy un fracaso —admitió vacilante.

—¿Cómo que eres un fracaso? —preguntó.

—No puedo ser una mujer para ti. Algo ha muerto dentro de mí y no puedo hacerlo.

Flare pasó la mano por su cabello.

—Tú eres fuerte, Isis. Muy fuerte. Ni siquiera sé el fondo de su propia voluntad. Tú eres toda una mujer, Isis. Y eres poderosa, aunque veo que crees que eres débil.

—Mírame. —Isis le tendió las manos, las palmas mostrando las medias lunas que se habían marcado con sangre en la carne, de apretar las uñas sin piedad en la piel.

—Soy un desastre y lo único que hiciste fue darme un beso y acariciarme un poco. Dios soy patética. —Puso las manos a cada lado de la cabeza y la apretó, como si el movimiento expulsase todos sus demonios.

Flare le apartó las manos. Las puso sobre las suyas y se sentó en silencio a su lado.

—Necesitas descansar.

—No puedo dormir —dijo con certeza.

Flare sonrió y sopló suavemente en su cara. Isis sintió la oscuridad y le dio la bienvenida. Ya estaba dormida antes de que su cabeza cayera sobre la almohada. No vio a Flare limpiar suavemente las lágrimas de su rostro. Tampoco lo vio cubrirla con una suave manta, cuidadosamente. No lo vio salir de la habitación, cerrando la puerta tras de él. No importaba. Se sentía segura, realmente segura, por primera vez en su memoria. Y eso era algo bueno.

Capítulo Cuatro

Isis no tenía forma de saber qué hora era cuando se despertó. No tenía un reloj de pulsera en su muñeca, *no pegaba con el traje que usaba en el club*, y no había ventanas en las que poder ver fuera. Frotó las legañas de sus ojos y se desperezó, bostezando incontrolablemente. Se sentía como si hubiese dormido durante horas, no podría recordar la última vez en que se sintió tan descansada.

Levantándose de la cama, alisó el arrugado vestido y se acercó a la puerta que separaba el cuarto de estar. Pegó su oído a la puerta y escuchó, entonces de repente, cayó sentada sobre su trasero, cuando Flare abrió la puerta del otro lado.

—Supuse que estarías despierta —dijo, dándole la mano para ayudarlo a levantarse. Luego le ofreció una taza humeante.

Pensando que la bebida era café, tomó un largo trago. El sabor de la bebida, *que definitivamente no era café*, era como una mezcla entre chocolate caliente y leche de vainilla. Estaba delicioso. Adictivo. Antes de que se diese cuenta, había vaciado todo. Se limpió la boca, culpable y le devolvió la taza vacía, avergonzada.

—¿Te apetece algo más? —preguntó.

—¿Cómo lo preparaste sin una cocina? —preguntó curiosa.

—Soy soltero. Varias mujeres me proveen de comida y cosas por el estilo. Cualquier cosa que necesite realmente.

—¿Por que eres un soltero? —preguntó con incredulidad.

—Soy un guerrero sin una compañera. Es cómo se hacen las cosas aquí —dijo simplemente.

—¿Dónde es aquí? —preguntó cruzándose de brazos—. Lo haces parecer como que estamos en un planeta diferente.

Flare asintió.

—No en un planeta diferente. Simplemente muy por debajo la superficie de la tierra.

—¿Qué? —exclamó.

—Estamos debajo de la superficie —repitió.

—¿Como en una caverna o algo por el estilo? —frunció el ceño.

—No. Es difícil para mí explicarlo, nunca tuve necesidad. Lo que estoy tratando de decirte es que estamos en una dimensión diferente, muy por debajo la superficie de la tierra. Muy lejos. Pero no en un sentido físico, si tu gente excavase para encontrar este lugar, nunca traspasarían nuestras fronteras.

—¿A cuanto por debajo estamos? —preguntó abriendo los ojos con la sorpresa.

—Cientos de kilómetros. Tal vez más, no conozco tantos detalles. No hay ni que decir que estamos muy distantes del alcance del mundo humano.

—¿El mundo humano?

Flare tomó su mano y la guió a una de las grandes sillas en el cuarto de estar.

—Siéntate. Tengo mucho que decirte y yo no estoy seguro por donde empezar.

—Bien, empieza desde el principio —dijo exasperándose y preocupándose.

Flare se arrodilló a su lado, todavía sujetando su mano, sus dedos acariciando su pulso en su muñeca. Sus ojos, cuando encontró su mirada, estaban brillantes y dorados, llenos de calor y también lleno de cosas más suaves. Cosas en las que Isis aún no quería pensar.

—No soy humano —dijo observándola estrechamente, como para juzgar la reacción a su confesión.

—¿No eres humano? —preguntó, con la mente en blanco de la sorpresa—. ¿Entonces qué diablos eres?

Flare sonrió abiertamente, luciendo los dientes más derechos, más blancos que alguna vez hubiera visto.

—Soy un guerrero Shikar. Soy parte de una antigua raza que ha jurado proteger al mundo humano de todo mal y destrucción.

Isis no tenía idea de cómo reaccionar, así que dijo la primera cosa que vino a la mente.

—Pues, joder, chicos, estáis haciendo un trabajo terrible. —Casi se pateó a sí misma justo después de decirlo, no tenía idea de cómo Flare reaccionarían ante tales despectivas palabras.

—Lo intentamos —dijo—. Pero está en vuestra naturaleza el destruirse. No podemos cambiarlo.

—¿Así que, cual es tu trabajo como guerrero? —no podía aclarar sus pensamientos para poder pensar cualquier otra cosa más inteligente que preguntar.

—Lucho sólo. No todos nosotros hacemos —explicó—. Principalmente cazo las criaturas como la misma que me viste matar la otra noche.

—¿Las criaturas? ¿Que clase de criaturas? ¿Quieres decir *no-humanas*, cierto?

—Exactamente. Les llamamos Daemons. Se alimentan del sufrimiento. Ellos son... —hizo una pausa, buscando las palabras justas—. A veces son grandes, otras veces pequeños. Algunos son casi humanoides, mientras que otros son monstruos horribles. También viven debajo de la superficie de la tierra, pero algunas veces se abren paso hasta la superficie y eso es donde yo entro. Les impido matar inocentes.

—¿Por qué nunca he visto cualquier prueba de esos que llamas Daemons? —preguntó suspicaz.

Flare suspiró, como si las explicaciones se estuvieran volviendo cansadas. Isis pensaba que él no estaba acostumbrado a hablar tanto, él la golpeó con alguna clase de silencio, estoico.

—Hay multitud de pruebas ahí fuera —admitió—. Pero vuestra gente parece mirar hacia otro lado cuando cualquier cosa sobrenatural ocurre alrededor de ellos. Nuestra guerra es todavía un secreto, simplemente, porque los humanos no quieren estar al tanto.

Isis puso una mano sobre su cabeza y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, encontró la mirada fija de Flare y supo que le decía la verdad.

—¿Cómo es posible? —susurró, desesperada, queriendo entender—. ¿Cómo podéis vivir entre nosotros sin nuestro conocimiento?

—Los humanos siempre vuelven la mirada. Es la única explicación que puedo darte —dijo sucintamente—. Es lo único que sé.

Isis absorbió sus palabras, silenciosa durante unos largos momentos.

—¿Qué tengo que hacer con todo esto? Me dijiste que me habías estado observando durante dos semanas. ¿Por qué?

Flare la estudió, preguntándose si ella era lo suficientemente fuerte para toda la verdad. Se veía muy frágil, como un vaso que se astillaría y rompería bajo demasiada presión. Pero había un corazón de acero en ella, había visto huellas de él al observarla. Ella era más fuerte de lo que pensaba. Decidió que luego le diría todo y vería cómo reaccionaba.

Él la observó su cara cuando respondió su pregunta.

—Tienes poder. Un poder psíquico que te hace un blanco para Daemons. Otro grupo de Shikars lo descubrió, nuestros espías, nuestros Voyeurs. Cuando lo descubrimos, nos dimos cuenta de que había estado aumentando la actividad de los Daemons cerca de tu casa y de tu trabajo. Los Daemons te cazaban. Estaba asignado para protegerte.

Isis se vio desconcertada durante un momento, luego Flare vio como una máscara se formaba sobre su cara, silenciando todas sus emociones. Ocultando todo, menos lo que estaba adentro de sus expresivos ojos avellana. Podía ver su dolor, así como también su determinación para no demostrar debilidad delante de él. Era ciertamente más fuerte de lo que suponía.

—¿Por qué tú? —preguntó con voz ronca.

—Soy un guerrero fuerte. Soy un buen Cazador. Y soy un múltiple Casta Incinerador, que quiere decir que puedo hacer muchas cosas para luchar en tu nombre, especialmente creando y controlando las llamas. Nuestros Ancianos pensaron que sería capaz de ofrecerte cualquier ayuda que necesitates.

—¿Te importa si vivo o muero? Soy humana. No tengo relación contigo. —Parpadeó rápidamente. Flare supo que intentaba no gritar.

Él decidió decirle la cruda verdad.

—Son los Daemons por los que estamos preocupados. Son nuestro enemigo. Si te capturan, se alimentaran de ti, fortaleciéndose. Tenemos que impedir tal cosa, cueste lo que cueste. Cada vez que encontramos un humano con esta percepción extrasensorial que posees, los protegemos y en el proceso, nos oponemos a nuestro enemigo de la forma más efectiva posible.

—No poseo ninguna percepción extrasensorial, sea lo que sea. Simplemente soy normal, una tranquila chica que lucha para ganarse la vida en un mundo en contra suya.

Flare se preguntaba si ella se creía sus propias palabras. Se había asegurado de que fuese una poderosa psíquica, y él confiaba en sus fuentes y en su percepción. Después de observarla durante dos semanas, sabía que había algo de especial en ella, algo más que pocos otros humanos poseían. Se preguntaba si él la probaba, ¿se alzaría a la altura del reto y descubriría la fuerza dentro de sí misma?

—Espera un momento —dijo repentinamente—. ¿Simplemente cuántos llamados psíquicos hay?

—No los sabemos. Sólo nos hemos encontrado un puñado en los miles de años. Tu eres única en una forma muy especial, una forma muy improbable. Un día descubrirás tu poder. Es inevitable —le dijo amablemente.

Isis se quedó con la mirada fija perdida en el espacio. Flare la había visto hacerlo varias veces antes, distanciándose de su alrededor, de su situación presente. Buscando refugio dentro del mundo tranquilo de su mente. Esperó pacientemente a que ella llegase a un acuerdo con todo lo que le había dicho hasta ahora. Si Isis necesitaba paciencia, afortunadamente, él tenía grandes reservas de ella.

Pero su paciencia no duraría siempre. Él lo sabía. Por eso la encaminaba a su lugar, guiándola a la verdad con mano suave y esperando que se diera cuenta de por qué se volvió loca cuando tocó la noche anterior. Más que nada, incluso que su juramento, era lo que más le importaba.

Él la quería. Ferozmente. Había sabido desde el comienzo, a los pocos días de observarla, que la quería. No solo para una noche de placer, para muchas. Flare no sabía cómo los Ancianos reaccionarían ante su reclamo de esta mujer, *porque él la quería reclamar para sí*, y tampoco es que le importase. Él la tendría. Flare no se conformaría con nada menos.

Pero había algo en su interior dañado. Lo había visto de lejos y ahora de primera mano. Algo horrible le había ocurrido, estaba seguro. Ella no se amaba a sí misma. De hecho, parecía que se odiase a sí misma la mayoría de las veces. Flare quería saber por qué y quería remediarlo para ella. Ahora. Pero él sabía que llevaría su tiempo antes de que ella le abriese su corazón. Estaba dispuesto a esperar, *pero sólo por algún tiempo*, antes de ponerse él mismo con el tema.

Isis pareció regresar a sí misma, en un principio. Ella frunció el ceño y encontró su mirada fija en ella.

—¿Cuánto tardaré en volver?

Flare lo pensó por un momento. Él quería conservarla aquí, pero sabía con toda certeza que los Ancianos le mirarían ceñudamente, obligándola a mantenerse confinada entre

cuatro paredes, especialmente una tan preciada como ella. Él tendría que mantenerla lejos. Por ahora.

—Te llevaré de vuelta en cuanto desees. Pero nunca te dejaré, no mientras me necesites.

—Así que serás mi niñera —se mofó—. No me gusta saber que me espiarás.

—No te espiaré exactamente —sonrió torcidamente—. Pero te estaré vigilando.

—No puedes entrar en el club y llevarme a la fuerza otra vez. Nunca más. —Pasó una mano por su pelo, obviamente frustrada—. Todavía no sé como voy explicar lo que sucedió a mi jefe.

Flare apretó sus dientes y la cólera provocó que el calor se escapase de él, en oleadas. Él reprimió su cólera, no queriendo alarmarla.

—No te quiero trabajando allí, nunca más —le dijo honestamente.

—Tengo que trabajar —le dijo—. Me dá bastante dinero y yo lo necesito para sobrevivir. Es una forma muy fácil hacer mucho dinero.

—No me gusta saber que otros hombres están mirando tu cuerpo desnudo. —Se levantó repentinamente y fue a recuperar una caja grande de piedra de uno de sus estantes.

Isis se quedó sin aliento al ver lo que había en la caja. Cuando lo abrió, docenas de hojitas de papel se cayeron. Estaba lleno de dinero, *toda clase de dinero de todas partes del mundo*. Rebuscó en el papel moneda como si no significase nada para él y recuperó un fajo muy grueso de billetes verdes.

—Toma esto y me debes prometer que no te dejarás desnudar ante desconocidos. —Le entregó el fajo de billetes de cien dólares. Tenía que haber, al menos, tranquilamente doscientos de ellos. Veinte mil dólares en la palma de su mano. Y Flare no vaciló en dárselos a ella.

—¿Será suficiente? —preguntó esperanzado.

Isis tragó saliva. Sabía que sería difícil de regresar al club y explicar los increíbles acontecimientos que habían ocurrido. Sería imposible. Suspiró y se decidió.

—¿No necesitarás este dinero?

—No —dijo simplemente.

—Entonces, lo consideraré como tu compensación por haber arruinado mi trabajo —dijo impertinentemente.

—Puedo conseguirte más dinero si lo necesitas. Tanto como quieras —le dijo a ella.

Isis sintió sus ojos agrandarse de la sorpresa.

—¿Como obtienes este dinero? —preguntó—. ¿No seré encarcelada o algo así, si trato de gastarlo?

—Los Ancianos nos suplen de fondos en caso de necesidad de ellos en los Territorios.

—¿Los Territorios? —frunció el ceño.

—Es como llamamos al mundo de la superficie. Es sólo un pequeño Territorio de mundo nosotros. Por lo que respecta al dinero, no te preocupes, no habrá problemas legales. Y tenemos suministros interminables de eso. No sería ningún problema si te doy una cantidad de dinero igual cada semana, si fuera necesario.

Isis trató de digerir todo. Luego su naturaleza alzó cabeza fea.

—¿Por qué haces esto?

Flare tomó su mano. Otra vez dejó a sus dedos acariciar su pulso, y ella supo que era forma de juzgar su estado de ánimo por el ritmo de su corazón.

Su mirada encontró la suya y llamas danzaron en sus ojos.

—Hago esto porque no quiero que exhibas tu cuerpo ante nadie, excepto mí. El dinero es algo sin importancia para mí. Por favor, te lo pido, acepta el dinero que te ofrezco por tu trabajo. Debes dejarlo. No puedo soportarlo. —Sus dedos acariciaron sus palmas con suaves toques, pero su voz era mortificada y herida.

La honradez cruda en su voz la humilló. Flare no tenía miedo a demostrar sus sentimientos hacia ella, lo que le hizo tener la impresión de que ella se escondía detrás de

una máscara. Deseó poder ser tan honesta, tan abierta, pero ella, hacía tiempo, había aprendido que era algo extremadamente peligroso. Hacerle saber a alguien que era importante, era darle un arma para usar en tu contra. E Isis había jurado que nunca más se preocuparía de alguien.

Ella se volvió insensible.

—Haré lo que me apetezca, y no hay nada que puedas hacer. —Se odió a sí misma en cuanto las palabras salieron de su boca, pero el dolor, siempre presente en su corazón, condujo sus emociones y no pudo para. Ella no quería desnudarse. Nunca quiso desnudarse. Pero había sido tan fácil después de hacerlo una vez y otra vez, y de nuevo. Aquí tenía su oportunidad para detenerse y nunca tener que preocuparse por el dinero otra vez y ella lo convertía en algo sucio. Isis se reprochaba su tonto orgullo, pero era muy tarde. Ya había tomado una decisión. No podría dejar que Flare se encargase de ella como un hombre proveía a su amante o su prostituta. Hacer eso era peor que desnudarse en sus ojos.

El agarre de Flare sobre su mano se tensó y su piel se volvió alarmantemente caliente.

—No te dejaré hacerlo. Si fuera necesario, te cargaré fuera de ese club todas las noches como hice anoche. No me importa que tu gente me vea como lo que soy, *un Incinerador, un Shikar*, lo único que me importa es que dejes ese trabajo.

Isis trató de soltar hacia atrás su mano, pero él no se lo permitió y la sujetado más firmemente, su piel se había puesto tan caliente, casi chamuscando la de ella.

—No me puedes detener —se oyó a sí misma decir e inmediatamente supo que era lo más equivocado de decir.

—Me haces elegir —dijo apretadamente—. Sabes que te podría mantener aquí, en contra de tu voluntad, si lo eligiese.

—No podrías —dijo, mostrando una confianza que no sentía.

—No te dejaré continuar haciendo esto.

—No tienes otra alternativa —le dijo explícitamente—. Ahora, llévame a casa.

Flare se movió rápidamente y tiró de ella hacia sus pies. Ella perdió el equilibrio, cayendo sobre él. Una de sus manos la sujetó del brazo con fuerza y la otra se enredó en el pelo de su nuca. Isis vio lo que él tenía intención de hacer y peleó. Lo quería tanto como él. Tal vez más.

El calor de sus labios en los suyos era intenso. Se quedó sin aliento, abriendo su boca y aceptando su lengua. Él la besó a la fuerza, doblegándola contra su voluntad con nada, excepto la fuerza de su pasión combinada. El calor fluyó de él en oleadas, e instintivamente sabía que ese no era un simple beso de seducción, era un contundente recordatorio de tenía el mando en esa bizarra situación en que se encontraba.

Su beso acabó tan abruptamente como había empezado y ella casi cayó sobre él, como si pelease por mantenerse besándolo. Se separaron, ambos jadeantes y agitados.

—Te llevaré a casa —le dijo y la sujetó una vez más.

Capítulo Cinco

El mundo giró a su alrededor, la gran cámara de piedra desapareció, y sintió la extraña sensación de volar a gran velocidad, como si estuviese atrapada en el interior de un huracán. Los segundos pasaron, incluso años también pudieron haber pasado y seguiría sin ser lo más sabio, que se pegase a él con los ojos bien cerrados. Luego notó la tierra bajo sus pies otra vez y cuándo abrió sus ojos vio que estaba en El Hoyo Rosado, al lado de su coche, en plena noche.

—Impecable truco. Pero no tengo mis llaves.

Flare desapareció. Isis, alarmada, miró alrededor pero no vio nada fuera de lo normal. El hombre simplemente se desvaneció ante sus ojos. Un segundo más tarde reapareció y le entregó su bolso. Lo tomó, sin querer saber cómo lo había obtenido, y automáticamente rebuscó en busca de las llaves del coche.

—Ok —dijo lentamente, forzándose a sacar las palabras. Isis sacudió su cabeza como para despejarse.

—Sube —dijo finalmente, desbloqueando las puertas del coche presionando un botón de la llave.

—¿Intentarás bailar esta noche? —preguntó.

Isis oyó la palabra clave en su pregunta. *Intentarás*. Todavía tenía la intención de impedirle a cumplir con su trabajo. Admiró su tenacidad. Ella negó con la cabeza otra vez.

—No lo tenía preparado para esta noche —le dijo mientras arrancaba el coche y salía del estacionamiento casi vacío.

—Dios mío, me pregunto que hora será —se preguntó en voz alta. La noche era profunda y oscura, pero de todas maneras, ¿cuan tarde sería?

—Faltan cinco horas y media hasta la salida del sol —le dijo Flare rápidamente.

—¿Cómo lo sabes? —le recorrió con la mirada por un segundo, luego volvió a mirar la carretera.

—Puedo sentir el sol.

—¿Ahora mismo? ¿En plena noche? —Isis preguntó, incrédula. Este hombre mágico estaba tan lleno de sorpresas que no estaba segura que su corazón pudiera tomar muchas más.

—Los Shikars no podemos aguantar el sol. Bueno, *la mayoría* no puede —Flare rápidamente rectificó—. Sus rayos son demasiado fuertes y queman nuestra piel.

—¿Así que no me observarás durante el día, sólo de noche? —exclamó, desconcertada.

—No necesitarás protección durante el día —le dijo amablemente—. Los Daemons sólo pueden salir afuera de noche. No necesitas temer que te colocaría en peligro. —La voz de Flare era sosegadora, reconfortando, calmando sus nervios alterados.

Isis soltó una risa ahogada.

—Bueno, es un alivio.

—Ya te lo he dicho. —Su voz era ahora diamante duro.

Isis le recorrió con la mirada, encontrando su increíble mirada durante algunos cortos segundos antes de ella se viera forzada a atender otra vez a la carretera.

—Sé lo que quisiste decir —dijo suavemente—. Y estoy agradecida.

—No quiero tu gratitud.

—¿Qué quieres entonces? —disparó.

—Quiero que dejes de lastimarte tanto. Cualquier cosa que sea que te ha roto, lo podemos vencer juntos si me dejas defenderte. —Las palabras de Flare sonaron sinceras, como si él verdaderamente creía en ellas.

Pero Isis lo sabía mejor que nadie. Nada podría vencer a sus Daemons. Nada y nadie excepto ella, y estaba ya tan cansada de oponerse a ellos, que estaba verdaderamente, espiritualmente agotada.

—No lo entenderías —le dijo finalmente.

—Lo haría —discutió.

—Mira —comenzó—, no quiero hablar de eso. No estoy rota como para que pienses que necesitas tratar de curarme.

—Pero estás herida —insistió—. Solo dime quién te hirió y yo los mandaré lejos.

Isis le creyó.

—No tienes que preocuparte por mí. Puedo cuidarme sola.

—Anoche no podrías cuidarte —le recordó despiadadamente.

Tomando un profundo y calmante aliento, ella enfocó su atención en la percepción de la carretera bajo las llantas.

—No puedo decírtelo —dijo—. Sólo le he dicho a otra persona y ella no quiso creerme. ¿Lo entiendes, ok? Todavía no estoy preparada. Dejemos estar las cosas así.

—Lo dejaré por ahora. Veo que es algo que te molesta. Pero pronto cruzaremos ese puente que conducirá a nuestra unión, y no te asustarás con mi toque.

—No tengo miedo —mintió.

—Entonces para el coche y acuéstate conmigo.

Isis se rió, no podía ayudarla.

—No tendré relaciones sexuales contigo en mi coche. No hay suficiente espacio, de cualquier manera.

—Nos las arreglaremos —insistió.

—Apuesto a que lo harías —dijo Isis sonriendo. Ella se esforzó en ignorar la pasión naciente que el sonido de su voz le provocaba. Y cuando él decía cosas tan románticas, sus rodillas se debilitaban y su corazón se derretía, pero no estaba dispuesta a que sus emociones la venciesen. No la llevaría a ningún lado.

A ningún lado, excepto a sus brazos.

Y ella estaba muy asustada sobre eso, tenía miedo. Su pasado estaba muerto. Debería haber saltado sobre los huesos de este guerrero varias veces a esas alturas. Era lo más sexualmente atractivo que alguna vez había visto y todo en él era una sensual seducción, cautivándola, volviéndola adicta a él.

Todo eso y sólo le conocido desde hacía un día. Se sentía como una tonta, pero no podía ignorar la atracción que sentía por él. Flare era, ni más ni menos..., delicioso. Isis apenas se podía aguantar. Se mojaba simplemente escuchándolo hablar. Era abrumador pensar cómo reaccionaría con él en su interior. Y quería eso, quería acostarse con él. Pero la pregunta era... ¿podría?

Más tarde, entraron al camino de acceso, Flare levantó su mano hasta sus labios y la besó. No dijo nada, solo soltó su mano y salió del coche, sin echar un ojo alrededor. Se colocó a su lado del coche y galantemente le abrió la puerta, todavía en silencio. Isis se preguntaba lo que estaría pensando mientras lo seguía hasta la puerta principal.

Flare le daba vueltas a como podría seducirla y que se abriese a él. No solo deseaba su cuerpo, lo quería todo de ella. Casi jadeaba de lo que la deseaba. Quería ser siempre parte de sus pensamientos, y quería ser física y espiritualmente uno con ella, lo más frecuentemente posible. Los latidos del corazón de Flare golpeaban pesadamente en su pecho, acelerándose cada vez que la miraba. Su polla estaba dura y pesada dentro de sus pantalones, y sabía que si Isis se fijaba, vería cuanto la necesitaba. No escondía como reaccionaba de su cuerpo a ella. Necesitaba que se acostumbrase a su deseo, porque sabía que nunca disminuiría, sólo se volvería más fuerte con cada latido.

Algo hormigueó en el fondo de su mente y lo alertó de algo que les rodeaba. Era una sensación familiar, y no era buena.

Isis hurgó en el bolso para encontrar la llave de la casa. Flare la empujó a un lado y forzó la puerta sólo con la palma de la mano. Dejó la marca negra de su mano chamuscada en la madera.

—Entra —le dijo, empujándola al interior con una fuerza que la asustó. El aire que los rodeaba se volvió repentinamente asfixiante.

—¿Qué ocurre?

—Entra. Ahora. —cerró la puerta detrás de ella, sin esperar su consentimiento.

Isis pateó su suelo de la frustración.

—Muy bien —gritó, sabiendo que él la oiría—. Me quedaré aquí. Maldita sea.

* * * *

Flare sintió la peligrosa amenaza tan tangible en el aire, que supo inmediatamente que un Daemon estaba cerca. ¿Pero donde? Los Daemons eran bastardos tramposos, habían dominado con maestría el arte de Viajar en estos últimos años. Podían desaparecer y volver a reaparecer a voluntad, al igual que él. Aunque su número menguaba, los que sobrevivían la justicia Shikar se fortalecían día a día y Flare comprendió que estaba a punto de luchar contra un repugnante bicho. Lo presentía.

Observando cuidadosamente a su alrededor, avanzó lejos de la casa, dándole la bienvenida a un ataque. Flare era un múltiple Casta Shikar. Podría Viajar, Incinerar, usar sus Hojas y Rastrear casi tan bien como una Casta Cazador. En la mayor parte, era un Incinerador, porque prefería luchar con llamas y sus habilidades con el fuego eran casi tan legendarias entre su gente, solo superadas por el guerrero llamado Cinder. Dejó que una llama lamiera su brazo, sin sentir ninguna quemadura, iluminando la oscuridad impenetrable alrededor de él.

—Ven y lucha, maldita sub-criatura —gritó, esperando incitar a su adversario a salir fuera de su escondite.

Se sorprendió cuándo tres Daemons salieron del borde del bosque, Flare se preparó para la batalla que vendría. Hacía tiempo que no veía un conjunto de Daemons, no desde la gran batalla en las Puertas, y supo que Isis debía ser poderosa, lo suficiente como para las criaturas para hicieran un valiente esfuerzo para reclamarla.

Dejó que la llama se deslizara por su brazo y formara un halo sobre su cabeza. Se acercó con largas zancadas hacia sus enemigos, estudiándolos cuidadosamente para intuir como reaccionarían en esta batalla. Pronto su cuerpo entero estaba ardiendo con dorada luz, dejando ver la fuerza de su poder a los Daemons. Llamantes hojas de metal rojizas salieron disparadas de sus nudillos, como espadas, dándole dos pares de garras metálicas afiladas como navajas, con las que combatir a su presa.

Los tres Daemons cambiaron de dirección y escaparon de vuelta a los árboles. Flare Viajó, desapareciendo del patio de la casa y reapareciendo en el camino de las bestias que escapaban. Los Daemons gruñeron e hicieron un alto, entonces sin previo aviso todos golpearon a la vez, abalanzándose sobre él desde todas las direcciones.

Flare dejó las llamas ardieran al máximo. Usó toda su fuerza bruta para oponerse al ataque. Saltó varios pies en el aire y cayó con las Hojas listas para usarse, cortando a una criatura completamente por la mitad de un solo golpe y, con un poderoso golpe de sus manos, hirió gravemente a los otros dos. Las criaturas todavía no pararon de luchar, y Flare se dio cuenta que pelearían hasta el último momento, hasta que él tuviera sus corazones ardiendo en sus manos.

Isis observaba todo desde una ventana, viendo a Flare iluminar la noche como una bengala, mientras, no había otra palabra para eso, *acechaba* a tres oscuras figuras justas más allá de la línea de árboles alrededor de su casa. Las llamas alrededor de él iluminaron la oscura noche, y las hojas brillantes, parecieron surgir de sus manos, dándole garras. Luego

voló directamente en el aire, descendiendo con todo su poder. Aunque él era grande y musculoso, bailó fácilmente alrededor de sus adversarios y propinó varios golpes más, sus movimientos eran increíblemente elegantes. No pudo ver mucho más de los tres Daemons, si era eso lo que eran, a causa de las brillantes llamas de Flare, que se volvían cada vez más intensas, parecía que se tomaba en serio su misión de protegerla. Él no se detendría hasta que la amenaza desapareciese. Los Daemons no tenían ninguna posibilidad.

Un sonido tras ella la sobresaltó y se giró.

Isis jadeó dolorosamente y se tragó un grito.

Frente a ella había un monstruo de más de dos metros y casi doscientos kilos. No había otra palabra para describirlo, el Daemon, lo que fuese no le importaba, era un *monstruo*, claramente. Su cara era una un lío de carne destrozada, si podía llamársele cara. Su cuerpo era viscoso y negro y parecía estar recubierto de limo. Tenía los brazos excesivamente largos y llenos de púas, desde los hombros hasta las muñecas. Sus piernas parecían las de un perro, las patas traseras, y sus pies tenían sólidas garras que dejaban surcos en el suelo de madera de la sala de estar.

—Eres un feo hijo de puta —susurró, más para sí misma que para la tenebrosa bestia. Esta gruñó y dijo algo en una jerga que no pudo entender. El sonido de su voz era como el sonido que alguien haría si arrastrase sus uñas sobre una puerta oxidada de un coche. Gritó, verdaderamente horrorizada por la voz del monstruo, y salió corriendo, esquivando a la gigantesca bestia, huyendo al interior de su casa, dirigiéndose a la puerta trasera.

Sintió la horrible sensación de desgarrarse la piel de su espalda. Notó como las garras de la bestia penetran en su carne, una por una, garras de veinticinco centímetros, y gritó incontrolablemente mientras sentía como destrozaban su espalda con un solo manotazo. El dolor fue intenso e inmediato. Trastabilleó, pero se obligó a continuar corriendo a pesar de la abrumadora, enloquecedora agonía que suponían los desgarros de su espalda. Isis sabía que si dejaba acercarse al monstruo otra vez, haría más que clavarle las garras en la espalda.

Casi cayó sobre la basura al salir por la puerta trasera pero no se detuvo. Isis salió disparada, corriendo lo más rápido que podía, sin dirección fija, intentando alejarse de la cosa que tan persistentemente la perseguía.

Casi podía sentir el aliento de la bestia en la parte de atrás de su cuello. Gritó otra vez y corrió más fuerte, hasta que su torturado cuerpo gritó de agonía. En unos segundos llegó al linde de los árboles. Entró corriendo al bosque, sin molestarse en evitar las ramas que le golpeaban en la cara y desgarraban su pelo y su ropa. Nada importaba, ni el dolor, ni el miedo, ni el cansancio. La única cosa que importaba era alejarse de ese monstruo.

Isis se adentró en el bosque. Corrió hasta que sintió que en sus costados se clavaban agujas, y sus pulmones ardieron como si no respirase oxígeno, sino humo. Caliente, espeso y empalagoso humo que la sofocaba dolorosamente. Su boca estaba seca y su cara estaba dañada de las ramas con las que chocaba mientras estaba corriendo, y la sangre martilleaba ruidosamente en su cabeza. Oyó un estruendo detrás de ella, luego un rugido espeluznante, como el sonido de mil almas agonizantes. El sonido la aterrorizó aún más que la visión de la cosa, helándole la sangre de sus venas, provocando que volara ciegamente a través de los árboles.

Su pie quedó atrapado en una raíz que sobresalía y cayó, golpeándose la barbilla fuertemente contra una piedra y se raspó las palmas con la tierra así es que picaron y sangraron. Echó un ojo hacia atrás y gritó cuando vio que el monstruo se acercaba con las garras extendidas.

Algo se partió dentro de ella. Sólo había sentido tan extraña sensación una vez en su vida. Era como si algo oscuro y mortífero estuviera oculto en el interior de su cabeza y de su corazón. Se sintió inundada con una repentina y feroz furia y no tenía más objetivo que el Daemon.

Con un salvaje grito voló sobre sus pies y se lanzó a sí misma contra el monstruo. Golpeando fuertemente con su puño, con un poder que era mayor de lo que cualquier humano debería poseer, destrozó la infernal cara del monstruo. Huesos y nervios se trituraron mientras su puño se hundía en el cráter que se había creado bajo la fuerza de su golpe.

El monstruo cayó a sus pies y ella se lanzó sobre él, su increíble furia la volvía audaz, más de lo que nunca se habría imaginado. Cerró su puño y lo alzó sobre su cabeza, golpeando a la bestia en ángulo recto sobre el corazón. Sus manos se hundieron en la carne y la viscosidad, y la caliente y negra sangre salió a chorros en todas las direcciones. Introdujo casi hasta el codo en la cavidad torácica y buscó a tientas entre el limo y tendones el palpitante corazón del Daemon.

—¡Isis!

Oyó la llamada de Flare pero era incapaz de contestarle con cualquier cosa excepto con un rugido de pura y caliente cólera.

Viscoso y pesado, como una piedra viva, el corazón pareció caer en sus manos como por arte de magia. Retrocedió, levantando al Daemon con la fuerza de su movimiento, y arrancando el corazón de su destrozado pecho. El corazón latía rápido en su mano y gritó enfurecida y desesperada, despedazando el corazón. Cuando lo hizo, el enorme Daemon se quedó flácido bajo ella, completamente sin vida.

Pero no podría detener lo que había desatado. Isis golpeó el cuerpo repetidas veces, sus puños hundiéndose profundo en la carne con cada poderoso golpe. Estaba cubierta, desde la cabeza hasta las rodillas, en espesa y negra sangre, y apestaba a monstruo, un gusto a carne podrida y azufre, pero todavía no podía dejar de pelear. Se dio cuenta de que estaba gritando incontrolablemente, su cuerpo se sacudía tan fuerte que sus dientes rechinaban. Y aunque quisiese, todavía no podía detenerse.

—Nena... ya está bien.

Ella oyó las palabras de Flare como si viniesen desde una gran distancia. Sintió sus fuertes brazos rodeándola y alejándola del cuerpo destrozado, pero se revolvió en su abrazo, sin permitir que la apartase de la criatura. Flare no se desanimó, y finalmente tiró con fuerza de ella, volteándola en sus brazos a fin de que no tuviera que ver el horror de lo que ella había hecho. Él la sujetó fuertemente mientras ella instintivamente peleaba por quedar libre, asestándole golpes que habrían lisiado a un humano. Él aceptó el castigo, todo el rato hablando en susurros, apaciguándola con su voz, tratando de acceder a su conciencia.

—Shhh. Ya pasó, nena. Ya puedes dejar de pelear —murmuró sobre su pelo mientras la sostenía a pesar de sus forcejeos—. Está muerto. Se acabó.

Isis cayó sobre sus rodillas, metió su cabeza entre sus manos y gritó. Fue un sonido largo, atormentado. No podía creer que ese sonido proviniera de su interior, pero continuó gritando, sin poder detenerse.

Al poco, claro está, se quedó sin aliento. Se sentó entre la suciedad y las hojas y jadeó pesadamente. Flare se inclinó a su lado y apoyó su mano en un lateral de su cabeza. La forzó a mirarlo y ella se esforzó en enfocar su cara con la vista nublada de cólera.

—Controla tu poder, Isis. Usa tu voluntad. La furia pasará.

Ella tomó profundos alientos e hizo lo que él le ordenó. Con una determinación que no sabía que poseía, ella apartó a la fuerza la cólera. Conllevó un esfuerzo físico, apoyó sus manos sobre su pecho, contra el salvaje latido de su corazón, y eso la agotó, pero lo hizo. La feroz furia se enfrió hasta que no fue más que una pequeña mosca zumbando en el interior mente, y fue capaz de volver a pensar racional e inteligentemente.

Isis le contempló confusa.

—Me lastimó —dijo, incapaz de pensar cualquier otra cosa más inteligente por el momento.

Flare se volvió ansioso.

—¿Dónde te lastimó? —preguntó apurado.

Su mano tembló mientras la llevaba a su espalda, para tocar la carne destrozada de su espalda. El dolor, que había se había ido durante su viaje a psicopatalandia, volvió de nuevo como una venganza y ella alzó la voz antes poder detenerse.

—Mi espalda —dijo girándose para que él pudiera verla—. El bastardo me hirió bastante profundo.

Flare revisó sus heridas.

—Puedo sanarla —la reconfortó—. Me llevaré lejos el dolor, Isis. Lo prometo.

Tironeó con fuerza la tela del vestido, bajándosela hasta su cintura y colocó sus manos sobre su carne desnuda, desgarrada, apoyando las palmas sobre las heridas ensangrentadas de su espalda. Un abrasador calor la quemó y aulló, después apretó sus dientes para impedir que se escapase cualquier otro sonido y delatase su angustia.

El calor pronto menguó e instantáneamente su espalda se sintió mucho mejor. Suspirando aliviada, se relajó y dejó trabajar su magia. La agonía del desgarrón fue desapareciendo hasta que no hubo nada, solo quedando calor en su lugar. Sólo necesitó unos minutos, pero los sintió como horas mientras el dolor no desaparecía. Pero al final si que desapareció, gracias al toque asombroso y curativo de Flare.

Él tomó sus manos entre las suyas y acarició con las puntas de los dedos sus destrozadas palmas. Isis presenció como las diminutas laceraciones se cerraban, dejando sólo las huellas de la sangre derramada. Le señaló también los rasguños de la cara y él los tocó, calentándola de pies a cabeza con el enorme calor que emanaba de su piel, y el dolor se fue como si nunca hubiese existido.

—¿Qué diablos ha pasado? —jadeó.

—Te dije que había poder en tu interior. Esto sólo ha sido sólo una muestra de esa fuerza. Necesitas adiestramiento para controlarlo, afinarlo y perfeccionarlo a fin de que pueda ser utilizado como un arma en cualquier momento. Practicaremos después.

Isis lo miró, comiéndoselo con los ojos. Nunca había estado tan feliz de ver alguien en toda su vida. Se tiró sobre él y él la atrapó fácilmente, como si hubiese estado esperando que hiciese justamente eso. Isis enrolló sus brazos alrededor de su cuello y se lanzó a por su boca.

La quemazón de sus labios era casi dolorosa, estaba ardiendo. Literalmente. Pero Isis le dio la bienvenida a ese calor y se lo devolvió con una pasión de la que no sabía que era capaz, hundiendo su lengua en su dulce, saboreando y seduciendo.

Flare puso sus manos delicadamente a ambos lados de su cara y se la inclinó, para que sus labios pudieran deslizarse sobre los suyos, asumiendo el control del beso. Él devastó su boca, pero sus manos eran suaves, reprimiendo su fuerza para no lastimarla. Su pelo se movió, como sacudido por una pequeña brisa, enredándose en el suyo, atándolos. El perfume de Flare, picante y fresco, la embriagó, mareándola y provocando que se desplomase débilmente contra su pecho, besándolo más profundamente.

Su pulso latía salvaje y respiraba agitadamente. Sus pechos, que seguían desnudos con el vestido enrollado en la cintura, dolían y se sentían pesados. Sus pezones parecían como pequeñas piedras sobre sus pechos, duros, hinchados y apretados. Una sensación electrizante la recorrió desde su cabeza hasta su coño, e inmediatamente estaba mojada y lista para él, como nunca había estado para cualquier otro hombre antes.

Estaban cubiertos de los restos de la lucha, pero tampoco les importaba. Las manos de Flare abandonaron su cara y su puño se enterró en el pelo que caía por su espalda, apretándola contra él, tanto que le costaba respirar. Pero estaba bien. Ella no tenía miedo, ni ansiedad, sólo pura necesidad. Isis le besó como nunca había besado a otro, libre y ansiosamente, poniendo toda su pasión y deseo en las caricias de fuegos de sus labios.

Un viento fresco arrastró hojas secas, caídas acerca de ellos, como si el viento sintiera su emoción y respondiese del mismo modo. Se separaron, ambos jadeando, con sus miradas fijas y las manos unidas.

—Necesitamos limpiarnos —le dijo suavemente, echando un vistazo a su pelo.

—Sí —ella estuvo de acuerdo, finalmente mirándose. Estaba cubierta de sangre y vísceras, nada romántico. Bueno, tampoco tenía mucha importancia. Isis sabía que aceptaría a Flare de cualquier manera, sin importar la situación. Se había acostumbrado rápidamente a él, algo que ella nunca había experimentado, y quería, más que nada, solidificar esa creciente conexión ente ambos.

Flare se levantó sobre sus pies y le ofreció su mano para ayudarlo a levantarse. Echó una ojeada al cuerpo caído del Daemon, como si se hubiese olvidado que estaba allí. Le guiñó el ojo a Isis, besó su dedo índice izquierdo, apuntó con el al Daemon y una corriente de fuego salió disparada de la punta de su dedo, convirtiendo el cuerpo del monstruo en ascuas. La corriente de fuego se detuvo tan rápidamente como había empezado y Flare sopló la punta de su dedo y se levantó una diminuta voluta de humo.

—Vamos a limpiarnos.

Él la arropó protectoramente entre sus brazos, estrechándola a su lado, en un embarazoso abrazo. Isis sujetó el vestido andrajoso contra su cuerpo. Pese a que estaba algo cortada, preocupada por su desnudez, parecía que era lo correcto. Se mantuvo a su ritmo, acoplando sus pasos con los suyos, mucho más largos, e inclinándose contra él, absorbiendo algo de su interminable fuerza.

Lentamente volvieron caminando a la casa bajo la luz de la luna a través de los árboles, las manos unidas, los dedos entrelazados y los dos corazones latiendo a la par.

Capítulo Seis

Isis quería compartir la ducha con él. Pero Flare no quería.

—Mereces una cama suave cuando estés debajo de mí —dijo arrogantemente—. No te tomaré la primera vez en la ducha. Mereces algo mejor.

Hasta con excusas, era perfecto. Isis tomó la primera ducha, echando el doble del tiempo del normal porque se le hacía imposible retirar toda la sangre. Se había secado formando una dura sustancia, como alquitrán, sobre su piel y requirió varios minutos de vigorosos frotamientos para retirarla. Cuando terminó, su piel tenía un tono rosado, de pies a cabeza. Agarró una gruesa toalla de la barra al lado de la ducha y pasándola sobre su pelo mojado sobre sus hombros, envolviendo la toalla alrededor de su cuerpo.

Cuando salió del cuarto de baño, Flare estaba allí, esperándola, y por su acalorada mirada en sus dorados ojos, supo que estaba satisfecho con su cara limpia. Podía intuir el por qué. Antes de la ducha, el maquillaje que se había puesto la noche anterior estaba embadurnado por toda la cara, dándole una apariencia casi demacrada. Isis estaba encantado de librar su piel de todos los cosméticos y doblemente feliz al ver la reacción de Flare ante su fresca apariencia.

La ducha de Flare duró un rato, porque también había estado cubierto con la misma suciedad. Cuando salió del cuarto de baño con una toalla enrollada alrededor de su cintura, Isis estaba sentada en su tocador, mirándose en un espejo, mientras peinaba su melena. Flare se colocó detrás de ella y apoyó las manos en sus hombros. Isis lo miró a través del espejo, apreciando cuan alto y oscuro lucía comparado con ella, permaneciendo impávido y silencioso detrás de ella.

Su pelo estaba húmedo y azulado, cayendo por su espalda. Su mandíbula era cuadrada y fuerte, su nariz recta y noble, sus gruesos labios tenían un tono rosado natural. Los suaves músculos de su pecho estaban marcados, como los de un físico-culturista. Tenía un tonificado paquetes de seis* en su estómago, su cintura estrechándose hasta sus caderas, resaltando la amplia musculatura de sus muslos. Los músculos de sus brazos estaban igual, sus antebrazos eran tan anchos que no podía rodearlos con sus manos, lo había intentado. Era un magnífico espécimen de un macho, sin importar la especie.

Sus miradas fijas se cruzaron y se tensaron. El deseo se reflejaba en sus ojos. Isis se levantó del tocador y se acercó a él. Con manos temblorosas desató la bata y la dejó caer al suelo. La mirada ardiente de sus ojos le dio ánimos. Se pegó a él y puso sus brazos alrededor de su cuello.

—Bésame —susurró, inclinando su cabeza para recibir la suave presión, de sus suaves labios.

Isis quería más. Usó su lengua para abrir la boca de Flare y saborearle. Él se la dio y se amamantó de ella. Sus dientes entrechocaron y esa sensación los hizo aferrarse más fuertemente el uno al otro. Flare aferró con uno de su puño el pelo que caía por la espalda de Isis y con el otro la sujetó por la nuca.

En ese momento Isis se dio cuenta de que Flare la podía matar fácilmente si apretase su mano alrededor de su cuello. Pero ese pensamiento no trajo el esperado miedo y la ansiedad. Supo instintivamente, fluyó través de sus venas, que él nunca la lastimaría. Y que moriría por protegerla.

Saberlo fue como intoxicarse, aumentando su necesidad, y provocando que gimiera en su boca. Él se tragó el sonido y la apretó contra él. La presión de su pesada y dura polla era alarmante, pero sólo durante un breve momento. Y no era alarmante por las razones a las que estaba acostumbrada. Era alarmante porque era increíblemente enorme.

* Se refiere a los abdominales marcados de su estómago

La sensación de su piel desnuda contra sus pechos le robó el aliento. Vibró de pies a cabeza, especialmente en sus labios, pechos y coño. Era como si todo su cuerpo pudiera sentir su toque, como si tuviese mil manos en vez de dos.

La temperatura del cuarto se había levantado varios grados y la piel de Flare se volvía más caliente a cada segundo que pasaba. Pero el calor no la lastimó. En lugar de eso la cubrió, haciéndole sentirse segura y querida. Su cabeza fue a la deriva, como si estuviese borracha, y jadeó sin aire. Flare se lo dio, llenándola con el calor de su interior, provocando que su piel ardiese deliciosamente por todas partes.

Sus manos se enredaron en el pelo de su nuca y ella le mantuvo pegado. Se separó de sus labios y acarició con ellos sus ojos, nariz y mejillas. Su piel era tan suave. Salpicó besos por todo él, sin olvidar ni un solo centímetro de su bella cara. Flare gruñó y puso ambas manos otra vez a ambos lados de su cabeza para agarrarla mientras reclamaba su boca otra vez.

Todas estas sensaciones y sólo se habían besado. Ese pensamiento inflamó más aún sus sentidos, y sus manos se agarraron frenéticamente a él.

Los labios de Flare estaban pegados contra los suyos.

—No hay prisa, nena —se quejó contra sus labios—. Más espacio.

Ella lo intentó, realmente lo hizo, pero su cuerpo estaba descontrolado de deseo y necesidad. Era una sensación intoxicante. Isis hizo algo nunca había pensado que haría ni en un millón de años. Saltó sobre él como lo haría sobre la barra fija en el club y envolvió las piernas alrededor de su cintura para sujetarse. Las manos de Flare fueron a su trasero y ella rodeó su cuello con sus brazos, relamiéndose los labios ávidamente.

Sus bocas se fusionaron. Y la presión de su durísima polla cubierta por la toalla, entre sus piernas, casi la hizo correrse en ese momento. Sus dedos casi chamuscaron la piel de su trasero, pero el casi-dolor de su toque sólo la espoleó. Isis se apretó contra su cintura, frotándose contra su polla. Flare gruñó y alzó, sujetándola fuertemente para frenarla.

Pero Isis estaba perdida en una pasión desbordante que nunca había experimentado. Exigía sentirlo y meneó su trasero hasta conseguir que la polla de Flare estuviese de nuevo presionando contra su mojado y dolorido coño. Flare, persistentemente, la alzó otra vez y dejó de besarla. Separó su cabeza antes de que ella pudiera volver a besarlo, y rápido como el ataque de una cobra, llevó su pecho izquierdo hasta su supercaliente boca.

Isis gritó, un gemido grabe, roto, que sirvió para aumentar la excitación en ambos. Los dientes de Flare rasparon su pecho. Retrocedió lentamente, sensualmente, hasta que sólo su largo y duro pezón estuvo en su boca. El lametazo de fuego de su lengua provocó que su cuerpo se estremeciese de necesidad mientras él seguía golpeteando con su lengua sobre su pezón. La cabeza de Isis cayó hacia atrás, su pelo largo cayendo casi hasta el suelo mientras se arqueaba dentro de ese nuevo y perverso abrazo.

Flare estaba ahogado en su pasión, al igual que Isis. Un desenfrenado demonio, controlándolo, exigiéndole que la poseyera ahí mismo.

Pero había algo a lo que Flare se aferraba en su mente nublada por la pasión.

Él no podía tener sexo sin protección con ella. Al menos, no todavía. Primero necesitaba su amor, su corazón entero, hasta que tal cosa pasase. Él no la pondría en peligro, jamás. Se requería un acto de amor puro, por ambas partes, para poder intercambiar fluidos.

La sensación de sus piernas envueltas alrededor de su cintura casi le hizo doblar las rodillas. Sus brazos eran como ansiosas enredaderas, sujetándose imposiblemente contra él. Su pezón sabía como caramelo y su textura cosquilleó su lengua. Flare chupó repetidas veces y succionó duramente alternando mordiscos. Arrancó otro grito de ella y se bebió el sonido como un hombre muriéndose de sed. No hubo nada más bello, más excitante, que Isis perdida en su pasión. Él se sintió humillado por el poder de su deseo. Nada nunca se había acercado a esto, no en todos sus doscientos años de vida.

El golpeteo de su corazón resonó en sus oídos. Había un dolor, dentro de su pecho, y supo con certeza que amaba a esa mujer. Las cosas habían ido más lejos del mero deseo. Ella había tocado su corazón, su alma, y cambiado su vida para siempre.

Quería abrazarla estrechamente y apartarla de cualquier dolor. Aunque ella era fuerte, valiente y orgullosa, había una sensación interminable de sufrimiento en su interior. Flare sabía que alguien la había lastimado. Alguien del que se había preocupado. Ese pensamiento hizo que el calor de su cuerpo se elevase varios grados y contuvo su poder para evitar lastimar a Isis. No le gustaba la idea de que se preocupase por alguien más aparte de él.

Y sus futuros hijos, por supuesto.

No había manera de que ahora la dejase marchar. No después de disfrutar del brillo de su natural sensualidad. Si tenía que, haría que le amase. No podía aceptar menos de ella. Su vida había estado a su cargo durante dos semanas y había aprendido mucho acerca de ella en ese tiempo. Isis estaba sola, completamente sola. No tenía amigos, ningún amante, nadie. Ella era, a menudo, quieta, introspectiva. Tenía una tendencia adorable a soñar despierta. Su valentía era evidente de la manera en que ella se cuidaba y se mantenía alejada de ataduras de cualquier tipo. No le daba miedo ser solitaria, de hecho, lo agradecía.

Flare sabía que sería una magnífica amante. Era como fuego líquido en sus brazos. Y toda la pasión contenida que había mantenido amarrada durante años se había desbordado como una violenta tormenta entre ellos.

Su piel era tan suave, tan delicada. Toda ella era suavidad, hasta su coño depilado y suave, notó. Le hubiera gustado ver su pelo rojo allí, entre sus piernas. Solo la idea de poder besar su piel desnuda compensó eso y más. Ninguna de sus pasadas amantes había estado depilada entre sus piernas y estaba deseando la nueva sensación del coño desnudo de Isis envolviéndose alrededor de su polla.

Estos pensamientos y más le hicieron jadear de deseo. Ya no podía contenerse más. La llevó hasta la cama y se recostó con ella sujeta. Ella conservó sus piernas apretando alrededor de su cintura. Él metió el brazo entre ellos y quitó la toalla que lo cubría.

Isis miró hacia abajo y se quedó sin aliento. ¡Jesucristo, el hombre era enorme! Debía de tener, al menos, veintiocho centímetros de largo y sobre cinco centímetros de grosor. Su ancho le asombró más que la longitud. Pero, igualmente, Flare era un hombre grande, fuerte en todas partes. Lo debería haber imaginado, pero la realidad era mucho más fuerte que cualquier cosa que pudiera haber imaginado. Isis se sintió intimidada durante un momento, pero sólo un momento. Había algo que le decía que era lo correcto, que era un acto limpio, puro, honesto. Y supo que Flare se aseguraría que estuviera lista para su empalamiento. Se dejó a sí misma hundirse en el placer de estar en los brazos de Flare, dejando atrás todos sus miedos y dudas.

Los labios de Flare se movieron de un pecho al otro, como si no pudiese decidir cuál era su favorito, y pronto ella se contorsionaba bajo él. Él la había apoyado contra el colchón, justo en el borde y él se hincó de rodillas en el suelo, junto a la cama para acomodarse entre sus piernas. La desnuda sensación de su polla en la mojada unión de sus piernas abiertas le hizo dar un pequeño grito de excitación que volvió salvaje a Flare.

Sus besos se volvieron más enérgicos. Su oscura cabeza se deslizó hacia abajo, mientras dejaba calientes y salvajes besos sobre su estómago. Entonces, pareció recuperar parte de su control, y calmó sus caricias, lamiendo la piel de su estómago, pellizcando su suave piel con sus labios.

Quitando las manos de su cuello, las puso sobre su cabeza y se arqueó bajo su toque. Sus manos la acariciaban desde sus caderas hasta las muñecas, dejando un rastro de ardiente calor. Él repitió la caricia y ella gimió. Las puntas de sus dedos permanecieron en sus muñecas, sintiendo el ritmo de sus latidos, e Isis supo que lo hacía para comprobar cuán excitada estaba, como si la humedad de su cuerpo no fuera evidencia suficiente. Él la soltó y

Flare sujetó sus caderas mientras descendía por su cuerpo, y antes de que ella pudiera reaccionar, sus labios y lengua se hundían en su coño.

Sus caderas se retorcieron, intentando alejarse. Isis sollozó, el sonido resonó en sus oídos. Las manos de Flare sujetaron sus piernas imposiblemente abiertas y la lamió desde el clitoris hasta el ano. Isis estaba como ida, fuera de control, y más que ansiosa de experimentar más de sus más pecaminosos besos. Él la lamió otra vez, su saliva mezclándose con sus jugos, volviéndola tan resbaladiza que su lengua no encontró resistencia cuando finalmente la penetró.

Isis chilló y se elevó sobre la cama. Pero él no paró, hundiendo profundamente su lengua dentro de ella repetidas veces, sus manos nunca dejaron la blanda carne del interior de sus muslos mientras forzaba a sus piernas a permanecer abiertas para él. Isis enterró las manos en su sedoso pelo, sujetándose a él mientras se tensaba ansiosamente. Su cuerpo se estremeció y su corazón palpitaba como si estuviese a punto de salir volando por su garganta.

—Por favor —suplicó con la voz rota, sin saber que era lo que suplicaba, pero suplicándolo de todas maneras—. ¡Oh Dios, Flare, *por favor, por favor, por favor!* —Su cabeza se sacudía de un lado a otro de la cama, su pelo enredándose salvajemente alrededor de su ruborizada cara. Flare introdujo su lengua una última vez, llegando imposiblemente dentro de ella.

Uno de sus largos y fuertes dedos se deslizó en su interior, reemplazando su lengua, provocando que se corriera.

A través de la neblina de su clímax sintió como la cabeza de Flare se inclinaba y tomaba su hinchado clitoris entre sus labios. Su dedo comenzó a empujar adentro de su temblorosa carne, empalándola repetidas veces. Los músculos de su coño apretaron su dedo en cada empuje, enviando destellos de placer por todo su cuerpo.

Casi se desmayó. Su vista se volvió gris alrededor de los bordes, pero reunió sus fuerzas y sus manos se aferraron a su cabeza, presionándola contra su clitoris. Su cuerpo se movía con voluntad propia, contoneándose salvajemente bajo sus manos y su boca, presionando su coño contra su cara. Su cuerpo estaba vivo con sensaciones que nunca había soñado.

Los labios supervalientes de Flare vagaron arriba por su cuerpo hasta que la besó en la boca profundamente otra vez. Ella podía saborearse a si misma en su lengua pero eso no le causó repulsión, sólo la volvió más hambrienta y le devolvió el beso con un ansia que los asombró a ambos.

Un gemido se libró de sus labios cuando Flare se separó y ella trató de acercarlo de vuelta, pero él atrapó sus manos, besó sus palmas y las llevó lejos de él.

—Regresaré en un segundo —dijo, y justo después, desapareció de la habitación.

Ella se sentó y su grito de pura frustración le hizo sentirse mejor por su partida, pero antes de poder pensar en moverse, Flare apareció de nuevo, todavía gloriosamente desnudo. ¡Toda esa piel dorada le hacia la boca agua! Llevaba un puñado de condones en la mano e Isis frunció el ceño. Él inclinó su cabeza hacia la suya, su aliento caliente entremezclándose con el de ella.

—No tengo ninguna enfermedad —dijo.

—Ni yo —contestó con un beso rápido, duro en sus labios—. Pero necesito protegerte igualmente.

—Pero quiero sentirte desnudo en mi interior —jadeó en entre sus besos.

—Todavía no —dijo firmemente.

Él se reclinó a su lado y lanzó todos los condones salvo uno en la mesita de noche. Isis observó como sus dedos rápidamente desgarraron el plateado paquete y colocaban la punta del condón contra el brillante glande. Enrolló el condón sobre él, estirando el material sobre su amplia y gruesa polla.

En cuanto terminó, Isis extendió la mano y le agarró, girándolo a fin de que se tumbara en la cama y ella subiese sobre su cuerpo, montándolo. Para ser su primera vez, estaba deseando lo que vendría a continuación y era una sensación embriagadora. Nunca se había sentido tan libre, tan poderosa como cuando dejó su cuerpo hundirse encima de la polla de Flare.

La sensación de plenitud, de estrechez, era casi dolorosa, pero Flare puso sus manos en sus senos y apretó sus pezones y se relajó sobre él, hundiéndose más profundamente. La punta estaba dentro de ella, pero todavía quedaba más fuera y contoneó sus caderas ansiosamente para forzar más de él dentro suyo.

Las manos de Flare inmediatamente fueron a sus caderas y la inmovilizaron. Luego lentamente, delicadamente la bajó sobre él. Extendió su apretado canal tanto que lloriqueó de doloroso placer, y su cuerpo apretó fuertemente su polla.

Una de sus manos fue a la deriva entre sus piernas y encontró su clítoris. Entonces, lentamente suavemente lo frotó. Su cuerpo se relajó otra vez y ella se hundió más sobre él.

—Sólo un poco más, bebe. —Sus palabras sonaban como un gruñido, pero suave, sin exigir nada—. Un poco más, venga, eso es —animaba mientras ella se deslizaba alrededor de su polla—. Vamos, cariño. Tómala toda.

Isis se hundió sobre los últimos centímetros rápidamente y ambos gimieron de placer. Él era tan grande que le quitó el aliento y cortocircuitó su mente. Se mantuvieron inmóviles unos instantes y luego Flare comenzó a guiarla con sus manos en sus caderas. La alzó con una fuerza que la impresionó, y sin salir de ella, la bajó rápidamente una vez más, causando que se tragase un grito por el sorprendente placer.

El instinto tomó las riendas de su cuerpo y comenzó a montarle, sin esperar que él hiciese todo el trabajo de elevarla. Cada golpe les hacía quedarse sin aliento mientras aumentaba el ritmo, y el de su respiración.

El cuarto estaba ardiendo, al igual que la piel de Flare. Su polla, enterrada tan profunda y estrechamente en ella, estaba tan caliente que casi abrasaba su delicada piel. Pero Flare controlaba la temperatura, no quería que se sintiese amenazada con poder quemarse realmente. No quería que su fuego hiciese eso, de ninguna manera. Sólo su besos, su toque, su voz, lo suficiente como para mantenerla caliente, mojada y lista.

Sus pechos rebotaron mientras ella se deslizaba arriba y abajo sobre él. Él llevó ambas manos a sus pechos, sus dedos tironeaban de sus pezones.

Tan rápidamente que les sorprendió a ambos, Isis se corrió de nuevo. Su coño se tensó fuertemente sobre él, tan apretado que Flare rugió, y su coño comenzó a ordeñarlo con pequeños y violentos temblores. Flare se empujó fuerte en ella, levantando su cuerpo con sus caderas, y gritó mientras se unía a ella en el clímax.

Flare nunca había sentido nada como esto. Su polla estaba estrujada tan apretadamente por su cuerpo, que apenas podía contenerse de causarle daño en el momento en el que se corría. Se corrió tan fuerte en el condón que sabía que ella tenía que haber sentido el fuego de su eyaculación dentro del caucho. Sus manos estrujaban sus pechos incontrolablemente, pero eso sólo pareció estimular a Isis en su viaje al cielo. Su latido golpeteaba en su polla y podría sentir que el pulso de Isis retumbaba a su alrededor.

Isis se colapsó sobre él. Él gimió una última vez que mientras disparaba el resto de su el resto de su corrida en el condón entonces la aprisionó. Presionó un beso sobre su sudada cabeza y puso sus brazos alrededor de ella, relajándose ambos con largas caricias desde su cuello hasta su trasero.

El cuarto se fue enfriando a la vez que su respiración se aminoraba. Isis descansó su cabeza en el pecho de Flare y escuchó el ruidoso latido bajo su oído.

—Eres magnífica —susurró contra su pelo.

Las palabras la hicieron sentirse como una diosa, y se dijeron tan honestamente, tan abiertamente que supo que fue cierta. Se rió con verdadera alegría y en broma mordió su

pezón. Él respondió con un azote en su cachete, pero sólo suficiente como para que picase sensualmente, y luego la abrazó de nuevo. La sujetó así el resto de la noche e Isis se durmió tan profundamente que no lo sintió cuándo se levantó y la dejó, cubriéndola con una manta y desapareciendo con el resplandor del amanecer.

Capítulo Siete

Isis se despertó sola, pero supo que Flare se había tenido que ir, ninguna de sus cortinas eran lo suficientemente gruesas como para bloquear los rayos del sol. Se levantó mareada, jadeando cuando su cuerpo le recordó la extenuante actividad de la noche anterior. Su cuerpo se sentía dolorido y lesionado, pero el suave dolor era tan delicioso que saboreó cada dolor y molestias mientras se movía de un lado a otro.

Se puso una bata y recorrió la casa, dirigiéndose hacia la cocina. Se restregó sus cansados ojos y dio un enorme y satisfecho bostezo. Era asombroso lo bien que se sentía y se propuso aferrarse a esa feliz y agradable sensación.

Pero el destino era cruel. Y tan pronto como entró en la cocina, vio la nota de su hermana en la mesa, y en el suelo la botella de Jager. Dolorosamente recordando que no todo andaba bien en su vida, Isis evitó mirarla mientras se preparaba un tazón de cereales. Sin embargo, la peligrosa atracción de la carta minaba su determinación y se sentó en la mesa bruscamente, los cereales se derramaron mientras se quedaba mirando fijamente las palabras escritas en el papel.

Necesitó un largo rato para recuperarse, pero se dio cuenta con algo de sorpresa que no le dolía tanto como la primera vez que la había leído. El pesado y estrujante dolor en su corazón ya no estaba. En su lugar había enfado.

Mucho enfadado.

—Maldita. Malditos ambos —gruñó y cerró de golpe sus puños sobre el tapete, astillando la madera ligeramente, asombrada por la fuerza de su golpe.

Isis sostuvo en alto sus manos delante de su cara. Estaban temblando.

—¿Qué me está ocurriendo? —se preguntó en un suave susurro.

Silenciosa y acongojada, Isis permaneció sentada, quedándose con la mirada perdida en el espacio durante largos minutos. Tomando una decisión, se levantó, se vistió y comenzó a empaquetar sus escasas pertenencias. Todo el mobiliario y los aparatos habían venido con el alquiler de la casa. Todo lo que poseía eran algunas baratijas, algo de ropa y zapatos. Con calma, requirió toda la mañana y parte de la tarde para recoger sus cosas.

Con sus bolsas apretujadas y la maldita carta con su sobre roto en su bolsillo delantero, se sentó en un viejo y usado sillón del cuarto de estar y esperó a que Flare regresase. No saldría de casa sin él. Si bien estaba segura de que la podría encontrar dondequiera que fuese, casi prefería esperarle y decirle que se iba.

Con sus ahorros le llegaba para tomarse su tiempo buscando un nuevo alquiler. Mientras tanto tenía la intención de hospedarse en un viejo hotel que se encontraba a una hora de su presente posición. Nada más quería que poner toda la distancia posible con su anterior vivienda antes de la noche.

El sol no se ponía lo suficientemente rápido para ella. Pero con el tiempo, al finalmente, no había luz en el cuarto, y Flare apareció ante ella casi tan pronto el sol se ponía sobre el horizonte. Isis inmediatamente se lanzó a sus brazos y lo abrazó fuertemente.

—Te eché de menos esta mañana —dijo sintiéndose un poco tímida.

Flare sonrió, revelando sus preciosos dientes.

—Te eché de menos todo el día. —Él señaló sus bolsas—. Genial. Iba a sugerirte que te movieras ahora que los Daemons saben dónde vives.

Isis no había pensado en eso.

—Genial —dijo lentamente—. De cualquier manera, estaba cansada de este lugar.

—¿Esto es todo lo que llevas? —preguntó frunciendo el ceño.

—Es todo lo que tengo —admitió.

—¿Estás lista para irte ahora?

Isis sonrió, aliviando la urgencia de Flare.

—Sí, ¿puedes echarme una...?

No consiguió terminar la frase, porque Flare había recogido todas las bolsas y ya las llevaba hacia la puerta. Le siguió afuera, pasando la llave detrás de ella y dejando las llaves en un sobre pegado con cinta a la puerta. Isis se reunió con Flare en el coche mientras él metía la última bolsa en el maletero.

—Pensé en dirigirme a un hotel que conozco. Aunque está un poco lejos—explicó.

—Opino que mientras más lejos vayamos, mejor —contestó, acomodándose las largas piernas en el asiento del pasajero. Isis no sabía porque no se había fijado hasta ahora en cuan enorme parecía dentro del coche, pero definitivamente ahora sí que se fijó. Sonrió abiertamente, observándolo meterse con dificultad en el coche.

Él la miró y se percató de su sonrisa.

—¿Qué? —preguntó.

—Te ves tan gracioso —admitió.

—Sí, bueno, los Shikars no fuimos contruidos para el transporte humano. Nosotros preferimos Viajar.

Isis arrancó el coche y dio marcha atrás por el camino de acceso.

—¿Viajar? ¿Así llamas a cuando desapareces y reapareces?

—Sí —contestó.

—No me gusta. Todo ese aire que pasa velozmente y esa confusión y la sensación de que se va la deriva del mundo real es simplemente demasiado para mí. Hace que mi estómago duela sólo pensando en ello.

—Puede ser algo desquiciante al principio —asintió con la cabeza.

—No lo dudes. —Accedió a la carretera—. Veo que los Daemons también Viajan. ¿Por qué no aparecen aquí, en el coche y nos matan ahora mismo?

—Es una buena pregunta y una sobre lo que hemos estado hablando en años recientes desde que los Daemons han desarrollado la habilidad para Viajar. Pensamos que son torpes, incapaces de enfocarse en un lugar específico y aparecer a voluntad. Viajar es agotador, incluso para nosotros, los Shikars. Y los destinos de los Daemons siempre parecen aleatorios y accidentales. Pudiste comprobar que sólo un Daemon apareció en tu casa, los demás aparecieron fuera de ella.

—¿Entonces que significa? —preguntó.

—Que el Daemon con el que te enfrentaste era más fuerte que los otros tres juntos —le dijo, luego suspiró—. Nunca podré perdonarme que ese Daemon llegase a tu lado, —admitió suavemente—. Lo siento Isis.

Isis bufó.

—No te pongas así. No fue culpa tuya. Ambos sabemos que si no hubieses estado allí, ahora sería carne picada. Maté a un miserable Daemon, tú mataste tres, ¿recuerdas?

—A pesar de eso, te lastimó. Y no estaba allí para protegerte.

—Pero si estabas allí. E hiciste que todas mis heridas sanasen. —Lo miró por la esquina de su ojo—. ¿Por qué crees que hice lo que hice a ese monstruo?—barbotó.

Flare permaneció mirando fijamente la carretera ante ellos.

—Te dije que eras fuerte.

—Sí, ¿pero tan fuerte? ¡Lo hice trizas con mis propias manos! Dios mío —suspiró—. Estaba tan furiosa. No he estado tan furiosa desde —bruscamente dejó de hablar, conmocionada de lo fácil que era comenzar a hablarle.

—¿Desde cuándo? —la aguijoneó despiadadamente.

—Desde hace mucho tiempo —explicó y esperó que dejase las cosas así.

Él no hizo.

—Dímelo igualmente. —Hizo que sus palabras sonasen como una orden.

Isis pensó en silencio varios minutos.

—No te lo puedo decir —admitió finalmente—. Es demasiado duro ahora mismo. —Soltó su mano y atrapó la de él, entrelazando los dedos conjuntamente y apretándolos—. Pero te prometo que te lo diré algún día. Sólo dame un poco más de tiempo, ¿ok?

Flare la miró queriendo presionarla, pero ella negó con la cabeza manteniendo apretados los dientes, advirtiéndole que se mantuviese al margen. Finalmente se reclinó en el asiento, dejándole en paz, y ella emitió un audible suspiro de alivio. Pero Isis sabía que volvería a preguntárselo en algún momento. Pronto.

Isis quiso llenar el repentino silencio. Sus destrozados nervios necesitaban una pequeña charla para distraerse del stress.

—Cuéntame algo de tu infancia —dijo, sabiendo que era hipócrita por su parte esperar que él contase algo cuando ella no diría nada de el suyo aunque él quisiese saberlo, pero era todo lo que se le podía ocurrirle preguntar. Además, ella estaba interesada en su pasado, de verdad. Isis quería saberlo todo sobre él.

Flare pareció estar de buen humor.

—Mis padres eran ambos muy cariñosos. Mi padre y mi madre ya no están, pero el resto de nuestra familia es muy cercana, aun ahora después de tantos años. Cuando nací no estaba claro qué Casta sería, así que mis padres esperaron a ponerme nombre hasta mostré mis primeros rasgos Shikar.

—¿Así que los niños Shikars son iguales a los humanos?

—Mucho. Nuestra naturaleza no es tan diferente como puedas pensar. Tenemos las mismas necesidades que los humanos, comida, agua, refugio, lo fundamental.

—Nunca te he visto comer —comentó.

—Los Shikars no necesitamos comer tanto como los humanos. Comemos cada dos días más o menos. Nuestra tasa metabólica es muy diferente de la tuya.

—Fabuloso —dijo con una amplia sonrisa, sintiendo parte de sus preocupaciones esfumarse con la mágica voz de Flare—. ¿Cuando mostraste tus primeros poderes Shikar?

—Cuando tenía tres años. No lo recuerdo, pero aparentemente incendié mi dormitorio.

Isis se quedó sin aliento.

—¿En serio? Oh Dios mío, tus padres debieron asustarse como el infierno.

Flare se rió.

—No. Mi padre apagó fácilmente las llamas y mi madre inmediatamente rediseñó mi dormitorio en piedra para que no se volviese a repetir. No que el fuego me hubiese lastimado, pero podía haber lastimado a otro Shikars y eso era más seguro evitar usar madera a mi alrededor.

—Por eso tu apartamento está hecho completamente de piedra. Me imaginaba que sería por ostentación.

—Es más seguro así. No he perdido el control de mis poderes en un largo tiempo, a veces ocurre cuando estoy durmiendo, pero tengo el sueño ligero por naturaleza así que normalmente me refreno antes de que ocurra nada. Pero algunas veces hay accidentes inevitables y la construcción en piedra es simplemente una precaución más.

—Suena razonable —dijo con aprobación.

—Mi tía y mi tío viven a algunos kilómetros de mí.

—Maldición, me estás diciendo que vuestra ciudad subterránea es tan grande?

Flare lanzó hacia atrás un largo mechón de su pelo negro.

—Creo que la ciudad es casi tan grande como la ciudad de Nueva York. Tal vez más grande.

—Oh Dios mío, ¿en serio? —Isis estaba verdaderamente asombrada. Tan grande como la ciudad de Nueva York. Mierda.

—No estoy seguro del todo. Crece diariamente, cada vez que un guerrero forma una pareja deja el apartamento de soltero y se muda a los nuevos apartamentos diseñados específicamente para satisfacer las necesidades de la pareja. Y cuando los niños se

convierten en guerreros, reciben su propio apartamento, un refugio fuera de nuestro constante combate contra los Daemons. Los nuevos apartamentos normalmente son extraídos de la roca específicamente para cada nuevo guerrero que alcanza la madurez, aunque no siempre. Algunas veces hay una vacante debido al emparejamiento de un guerrero. Mi apartamento, sin embargo, se construyó especialmente en base a mis especificaciones.

—¿Qué que pasa con las mujeres? —Isis había notado que había dicho que los niños se convierten en guerreros y no había dicho nada sobre de las niñas—. ¿Son parte de vuestro ejército?

—Hmm —Flare musitó—. Ninguna de nuestras hembras ha querido ser guerrera, no que yo sepa. En nuestra cultura las hembras normalmente se quedan atrás para proteger a los niños y con la familia. A cambio, sus compañeros les proveen de seguridad, amor y constante protección. Pero hay cuatro hembras, humanas como tú, que han engrosado las filas de nuestro ejército y pelean al lado de nuestros hombres.

Isis estaba interesado en esto.

—¿Conoces personalmente a esas mujeres?

—Las conozco. Todo el mundo las conoce, ya son legendarias entre nosotros. Sus nombres son Cady, Steffy, Emily y Nikki. Todas ellas son diferentes pero fuertes y valientes más allá de cualquier humano que hayamos conocido. —Deliberadamente evitó decirle que las mujeres desde hace mucho tiempo se habían convertido en Shikars, gracias a sus compañeros.

—¿Tienes más familia?

—Muchas tías y tíos. Ninguno hermano o hermana, mis padres ya tuvieron bastante conmigo como su hijo. —Se rió entre dientes—. Era un poco alborotador cuando era joven. Terco como una mula y algo arrogante. Me he calmado bastante desde entonces.

Isis casi le podía imaginar como un niño, precoz, propenso para hacer travesuras, orgulloso de sus poderes y excesivamente aventurero.

Una oscura figura apareció de pronto en mitad de la carretera y no hubo nada que Isis pudo hacer para abstenerse de chocar contra ella. Ella gritó de sorpresa y giró bruscamente el volante pero fue muy lenta reaccionando. Su coche se estrelló contra la figura como si esta fuese una gigante viga de cemento armado, destrozando la defensa de su vehículo. La figura rebotó contra el capó del coche, hizo pedazos su parabrisa y aterrizó flácidamente en la carretera detrás de ellos. El coche dio un patinazo y se fue de lado mientras daba un frenazo alarmada. El giro terminó con ellos de cara a lo que fuera que fuese contra lo que ellos habían chocado. El coche de Isis se caló y repentinamente todo se silenció, excepto por los jadeos aterrorizados de Isis.

—¡Oh Dios Santo! ¡Era un hombre! ¡Lo atropellé, oh joder, oh joder, oh joder! —Isis sabía que balbuceaba pero no se podía detener. La adrenalina explotó en ella y luchó contra el cierre de la puerta, sus manos temblaban tanto que la volvían torpe y lo intentó varias veces antes de Flare pusiera su mano sobre su hombro y la separó de la puerta.

—¿Estás herida? —le preguntó, palpándola con las manos para comprobar si tenía lesiones.

—Estoy bien —contestó jadeando, incluso ahora su toque encendía el calor dentro de ella.

—Arranca el coche otra vez —le dijo—. Yo me encargaré de nuestro amigo.

—¿Era un Daemon? —preguntó tan rápido que se sorprendió que la pudiese entender.

—Sí. Y pienso que debe haber más cerca —le dijo, saliendo del coche—. Quieta —le ordenó mientras cerraba la puerta.

Isis se sentó inmediato, aliviada.

—Gracias Dios —dijo una vez que la cólera reemplazó al pánico—. Ese hijo de puta destrozó mi coche —aulló. Probó el arranque, el motor hizo un poco de ruido pero no se

encendió. Hizo otro intento. Y otra vez. Decidió dejar que el coche reposase unos momentos por si eso ayudase.

Una explosión brillante de luz detrás de ella extrajo su atención y se giró en el asiento para observar a Flare envolver el cuerpo destrozado del Daemon en llamas. Por una esquina del ojo vio una forma oscura corriendo increíblemente veloz hacia Flare.

Sin preocuparse por su propia seguridad, abrió la puerta del coche y salió lo más rápido que pudo.

—Flare, cuidado —gritó.

Pero no necesitó hacerlo, Flare ya había cambiado de dirección y inmediatamente prendió al Daemon en llamas. La bestia gritó y continuó corriendo hacia Flare, empeñado en su malvado fin. Se encontraron a mitad del camino y Flare inmediatamente le clavó sus manos en el pecho del incendiado monstruo, extrayendo el corazón con un eficiente tirón. El monstruo cayó y se estremeció. Cuando Flare incendió el corazón en su mano en llamas, el monstruo bruscamente se quedó inmóvil como si un interruptor lo hubiese apagado.

Isis se acercó a Flare, cuidadosamente rodeando el montón de ceniza en mitad de la carretera.

—¿Está muerto? —preguntó, observándolo arder.

Flare se volvió hacia ella y sus ojos estaban encendidos de cólera.

—Te dije que permanecieras en el coche —dijo fríamente. Isis se escandalizó, pero debería de habérselo imaginado. Él se tomaba su misión de protegerla muy seriamente. Supuso su voluntad de hierro era lo que le convertía en un guerrero tan formidable.

Dos Daemons más aparecieron, rugiendo y arremetiendo contra Flare un instante después de que aparecieron. Isis se giró y luego volvió corriendo al coche mientras la batalla se iniciaba a su espalda. Saltó, con la intención de subirse sobre el maletero y deslizarse sobre el capó del coche y entrar a pelearse con el motor del coche.

Pero su salto la llevó mucho más allá. Con la fuerza de sus piernas logró saltar por encima del coche con los pies en el aire. Aterrizó fuertemente encima del asfalto delante de su coche, pero cayó de pie. Isis estaba en shock. Había saltado limpiamente todo el vehículo completo de un solo salto.

Isis rápidamente se recuperó y corrió hacia la puerta del coche. Subió al destrozado vehículo y trató de ponerlo en marcha. Tres intentos más tarde, el motor chisporroteó una vez, dos veces, luego se arrancó, volviendo a la vida mientras apretaba el acelerador para ayudarlo.

El resplandor de detrás se intensificó, iluminando el cielo nocturno. Isis intuyó que se había deshecho de los últimos dos Daemons tan rápidamente como con el primero. Unos segundos más tarde, Flare abrió la puerta del pasajero y entró el coche de nuevo.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—No estoy contento contigo —expresó con un gruñido ronco—. Conduce.

—¿Qué? Estaba tratando de salvar tu pellejo, bestia ingrata —gritó contestándole, mientras regresaba a la carretera y se alejaba de la escena de la batalla—. Además —bajó la voz—, no soy uno de tus soldados. No puedes esperar que haga todo lo que me ordenes.

—Puedo y espero que lo hagas. Cualquier orden que te dé es por una buena razón. Te pones en peligro saliendo del coche y yendo a una zona abierta. —Él apretó sus dientes audiblemente, como si él se opusiese al deseo de gritar—. Nunca te volverás a poner en peligro de esta manera. Ni por mí. *Especialmente* no por mí.

—Pero yo te... —Isis se calló desconcertada. No podría creer lo que casi le había dicho.

¿Se habría dado cuenta de su desliz? Dios, esperaba que no.

¿Ya lo amaba? No. Era demasiado pronto para eso, se dijo a sí misma, ignorando la punzada en su corazón que acompañó al pensamiento. Trató de tapar la confesión de algo que no admitiría a nadie, excepto a su madre.

—Me preocupo por ti, Flare —dijo—. No quiero que te hieras por mí.

—Es mi deber sagrado protegerte —dijo sobriamente—. Lo que me ocurra es cosa mía, no tuya. Tu única preocupación debería ser mantenerte tan lejos de los Daemons como puedas. Tan lejos como sea posible.

—No puedes decirme qué debo hacer —dijo revolucionándose.

—Puedo y yo lo haré. Me obedecerás a mí, Isis. No será de otra manera —dijo arrogantemente. La temperatura dentro del coche se levantó varios grados.

Era cierto que había sido algo molesto el verla salir del coche cuando él le había dicho que permaneciera quieta. Pero Flare no le dijo que su corazón se había enorgullecido cuando la vio saltar sobre el coche. Lo había hecho tan fácil, tan graciosamente, nunca había visto algo así. Había estado más preocupado de que aterrizase y se lastimase, que de los Daemons con los que peleaba. Se había asombrado cuando aterrizó de pie. Pero el persistente temor que le había inspirado todavía no había desaparecido.

Él sabía que era brusco. Pero Isis era tan terco, que necesitaba que un brazo fuerte la guiase correctamente en estos tiempos peligrosos. Ella ahora no necesitaba su ternura, necesitaba disciplina y, sí, también su ira. Era la única manera que sabía para mantenerla a salvo.

Estudiando su reacción a sus palabras, notó qué tan apretadamente agarró el volante, tanto que sus nudillos se volvieron blancos. Podía oír el rechinar de sus dientes y sus labios deliciosamente llenos estaban fuertemente apretados. Se mantenía en silencio, aunque sentía que quería gritar y atacarlo. Isis no estaba contenta con él ahora mismo, pero Flare estaba seguro de que sería más cuidadosa en el futuro.

Isis también estaba pensando en su increíble hazaña de saltar por encima del coche. Un pedazo de un plan comenzaba a tomar forma en su mente, todavía áspero en los detalles, pero estaba segura que una vez que Flare se acostumbrase a eso, las cosas se resolverían al fin. La cuestión era cómo sacar el tema a colación.

Quería ser una guerrera. Justo como las otras mujeres humanas sobre las que le había hablado. Era aterrador, el pensamiento de luchar contra los monstruos de forma regular, pero también era seductor el saber que preservaría al género humano de un gran mal. A Isis le gustaba mucho esa idea.

Era probable que Flare tuviese un ataque de cólera en cuanto se lo contase, pero era lo suficientemente terca para saber que eventualmente sería capaz de convencerlo si lo intentaba lo suficientemente duro. Él se tomaba muy en serio eso de protegerla, era más que obvio, pero sabía que también era muy atento en querer complacerla y mantenerla feliz. Una vez que viera cuánto desea esto, quizá se aplacase y la dejaba hacerlo.

Isis sabía que era lo suficientemente fuerte para serlo. Ella había lo había demostrado más de una vez en el último par de días. ¿Pero sería mentalmente capaz de manejar tal responsabilidad después de tantos años de estar sola y apática? Ese era el verdadero dilema. No lo sabía.

El resto del paseo en coche fue silencioso y fue una prueba de voluntad no decirle nada a Flare sobre su idea, pero sabía que él le costaba bastante mantener el autocontrol después de la batalla. Él parecía necesitar el silencio y le dejó tenerlo. Además, estaba más que acostumbrada a estar en silencio. Bueno, la mayor parte del tiempo.

Capítulo Ocho

Cuando el estropeado coche se sacudió ruidosamente en el estacionamiento frente a apartamento del hotel, Flare agarró las bolsas antes que se le pudiera ocurrir hacerlo a ella. Él entró primero al cuarto y comprobó cada esquina para asegurarse que no había amenazas. Isis admiró su minuciosidad. Estaba determinado a honrar ese deber.

—No me gusta este lugar —le dijo al final—. Es muy desprotegido para atacar y tu coche estacionado afuera, obviamente delata nuestra posición. Mira, incluso la puerta es débil. — Se acercó y agarró la manija de la quebradiza puerta de madera de la entrada—. Fácilmente podría irrumpir por la fuerza, y si yo puedo, entonces también podría un Daemon.

—Pues bien, es lo mejor que conseguí con tan poco tiempo —le dijo enfadada.

—Quiero que te quedes en un hotel mejor. Uno donde las habitaciones estén en el interior. Uno donde haya más gente, permanecer en un lugar público podría mantenerte a salvo de la amenaza que cuelga sobre tu cabeza.

—Ya pagué por la noche completa —le dijo.

—Eso no importa. Tengo un montón de dinero. Salgamos de aquí —le urgió.

Isis negó con la cabeza.

—No necesito tu dinero. Mira, quedémonos esta noche y mañana encontraré un mejor hotel, ¿ok? Lo prometo.

El cuarto se calentó y era más que evidente que Flare quería discutir con ella. Iba a comenzar, pero le dio la espalda y entró al cuarto de baño, cerrando la puerta tras ella con un suave chasquido mientras empujaba el diminuto tirador en la cerradura.

Pero no importo. Flare empujó la puerta, abriéndola fácilmente, rompiendo el marco y astillando la madera.

—No te alejes de mí cuando esté hablando contigo —le gruñó. Irradiaba fuertes oleadas de calor.

—Pensé que habíamos terminado —repuso, recogiendo el pelo en una cola de caballo usando el espejo que estaba encima del lavamanos del cuarto de baño. ¡Dios, que calor hacía ahí!

—Tú sabes que no hemos terminado —le dijo mordazmente, fulminándola con la vista.

—Mira Flare, yo no quiero discutir más. Me quedo aquí esta noche. Si los Daemons nos encuentran, nos vamos. Pero por el momento, éste es tan buen lugar como cualquiera, ni siquiera sé donde hay un hotel decente por aquí cerca.

Flare la miró airadamente.

—No quieres escuchar razones. Tal vez escuches esto. —La abrazó con fuerza y presionó un duro beso en la boca. Entonces la levantó, dejando sus pies suspendidos en el aire y la llevó fuera del cuarto de baño. La lanzó sobre la cama y los resortes gimieron protestando tan fuerte, que, por un momento, Isis temió que la cama se rompiera.

Lo que ella esperaba de Flare, no ocurrió. No hubo más besos. No más caricias. En cambio, Flare la volteó sobre su estómago y de un tirón bajó sus vaqueros, dejándolos alrededor de sus tobillos sin dificultad. Isis no era estúpida, ahora conocía las intenciones de Flare.

El sonido de la primera palmada fue ahogado por su grito de rabia. Ella se revolvió bajo él, agitándose salvajemente y pateando con sus piernas. Flare la azotó otra vez, haciendo que su culo se pusiera caliente.

No era que la azotase fuerte. Él no lo hizo, aunque su mano estuviese caliente cuando se unía con su sensible piel. Fue que la humillaba de una forma que la enfurecía.

Con otro rugido, logró patearle fuertemente la espinilla, forzándolo a alejarse un poco. Contoneándose salvajemente, aprovechó la oportunidad y rodó lejos, sacándose por completo los vaqueros para liberar sus piernas. Ahora estaba desnuda desde la cintura

hasta abajo, pero no le importaba. Antes de que pudiese detenerla, saltó de la cama y se abalanzó sobre él, dándole un puñetazo directamente en la mejilla. Isis sabía que su golpe le tenía que doler, la huella de sus nudillos ya estaba apareciendo y su mano dolía ferozmente. Pero Flare ni siquiera se estremeció. Tampoco él hizo lo que ella temía que pudiera hacer, forzarla a estar de espaldas, sumisa.

Se pusieron de pie, y se miraron cara a cara como enemigos largo tiempo, respirando pesadamente.

—Nunca vuelvas a hacer eso —Isis le dijo con su tono de voz más duro, temblando de cólera incontrolablemente—. Lo digo en serio.

—Solamente quiero que entiendas que tan importante es que me dejes cuidar de ti. Si los Daemons te atrapan, nuestra raza entera estaría en peligro, así como la tuya. Sin mencionar que me mataría que fueras herida o capturada —le explicó apasionadamente—. ¡Pero eres tan obstinada y cabezota, que me siento frustrado! Te rehúsas a escucharme. No sé de otra manera para que me escuches.

—Azotándome sólo conseguirás lastimarme —se lo dijo apretando los dientes—. Así que, ¿no quieres quedarte aquí esta noche? Bien. Vámonos.

Isis apuntó hacia la puerta, apartando la mirada.

De pronto, ella estaba en sus brazos otra vez y la pasión con que la besó hizo que encogiera los dedos del pie a pesar de su enojo. La levantó otra vez, pero con más cuidado esta vez y la colocó en la cama, bajando sobre ella.

—Lo siento —le dijo, llenándole la cara de besos, convirtiendo el calor de su cólera completamente en otra clase de calor. Podía ver que la disculpa era sincera, aunque sus sentidos estaban abrumados mientras estaba medio desnuda bajo él—. Pero necesito tener el control de la situación. ¿Lo entiendes, Isis?

Isis no quería ver sus ojos.

—He pasado cosas peores que esta. Te perdono. Solamente no lo hagas otra vez, lo odio. Me hace sentir indefensa. Impotente. Toda clase de cosas malas. No te lo perdonaré otra vez. —No estaba segura de si eso sería verdad o no. Estaba acostumbrada a que la golpeasen, la habían tratado con violencia en su niñez, de una u otra manera, pero no quería asociar a Flare con aquella clase de violencia. De ningún modo.

—Por eso quiero mantenerte a salvo —le murmuró, besando dulcemente su frente.

—Me estás manteniendo a salvo —le dijo—. No tengo miedo ni preocupaciones cuando estás junto a mí y eso es maravilloso. —Era duro admitirlo, incluso para sí misma, pero era la verdad—. Sé que no dejarás que me ocurra nada. Pero necesito descansar. He tenido un día realmente muy duro. No quiero conducir más esta noche, vagando y buscando otro lugar para quedarnos.

—Está bien —le dijo—. Pero mañana encontrarás otro lugar que sea más seguro para quedarnos.

—Lo haré —le prometió, mas amablemente—. Ahora bésame más, pedazo de bruto —le sonrió tímidamente.

Flare no necesitó que se lo repitiera otra vez. Le cubrió la boca con la suya, su lengua buscando la de ella y encontrándola inmediatamente. Le aturdía la rapidez con la que era reemplazada la cólera por pasión. Isis lo besó ávidamente, sus dedos se enredaron en el suave y sedoso pelo que caía por su espalda.

Era asombroso lo rápido que se había hecho adicta a su toque. Sus manos la recorrieron por completo, permaneciendo sobre la piel desnuda mientras se movía para sacar su camisa. El sujetador estaba abrochado en la espalda, poniéndoselo difícil a Flare el quitárselo. Él gruñó después de unos intentos, entonces movió su mano hasta colocarla al frente. Una diminuta cuchilla salió de su dedo. Brillaba incandescente. Y cuando recorrió con ella el delicado material de su sostén, con cuidando de no tocar su piel, se desprendió, liberando sus pechos a su mirada y su toque.

—Sostén tus pechos para mí —le dijo, apretando un duro pezón—. Sujétalos y juega con tus pezones —le exigió.

Isis sabía que era importante la estimulación visual para excitar a un hombre.

—Haré algo mejor —le dijo. Lo apartó a la fuerza y se levantó de la cama—. Mírame —le dijo Isis con una sonrisa coqueta y comenzó a bailar.

Ya estaba desnuda, así que no había necesidad de desvestirse y bailar completamente desnuda era más fácil que esconder su coño tras las bragas, que requería ser un poco más teatral. Increíblemente, por primera vez se sentía excitada por su propio baile. Y la llama ardiente en los ojos de Flare sólo la estimulaba más, derritiendo su interior.

Contoneándose, giró y le dio la espalda. Separó los pies y se inclinó, agarrando uno de sus tobillos con ambas manos. Escuchó el gemido de Flare cuando le mostró su secreto y sonrió. Lentamente, sensualmente, acarició su pierna hacia arriba y continuó bailando.

Cuando se giró de frente a él, claramente vio que Flare estaba próximo a perder algo de ese férreo control que siempre mantenía sobre sí mismo. La miraba como si estuviera a punto de saltar sobre ella.

Isis rió feliz y continuo bailando. Movié sus caderas, recorriendo con sus manos todo su cuerpo, deteniéndose un momento para señalar con el dedo su coño y pellizcar sus doloridos pezones. Cuando lo hizo, la mirada de Flare podría haber hecho un agujero en la pared. Y la temperatura del cuarto aumentó rápidamente. Isis lo miró y vio que en realidad había dejado marcas quemadas de sus manos en las sábanas cuando se aferró al borde de la cama, para abstenerse de lanzarse sobre ella y saquearla completamente. Con un movimiento estudiado, soltó su pelo y lo agitó mientras su cabeza se movía y esperó su reacción.

Se acercó inmediatamente. Antes de que pudiera parpadear dos veces, Flare la tenía contra la pared. Liberó su polla de los pantalones, la levantó y entró en ella con un feroz empuje de sus caderas. Estaba tan mojada que, aunque estaba apretada, se deslizó fácilmente y ambos gimieron. Hizo que le rodeara la cintura con sus piernas de modo que sus manos quedaran libres para vagar por su cuerpo. Su toque estaba tan caliente que supo que tendría marcas por la mañana donde sus dedos se posaban.

Pero no le importó. Se sentía tan bien.

Y el calor de su polla le robaba el aliento. ¡*Estaba ardiendo!* El sudor ya había perlado su frente y el puente de la nariz. Ansiaba aire que no fuera caliente ni sofocante, pero Flare atrapó su boca y le dio su aliento, llenándola de su sabor, así no hubo ni un solo pedacito de su ser que no fuese reclamado y poseído de alguna manera.

Todo su cuerpo fue devastado mientras acariciaba cada centímetro de su piel, tocándola de pies a cabeza. Su cabeza golpeaba contra la pared con cada empujón que le daba, entrando en ella con tal fuerza que la debería estar lastimando. Pero no lo hacía.

—Oh Isis, te necesito tanto —le dijo jadeando, mientras sus labios presionaban la curva de su cuello y hombro. Succionó su piel entre los dientes, dejando una marca roja que no se desvanecería en días.

Isis se aferró a él, agarrando con sus manos los músculos de sus brazos. Sus uñas se clavaron en su piel cada vez que le hacía golpear la espalda contra la pared. Su polla la condujo fuera de sí y ruidos salían incontrolablemente de su garganta, el placer era tan extremo, que las lágrimas se filtraron por las comisuras de sus ojos.

El orgasmo la sacudió intensamente. Su cuerpo se aferró al de él, su coño ordeñó su polla con pequeños temblores. Él continuó moviéndose, manteniendo a Isis en la cima de la pasión tanto como le fue posible.

El clímax fue tan fuerte que la dejó sin fuerzas. Su cuerpo vibraba con una emoción conmovedora que no podía nombrar, estremeciéndose alrededor de él. Su cabeza cayó débilmente contra su pecho, respirando ruidosamente.

Flare sujetó su cuerpo y la llevó a la cama. Metió la mano en el diminuto bolso de seda negro que solía llevar asegurado en su cintura y saco un condón. Abriendo el paquete con los dientes, rápidamente enfundó su polla con la cubierta protectora con dedos temblorosos y bajó su cuerpo para cubrirla con el suyo tan caliente.

Sabiendo que ella lo afectaba de tal manera que su control desaparecería antes que la fuerza de su pasión la hiciese necesitarlo otra vez. Si Flare no se apresurase, ella le rogaría que la tomase de nuevo.

Se introdujo en ella una vez más, estirando y llenándola, y ella gritó llena de placer. Los dedos de Flare se movieron entre ellos y encontraron su clítoris. Lo pellizcó, lo frotó, usando su humedad para que las yemas de sus dedos se deslizaran contra ella, bombardeándola con un placer infinito, estimulándola de modo que volase al precipicio de otro clímax en cuestión de minutos.

Flare cogió sus tobillos y los puso alrededor de su cuello, elevando sus caderas hacia arriba de modo que él la penetrase más profundamente. Sus caderas se movieron repetidamente entre sus piernas y ella se arqueó para acercarse más y recibir sus poderosos empujes, montándolo con contoneos sensuales de sus caderas. Su ritmo aumentó y la cama protestó. Ninguno se preocupó, se agarraron el uno al otro, sus manos deambularon por la piel desnuda, demorándose en los sitios correctos, haciéndose palpar el uno al otro.

Gimiendo, Flare encontró su clítoris una vez más.

—Córrete para mí otra vez, nena —le ordenó, empujándola al borde con un pequeño esfuerzo—. Vamos —gimió, bastante fuerte.

Isis lo agarró fuertemente y gritó cuando se corrió, las sensaciones de puro placer la bombardearon tanto, que no sintió nada más. Ella apenas oyó el grito de liberación de Flare, pero no hubo ningún error en la ardiente sensación dentro suyo, en la punta del condón.

Agotada, Isis se derrumbó en la cama. Flare la siguió, girando de modo que su cuerpo no la aplastara, pero la cama, en cambio, dio un gemido final y se rompió, dejándolos caer directamente al suelo con un ruido sordo.

—No pagaré por eso —dijo jadeante y luego se rió—. Vamos a demoler totalmente este lugar, lo sabes.

—Y tenemos la noche completa para terminar el trabajo. —Le sonrió abiertamente, colocando un mechón de cabello tras de su oreja—. Por Grimm, eres tan hermosa, Isis.

Sus palabras hicieron enrojecer sus mejillas, algo que pensó que no era capaz, incluso cuando no tenía ni idea de quién o qué era Grimm.

—Pienso que eres hermoso —le dijo suavemente, tímida, encendiendo la luz de su lado para verle mejor cuando se reclinó sobre ella.

Flare frunció el ceño y sus ojos parecieron resplandecer desde el interior.

—Levántate, Isis —le dijo.

—¿Qué ocurre?

—Solo levántate. Toma mi mano. —Él tomó su mano antes de que ella pudiera reaccionar.

—Espera un momento —gritó y se apartó de él tan abruptamente que no le quedó más remedio que dejarla ir o arriesgarse a herirla. Se movió hacia donde había arrojado sus pantalones, Isis buscó en sus bolsillos y encontró el sobre que contenía la carta de su hermana.

—Está bien, estoy lista —le dijo rápidamente, volviendo de prisa a su lado despreocupada por su desnudez.

—Agárrate de mí —le dijo, agarrándola firmemente, apretando su ardiente cuerpo.

El mundo entero se desvaneció y cerró los ojos cuando viajaron lejos del peligro.

* * * *

Momentos más tarde cuando su visión se aclaró, vio que estaban de pie en la sala de estar de Flare. Isis temblaba por la extraña sensación de Viajar. Flare, pensando que tenía frío, la acercó a él y subió la temperatura de su cuerpo lo suficiente para alejar el frío.

—Todo esta bien ahora. Estamos a salvo aquí —le dijo en un esfuerzo por tranquilizarla.

—Quiero algunas ropas —le dijo inmediatamente.

Flare la dejó ir lentamente, como si no quisiera hacerlo. Entró en su dormitorio y abrió un gran armario que lucía como si fuese de una estilista. Isis se paró en la puerta mientras él registraba la ropa de su interior y sacó un vestido púrpura para ella y algo de ropa negra para él.

—Quería preguntarte, ¿por que tienes ropa de mujer en tu armario? —le miró de una forma sospechosamente burlona.

Flare, al darse cuenta de que estaba bien, suspiró de alivio y sonrió abiertamente mientras se vestía.

—Hubo cierta cantidad de hembras que dejaron su ropa aquí como una donación en alguna ocasión. Sabía que en algún momento vendrías aquí, así que conseguí algunas cosas para ti. Por si acaso.

Isis bufo.

—Pensabas mantenerme desnuda todo el tiempo, ¿no es así?

Flare se rió y el sonido hizo que su corazón saltase.

—Tenía esperanzas.

—Eres un diablillo travieso —bufó otra vez y se puso el vestido—. ¿Supongo que no tendrás ropa interior allí dentro?

Los ojos de Flare se ensancharon.

—Lo olvidé —dijo, culpable. Regresó al cuarto y esta vez Isis le siguió. Registró el armario otra vez, tomándose más tiempo esta vez, antes de que sacar entre sus manos un puñado de satén rojo—. Tenemos costureras que sólo diseñan ropa interior para nuestras mujeres apareadas. Estas deberían servirte. —Le dio las pequeñas prendas.

Había un lindo sujetador rojo hecho de raso, pero la tela se sentía mucho más suave. Las braguitas carmesí eran todas iguales, corte alto en la pierna con un triangulo rojo mas oscuro sobre su coño. Isis supo instintivamente que esa característica debía de llevar sus ojos directamente a su sexo.

—Travieso —le dijo con una risa ahogada cuando se puso la lencería bajo su vestido.

—¿Quieres algo de comer o beber? —le preguntó.

—Estoy sedienta —admitió ella.

Flare se acercó a la chimenea que estaba en una pared en el cuarto de estar. Se arrodilló y prendió fuego a los leños que estaban allí apilados sólo poniendo la mano sobre ellos. Los leños llamearon intensamente en sólo unos segundos y un fuego rugiente brotó.

Con un cabeceo auto-satisfecho, Flare se levantó. Abrió una caja con joyas incrustadas y sacó un puñado de lo que a Isis le parecía arena coloreada.

—Esto —Flare se giró para mostrárselo—, es polvo fl'shan. Lo usamos para muchas cosas. Normalmente lo uso para esto. —Lo lanzó al fuego y la llama creció peligrosamente sólo un segundo antes de asentarse de otra vez—. Necesito dos tazas de té —dijo hablando directamente a la chimenea.

Él se giró y notó su ceño fruncido, confusa.

—Con el polvo podemos hablar a través del fuego. Le pedí a uno de los trabajadores de la cocina que nos trajera las bebidas.

—¿Los trabajadores de la cocina? ¿Tú no preparas tu comida?

—No. Soy un guerrero. Mis necesidades se cubren con un mínimo esfuerzo. He estado agradecido toda mi vida por eso, especialmente después de las batallas. Cuando estoy herido o cansado, solamente llamo por lo que necesito y casi instantáneamente me lo traen.

—¿Así que los trabajadores de la cocina son como tus sirvientes?

—No —dijo horrorizado—. Son voluntarios. La mayoría son mujeres sin compañero que no tienen a nadie para cocinarle. Nadie aquí es un criado —le dijo orgulloso—. Los hombres crecemos para ser guerreros. A veces, algunos de nosotros entramos en la política para conservar nuestra forma de vida, pero todos tenemos alguna clase de experiencia en batalla. Las mujeres crecen para ser igualmente fuertes, pero son gentiles por naturaleza y más en la alimentación. Todos tienen trabajos para hacer, pero sólo toman las tareas que desean. Las cosas que disfrutan.

—¿Tenéis política aquí?

—Tenemos un Consejo de Ancianos. Los guerreros mayores que han ganado el rango a través de arduo trabajo y autosacrificio.

—¿Qué tan viejo debes ser para ser un Anciano? —pregunto curiosa.

—Normalmente trescientos años.

Isis sintió sus ojos agrandarse.

—¿Trescientos? ¡Joder! ¿Cuánto tiempo vive tu gente?

—Vivimos tanto como deseemos.

—¿Qué edad tienes? —frunció suspicazmente el ceño.

—Tengo doscientos siete años —le respondió.

Isis se quedó sin aliento.

—No jodas. Luces como si estuvieras en los treinta.

—Los Shikars no envejecen como los humanos. No crecemos en edad como lo hace tu clase. Dejamos de envejecer como a los treinta, algunos a los cuarenta.

—Oh, Dios mío.

—¿Mi edad te hace sentir diferente de mí?

Isis vio la preocupación en sus ojos de que dijese que sí. Pensó en ello y se encontró con que no, no le importaba. Pero era definitivamente extraño.

—No. Pero debo parecerme una adolescente.

—No, de ninguna manera —le reconfortó.

Se escuchó el sonido de una campanilla. Isis recorrió con la vista la entrada y vio una pequeña campanilla de latón sobre la puerta, conectada a una cuerda que iba hacia el otro lado de la puerta. Isis pensó que era algo realmente útil. Era difícil para alguien oír el golpe en la puerta de piedra sólida, no importase cuan aguda fuera su audición.

Una mujer alta, ágil con el pelo rubio y largo hasta los tobillos, entró en el cuarto con una bandeja. Era el primer Shikar que Isis veía además de Flare. La mujer era delicadamente hermosa, nada tosca como su colega masculino. Llevaba la pesada bandeja de plata con facilidad. Su piel era como la crema, lisa e impecable, perfecta. Y sus ojos eran del mismo color que los de Flare.

La mujer vio a Isis con curiosidad pero no dijo nada. Entró en el cuarto de estar con la bandeja y la colocó en la mesita de piedra.

—Hola, Sence —le dijo Flare como bienvenida.

Sence le sonrió como si se tuvieran apego, Isis apretó los puños en señal de celos.

—Ye traje algo de pan y queso en caso de que tengas hambre —dijo Sence.

—Gracias —le dijo Flare gentilmente.

La mujer dio a Isis una última mirada antes de irse de la misma manera que había llegado. Isis se relajó, sus celos decrecieron, enfriando su naciente ira. Ella se sacudió los restos con un movimiento brusco de la cabeza.

Flare tomó una taza de humeante té caliente y le ofreció la otra.

—Esta dulce —le advirtió.

A ella le gustaba el té dulce. Isis tomó un sorbo del líquido marrón y arqueó las cejas.

—Está delicioso. Esto hace que el té normal sepa verdaderamente amargo.

—Las hojas son cultivadas en huertos especialmente diseñados. Nuestro ganado está en una gran área de pastizales, aunque nuestros animales han evolucionado de sus hermanos

del mundo de la superficie. Pueden parecerse extraños, si los vieras. Pero estoy seguro que el sabor de su carne es mas o menos el mismo.

Isis extendió la mano y tomó un pequeño pedazo de queso. Lo mordió y luego sonrió. Sabía justo como un queso Colby*, el cual le gustaba muchísimo.

Flare terminó su té y colocó la taza en la bandeja. La miró durante un rato, como si quisiese ver a través de su alma. Pareció tomar alguna decisión y cabeceó para si mismo.

—Tengo que dejarte aquí por un corto tiempo. No estaré lejos. Simplemente necesito encontrarme con mi superior para un asunto —le dijo a ella—. No tardare mucho,

Isis lo entendió. Era un soldado ante todo.

—Me quedare aquí —dijo obviamente.

Flare rió y se giró, dejándola en una posición en que pudiera observarlo irse. ¡Sus ojos no podían resistir observar todo de él, santo infierno, pero que trasero tan grandioso!

Flare llegó a la puerta y salió por ella, cerrando la entrada suavemente de su apartamento detrás de él. Isis curioseó, y alcanzó la manilla de la puerta. Giró fácilmente en su mano. Flare no la había encerrado bajo llave. Sonrió satisfecha y regresó al cuarto de estar a sentarse y esperar soñadoramente el regreso de su amante.

* * * *

Flare sabía que no había dado ningún aviso, pero Generator, un Anciano del consejo y su director superior, le habían dado la bienvenida en su casa como si hubieran estado esperado la visita de Flare. El hombre más alto le hizo señas para que entrase y Flare atravesó el umbral, sabiendo que no había marcha atrás del rumbo que estaba a punto de establecer por su cuenta.

Sólo esperaba obtener la aprobación de Generator.

—¿Cómo va tu misión? —preguntó el hombre mientras se acomodaban en dos grandes sillas, parecidas a un trono, sentados uno frente al otro. La luz del cuarto era suave, lanzando sombras extrañas cerca de ellos. El Anciano tenía el pelo negro con diminutas vetas de plata que lucían como si hubieran sido colocadas ingeniosamente allí y que reflejaban la luz como un espejo. Sus ojos parecían fuego dorado, bajo unas cejas astutamente arqueadas, igual que los ojos de todo Shikar, salvo aquellos de la Casta Viajero y esos ojos estaban fijos en Flare.

—Eso es lo que he venido a discutir.

—Me imagino que no ha ido como planeaste —dijo Generator sabiamente.

Flare cabeceo.

—No, ha salido tal como estaba planeado, Anciano. Mi misión comenzó fácilmente pero las cosas tienden... a complicarse. —Se forzó a hablar.

Generator sonrió como si supiera que tan complicada era la misión de Flare y por que.

—Tu misión es protegerla, ¿cierto? Todavía hay oscuridad en parte de los Territorios. Sólo puedo asumir que la tienes aquí contigo, sé que no evadirías tu misión.

—No, Anciano. —Flare disimuló el shock de que Generator supiera demasiado bien de lo que vendría a hablarles—. Ella está aquí. Ahora. Y vengo por eso mismo.

—Continua —le dijo Generator pacientemente, entrelazando sus largos dedos bajo la barbilla.

—He venido a pedir permiso para que Isis se quede aquí conmigo. Permanentemente.

Generator se recostó en el asiento, sus ojos dorados ensombrecidos.

—Ella es humana.

—Lo sé —Flare inclinó la cabeza.

* Queso semi-curado, parecido al cheddar, pero más suave. Se usa como queso de mesa, para rallar y asar a la parrilla, y en bocadillos y ensaladas

— ¿Te has acostado con ella?
Flare cuadró sus hombros.
— Si.
Generator asintió con la cabeza sabiamente y se mantuvo en silencio durante un rato.
— Esta mujer...
— Isis — dijo Flare firmemente.
La boca de Generator se curvó en una sonrisa.
— Isis, entonces. ¿Cuan fuerte es vuestra conexión?
— Es muy fuerte — dijo Flare confidencialmente—. Creciendo más cada día que pasa.
Generator lo estudió un momento.
— La amas — le dijo, como si fuera un descubrimiento que no había esperado—. ¿No es así?
Flare lo pensó detenidamente. ¿La amaba? Buscó en su corazón. Y pensó en la vida sin ella y la idea fue inaceptable. Flare había tomado una decisión.
— La amo — admitió—. Deseo hacerla mi compañera, si me acepta.
— ¿Pero que pasaría si ella no acepta? Conoces nuestras reglas. No puedes poner en peligro a una humana, nuestra semilla es venenosa para ellas y puedes matarla.
— No si son fuertes. No si aman a su compañero.
Generator se inclinó hacia delante, su pelo cayó y una sombra enmarcó su cara.
— ¿Pero esta mujer, Isis, te ama?
— Me amará — lo dijo seguro
— Debes estar seguro antes de hacerlo, es inevitable.
Flare apretó con fuerza la mandíbula.
— Cuatro mujeres se han convertido en guerreros Shikar. Isis es así de fuerte, tal vez más fuerte que ellas. Tiene la fuerza para pelear contra la muerte. Nuestro amor cuidará de ella el resto del camino y se levantará de la muerte como una Shikar. Estoy seguro de eso.
— Es más peligroso — dijo pacientemente Generator.
Flare tomó un profundo aliento.
— Lo sé. Pero soy un Viajero fuerte, la puedo seguir en la muerte y puedo salvar su alma. La amenaza será mínima. Haré todo lo posible para protegerla.
— Si te ama — Generator presionó cruelmente—. Todo depende del amor y el poder de esa gran emoción, así como también de la fuerza de su psiquis. Recuérdalo como nunca has recordado nada más en su vida. Te prohíbo intentar cambiarla hasta que no estés completamente seguro de que su corazón te pertenece. No tendré la desafortunada muerte de un humano tan fuerte en mi conciencia. O en la tuya.
— ¿Puede quedarse aquí mientras tanto? — preguntó Flare respetuosamente.
Generator se recostó en su asiento una vez más y Flare vio la preocupación claramente escrita en la cara del Anciano.
— Puede quedarse aquí mientras la amenaza contra su vida esté en los Territorios. Pero si no la convences de emparejar su vida con la tuya, la devolverás a su mundo tan pronto como esa amenaza sea neutralizada. O tan pronto como ella decida que quiere irse. Si tal cosa ocurre, no podrás obligarla a quedarse. — Las últimas palabras de Generator fueron lanzadas tan duramente que exigían absoluta obediencia.
— Si, Anciano. — Flare asintió con la cabeza aceptándolo, aunque tenía la intención de conservar a Isis sin importarle las consecuencias.
— Por ahora, volverás a tus deberes de patrulla en los Territorios.
— Si, Anciano — repitió Flare respetuosamente.
— Vete a ver a tu mujer. Debe preguntarse que te está reteniendo. Los humanos son infinitamente curiosos. — Generator le dio permiso para retirarse.
Contento por haber obtenido la aprobación del Anciano, Flare dejó el cuarto sin mirar atrás, ansioso por regresar con Isis tan pronto como fuera posible.

Capítulo Nueve

Isis se despertó sobresaltada cuando Flare volvió al cuarto. Se había ido durante un buen rato, se había aburrido y aparentemente se había quedado dormida rodeada por el silencio. Estaba acostumbrada, al menos, al zumbido de los insectos y las ranas fuera de su ventana, y este silencio era simplemente ensordecimiento.

—¿Terminaste con tus asuntos? —preguntó, levantándose.

—Sí. Todo ha sido arreglado. —Flare sonrió afectuosamente.

—¿Qué ha sido arreglado? —presionó.

—He recibido permiso para ofrecerte refugio, aquí conmigo, hasta que la amenaza hacia ti haya sido neutralizada —dijo cautelosamente, midiendo la reacción a sus cuidadosas palabras.

No había error en la chispa de alivio que vio en sus ojos. Rápidamente, ella levantó una máscara en su cara, silenciando su reacción, pero no antes de que Flare pudiera detectar un rastro de emoción.

—Eso suena bien para mí —estuvo de acuerdo.

—He recibido instrucciones de volver a mi puesto a seguir patrullando los Territorios, así que me iré durante seis horas cada noche.

—Día y noche no parecen significar mucho aquí —notó—. Me refiero, puedes Viajar a cualquier parte del mundo. Podrías ir a Francia y yo podría dormir durante el día, esperando que regreses cuando fuese de noche en mi parte del mundo.

—Eso es cierto —Flare estuvo de acuerdo—. Coordinaré mi horario para ajustarlo al tuyo, así podremos pasar las noches juntos.

La mirada de Isis inflamó repentinamente su pasión y Flare se sintió aun más seguro de sus intenciones con esta mujer humana.

—Me quedaré esta noche en mi parte del globo —dijo ella, dibujando una sensual sonrisa.

—Necesitas descansar —bromeó.

Isis resopló, apartando un mechón de pelo de su cara.

—Ya descansé —se quejó.

—Mira —abrió los brazos y giró en círculos—. Mírame. Estoy completamente descansada.

—¿Lo prometes? —preguntó con una sonrisa astuta.

—Lo prometo. —Isis ya jadeaba de excitación.

—Bueno, supongo que deberé juzgar eso —dijo y se lanzó a por ella. La cogió en sus brazos y la llevó del cuarto de estar a su dormitorio. La tumbó en su cama, esparciendo su pelo sobre las almohadas para poder admirar su espectacular color sobre las sedosas sábanas.

Tan delicadamente como podía, llevó sus manos a su vestido y comenzó a levantarlo, acariciando la piel que iba dejando al descubierto a su paso con las ásperas yemas de sus dedos.

—Eres tan suave —murmuró maravillado.

Alcanzándolo, Isis tiró de su camisa, no se había fijado antes, pero estaba hecha de algún extraño material, casi goma, aunque parecía que dejaba pasar bastante bien el aire, porque él no sudaba. Los materiales usados en ese mundo eran sorprendentes y extraños. Isis tiró de la camisa hasta que Flare asumió el control y se la quitó, revelando toda esa preciosa piel dorada que tanto admiraba.

Flare le quitó el vestido deslizándolo por su cabeza y lo lanzó detrás de él, negligentemente. Ella vio sus ojos brillar cuando vio su lencería y diabólicamente se retorció

libre de la manera más seductora que conocía... y sabía un montón sobre desnudarse para el placer de un hombre.

Ya desnuda, Isis rodó lejos de él en broma y él saltó sobre ella con un falso gruñido, presionando su estómago sobre el grueso colchón. Él besó la parte de atrás de su cuello, peinando su pelo sobre su hombro. Isis jadeó cuando la mordió allí, pero él lavó el leve dolor con su caliente lengua.

—Quiero reclamar tu alma —susurró sobre de su piel.

Isis se llevó un susto de muerte con su comentario.

Flare inspiró su perfume.

—Hueles fantástica —le dijo, acariciándola con la nariz entre sus hombros, usando sus labios y su lengua para provocarle cosquilles y bromear hasta que jadease excitada.

Sin dejar ni un centímetro de su piel sin explorar con su boca, se desplazó hacia su trasero y besó la parte superior de sus nalgas. Isis trató de girarse, pero él la sujetó con una mano mientras la otra acariciaba la hendidura de su trasero. Isis se derritió y cualquier rastro de timidez desapareció instantáneamente. Flare la soltó y usó ambas manos para separar y apretar los cachetes de su trasero.

Consiguiendo un desgarrador grito de ella, presionó sus labios contra su ano. De nuevo, Isis trató de escaparse. Se levantó sobre de sus rodillas, pero eso sólo consiguió abrirla completamente a la exploración de Flare. Él la lamió allí, abrasando su delicada piel, y ella chilló de nuevo del placer que sus caricias infligían.

Su cuerpo se tensó de la necesidad. La succión de su lengua en su ano le robó cualquier pensamiento coherente y se olvidó de todo excepto de las sensaciones que la inundaban. La pérdida de control debería de haberla asustado, pero se sentía tan segura y a salvo con Flare que ni un rastro de temor empañada su exquisito placer.

Su lengua correteó hacia abajo hasta que se deslizó en la humedad de su coño. Isis se arqueó como un gato, elevando más su trasero para recibir la caricia de su lengua mientras él la empujaba dentro de su cuerpo. Su cabeza estaba sepultada entre las lujosas almohadas de la cama, su pelo enredándose mientras la agitaba de un lado a otro, gimiendo incontrolablemente cada vez que su lengua la llenaba, alcanzando su interior.

Flare abrió a tientos los cierres de su pantalón y su polla brotó libre, ardiente, pesada y lista. Se acercó hasta la mesita de noche y abrió un cajón. Estaba lleno de condones, había sido lo suficientemente sabio como para saber que necesitaría un buen suministro. Agarrando uno impacientemente, todo el rato su mano acariciaba el sedoso cuerpo de Isis, abrió con los dientes el paquete de un tirón y comenzó a desenrollar el condón sobre su miembro.

Entrando en ella desde atrás de un golpe seco, se recostó sobre ella y se aferró a sus pechos con sus manos. Sus dedos apretaron y estrujaron sus endurecidos pezones mientras ella jadeaba y correspondía sus empujes con los suyos propios, y sus caderas colisionaban mientras bombeaba su cuerpo en el de ella repetidamente.

—Córrete para mí, nena, —ordenó Flare, sus dedos acariciándola, parando sólo para hacer cosquillas en su ombligo, antes de buscar su clítoris. Comenzó a frotarlo en pequeños círculos, poco a poco, rodeando el nudo de nervios e Isis comenzó a contorsionarse salvajemente bajo él, acercándose velozmente a su clímax.

Estalló con la fuerza de un tren de carga desbocado. Gritó, mucho y muy fuerte, el sonido fue amortiguado por la almohada que instintivamente había mordido para silenciar su grito. Su cabeza parecía que estallaría como fuegos artificiales y su cuerpo se sentía como si se fuese a derretir en un charco allí mismo en la cama.

Flare se unió a ella en la dulce recompensa de la pasión, gritando su triunfo a los cielos mientras disparaba su corrida profundamente en sus entrañas. A pesar del condón, Isis sintió el hirviente calor de su semilla y se maravilló que pudiese inspirar tal pasión a un hombre tan viril.

Mientras Isis se relajaba, Flare acercó su cuerpo al suyo. Se sacó el condón usado e inmediatamente se colocó otro. Isis giró sobre su espalda y vio sus intenciones y casi grita de felicidad. Permaneciendo sobre sus rodillas, Flare la atrajo hacia él. Guió sus piernas alrededor de su cuerpo para que montase su polla y entrar en ella lentamente, hasta que estuvieran completamente unidos.

Donde antes habían sido salvajes en su pasión, ahora su deseo era más dulce, más suave, y el éxtasis era aún más intenso que antes. Flare delicadamente acunó sus caderas contra ella, sujetándola fuertemente mientras la llenaba repetidas veces. Los brazos de Isis se agarraron a él y ella gimió suavemente con cada movimiento de sus cuerpos. Era como un grácil baile, su empuje y su retirada y la ondulación suave de sus caderas mientras ella le aceptaba repetidas veces.

Una hora más tarde ambos estaban jadeantes y cubiertos con resbaladizo sudor. Aún así, lentamente cabalgaron ellos mismos hasta la inconsciencia. El placer parecía no tener fin y los consumía. Isis cruzó sus tobillos en su espalda, cambiando el ángulo de sus empujes. Ambos se ahogaron con las sensaciones nuevas y asombrosas.

Flare se corrió primero, gimiendo bastante, grave y sonoramente, meciéndose más duro sobre ella. Decidido a no terminar antes que Isis llegase al orgasmo, masajeó su clítoris vigorosamente, empujando más fuerte en ella hasta que también gritó su liberación.

Cuando se relajaron ambos se estremecieron. El cuarto estaba, por lo menos, a treinta grados y estaban cubiertos del sudor de sus esfuerzos. Se aferraron el uno al otro, ni un aliento los separaba. Se besaron, largo y profundo, usando labios, dientes y lenguas para acariciarse cariñosamente.

Las lágrimas se derramaban de sus ojos, mezclándose con su sudor, pero eran lágrimas de alegría, no de pesar, y lo disfrutaba. Nunca se había sentido tan completa.

Le amaba. Había sido inevitable desde su primer beso, Isis lo sabía. Lo quería más que a su vida y no podía imaginarse estando sin él de nuevo.

Él la había hecho sentirse normal y amada desde el principio. El dolor que había tenido en su corazón durante tanto tiempo, había desaparecido gracias a su abrazo. Toda la furia y la desesperación que había aprendido a esconder, habían sido exorcizadas como fantasmas, se habían ido con la presión de sus labios en los suyos. Flare se había llevado todo su dolor y lo había reemplazado con algo bueno y maravilloso. ¿Cómo no podría amarlo?

Se quedaron tumbados en la cama, sin necesidad de sábanas, Flare estaba tan caliente y todo a su alrededor reflejaba ese calor, y se quedaron tumbados uno al lado del otro, dibujando con sus manos sobre la piel dejada al descubierto de cada uno.

Exhausta, Isis se durmió trazando círculos en los fuertes músculos del pecho de Flare.

* * * *

Cuando ella se despertó, él ya se había ido y el cuarto se había vuelto frío. Pero había una nota en la almohada a su lado.

"Estaré de regreso esta noche."

Eso era todo lo que ponía. Pero era más que suficiente para Isis. Abrazó la nota contra su pecho y se levantó de la enorme y suave cama. Encontrando su vestido, se lo vistió, mientras descartaba sus bragas y sujetador una vez que las encontró. Entró tranquilamente en el cuarto de estar y miró alrededor, todavía aturdida mentalmente de su profundo sueño.

Nunca había dormido tanto como desde que había conocido a Flare.

Sedienta. Tenía sed. Fue su primer pensamiento coherente. Cautelosamente se acercó a la chimenea, esta crepitaba agradablemente e Isis se percató que Flare la debía de haber avivado poco antes de salir. Isis se puso de puntillas para alcanzar la alta repisa y encontrar

la caja con joyas incrustadas. La abrió, tomó un pequeño puñado de polvo fl'shan y miró las llamas.

— Bien, allá vamos, — dijo en voz alta y lanzó el polvo al fuego.

Las llamas brillaron peligrosamente calientes antes de asentarse otra vez.

— Mm, me gustaría algo de beber — dijo al fuego, sintiéndose algo torpe.

Se escuchó un golpe en la puerta.

— Maldición, eso es rapidez — dijo frunciendo el ceño, yendo a atender la puerta.

Cuando abrió la puerta, su mandíbula se abrió. Había un hombre delante. Un hombre de más de dos metros y pico con una bandeja de plata en una mano y una pequeña sonrisa asomando por sus bien proporcionados labios. Era un Shikar, no había error en cuanto a la misma fuerza y magia que Flare poseía y que parecía rodear como una nube a ese hombre.

— ¿Puedo entrar? — preguntó y a Isis le parecía que ese hombre rara vez preguntaba para hacer cualquier cosa.

— ¿Quién eres? — preguntó, manteniendo tercamente su porte, si bien el hombre era tan intimidador como el infierno.

— Puedes llamarme Pulse. Soy el superior directo de Flare — explicó. Su voz era bella, pero no le causaba lo mismo que cuando escuchaba a Flare.

— Entra. — Se movió hacia un lado para permitirle la entrada.

— Me tomé la libertad de traerte algo de comer y beber para que desayunases — dijo el hombre, accediendo cuarto de estar como si fuese dueño del lugar. Colocó la bandeja de plata en la mesita de café y la miró—. Eres más hermosa de lo que imaginé — dijo, pero Isis no podía deducir por su tono si era burlón o sincero.

— Flare no está aquí — le dijo.

— No vine a visitar a Flare — dijo.

Isis frunció el ceño.

— Vine a verte — explicó pacientemente.

— A mi — Isis bufó—. ¿Por qué?

— Porque tenía curiosidad de ti. — Tomó un profundo aliento e hizo un gesto para que ella se uniese a él mientras se sentaba—. He oído mucho y quería conocerte de primera mano.

— ¿Has oído hablar sobre mí? ¿De Flare? — Ella tuvo una pequeña sensación de traición al pensar que él hablaría de ella con alguien más, pero se recordó a sí misma que su deber era protegerla y sin duda era necesario que él informase a alguien de jerarquía superior que él de alguna manera.

Pulse sonrió como si supiese lo que sentía.

— Tenemos otros espías — le dijo. Su pelo negro como el alquitrán, brillaba con diminutas vetas de plata, como si él las hubiese puesto allí cuidadosamente y a propósito.

Isis no supo qué decir.

— No te preocupes. Sólo sé escasos detalles de tu vida, no los pequeños y sucios. Al menos... no todos ellos. — Él la miró deliberadamente y ella se encogió de miedo al pensar en lo que él realmente podría saber—. Eres bastante interesante, para ser una humana.

— ¿Y eso?

— En primer lugar, niegas tu naturaleza sociable. Te cuidas sin la ayuda de familiares o amigos. Eso es inusual en sí.

— No es cierto — respondió—. Un gran número de personas vive como yo. Ahí fuera hay un gran y solitario mundo.

Pulse suspiró.

— También sé que eres psíquica — dijo sin rodeos, como desafiándola a que lo negase.

— Estoy aprendiendo cosas nuevas de mis misma cada día — dijo con una alegría que no sentía.

— Oí que mataste a un Daemon. Sólo con tus manos.

Isis cerró sus ojos. Cuando los abrió de nuevo, lo vio estudiándola de pies a cabeza. No había pasión en su mirada, sólo curiosidad, así que no se dio por ofendida, pero sus ojos, iguales a los de Flare, la ponían incómoda.

—Lo hice. No se como lo hice —añadió—. Pero Flare está seguro de que me puede enseñar a controlarlo... bueno, fuese lo que fuese, así es que estoy deseándolo.

—Es bueno que te lleves bien con Flare.

Isis puso sus ojos en blanco.

—¿Qué insinúas?

—Sois amantes.

—Genial —dijo impertinentemente—. ¿Hay una regla en contra de eso?

Pulse se rió entre dientes.

—De hecho, la hay, pero Flare te lo explicará en su momento. No necesitas preocuparte, sin embargo, apruebo el reclamo de Flare sobre ti. Verdaderamente lo apruebo —le aseguró.

—Bien.

Ambos se miraron, midiéndose mutuamente como dos generales listos para la batalla, listos para chocar.

Por alguna extraña e inexplicable razón ella sintió que podía confiar a este hombre hasta el fin del mundo. Justamente parecía que... controlaba todo alrededor de él. Cómo lo supo, no sabría decirlo, pero lo intuía.

Tomando un profundo aliento para, se lanzó de cabeza al agua.

—Quería encontrarme contigo —dijo.

Las cejas de Pulse se levantaron de la sorpresa.

—¿Realmente? —le preguntó—. ¿Para que?

—Oí que hay mujeres humanas entre vosotras que luchan contra los Daemons.

—Sí —Pulse afirmó de la cabeza.

—Quiero pelear como ellas. Como Flare. Antes de que digas que no —se apresuró—, te puedo decir que físicamente soy lo suficientemente fuerte, soy valiente y puedo ser excesivamente leal. Soy capaz de pelear. Lo sé. Solamente necesitaría antes un poco de entrenamiento.

Pulse se sentó de nuevo con una sonrisa en los labios.

—¿Por qué quieres pelear?

—¿Quieres la verdad? —preguntó.

—Para nada —le devolvió.

—Pues bien —comenzó vacilantemente—. Realmente nunca he hecho nada con mi vida. Después de encontrarnos y destruir a un Daemon la otra noche, me di cuenta de que era capaz de hacer más de lo que he estado haciendo. He estado desperdiciando todos estos años y me da vergüenza admitirlo, pero es verdad. Quiero cambiar las cosas. Quiero dar a mi vida un nuevo significado. Pienso que la causa es justa y noble. Quiero ser una parte de eso.

—¿Has hablado con Flare sobre esta idea?

Isis apartó la vista de su mirada de todo-lo-sé.

—No. Pero estoy segura de que le puedo convencer de que es lo correcto.

Pulse se rió. Su risa era despreocupada, honesta y cálida.

—Tengo la seguridad de que si alguien puede convencer a Flare eres tú.

—¿Estarías dispuesto a dejarme unirme a tu ejército?

Pulse se reclinó hacia adelante en su asiento, su pelo cayendo adelante, oscureciendo sus rasgos.

—Estaría. Eres fuerte. Y terca. —Sus dientes brillaron por un momento—. Necesitas esas características para ser parte de nuestra Alianza. La lealtad y la obediencia son la clave. Una

vez que te unas a nosotros no habrá vuelta atrás. Incluso si Flare y tú rompéis vuestra amistad, todavía estarías obligada a trabajar como guerrero. ¿Estás preparada para eso?

Isis sintió una enloquecedora angustia al pensar en Flare dejándola, porque ella tenía la completa intención de quedarse con él por el resto de su vida. Pisoteó esa emoción, empujando el dolor a un lado, tal como estaba acostumbrada a hacer.

Pero no antes de que Pulse viese su reacción.

—Le amas —dijo con una afable sonrisa.

Isis tenía mejor criterio que mentirle a ese hombre. Le adivinaría las intenciones en un segundo, estaba segura. Y quería su aprobación, realmente la quería.

—Él no lo sabe —contestó dolorosamente.

Pulse se recolocó en la silla.

—El amor es bueno. Agárralo con toda su fuerza. Te hará fuerte en los duros momentos que vendrán.

—Quiero ser digna de él —confesó antes de poder detenerse.

—Entonces deberías abrirte a él —le dijo, sus resplandecientes ojos sabían más de lo que ella deseaba—. Compártete con él. Deja de esconderte detrás de una máscara y hazlo tu verdadera pareja.

—¿Y que si no consigo que me ame? —preguntó en un susurro sofocado.

Pulse le sonrió tiernamente.

—No yo me preocuparía por eso, querida. El destino es el destino y nadie ni nada pueden oponerse a él.

—El destino —meditó.

—¿Crees en el destino? —preguntó curioso.

Isis lo pensó durante un largo momento.

—No —dijo finalmente.

—¿Por qué no? —Pulse pareció verdaderamente desconcertado.

—No sabría cómo explicarlo —admitió.

—Inténtalo —pidió Pulse.

Ella tomó una profunda respiración y la expulsó en un silbido.

—No me gusta pensar que somos peones al antojo del destino. Prefiero pensar solo vagabundeamos sin rumbo fijo, desencaminados hasta que muramos. Necesito pensar eso.

—Tu vida no ha sido fácil —comentó.

—Más fácil que a algunos, más difícil que a otros, —se evadió—. Pero la vida me ha hecho fuerte. Flare me lo mostró.

Pulse sonrió otra vez.

—Me alegro de haber tenido esta conversación, Isis. —Se levantó y se alejó, cortando abruptamente la conversación.

—Espera —gritó tras él—. ¿Qué tengo que hacer ahora? Dijiste que podría pelear.

Él se volvió hacia ella.

Y pelearás. Pero por ahora no necesitas preocuparte. Las cosas se resolverán solas, estoy seguro. Aunque solo el tiempo dirá.

Con una inclinación de cabeza, se dirigió a la puerta.

Capítulo Diez

Cuando Flare volvió a la habitación, Isis estaba esperando por él, sentada entre las almohadas de la cama y sujetando un sobre muy usado en sus manos. La saludó y la besó, acariciando su pecho con su mano sobre la ropa. Se separaron, jadeantes por el beso, y se miraron silenciosamente.

Isis había pensado durante bastante tiempo en las palabras de Pulse. Él había visto cosas que ella escondía y le había dicho que se abriese a Flare. Esto la aterrizzaba, pero al final había tomado una decisión. Y verdaderamente sentía que era la correcta.

—Te ves preciosa —dijo Flare.

—Gracias —dijo agarrando sus manos—. Siéntate conmigo.

Flare se sentó, mirándola con el ceño fruncido.

—Estoy lista para contarte mi secreto —le dijo apresuradamente, ojeándolo para juzgar su reacción. Pensó que acababa de ver alivio en su mirada fija.

—Te escucho —le reconfortó con una inclinación de cabeza.

Isis aspiró profundamente pero eso no ahuyentó la preocupación y el dolor que estrujaba su corazón. Soltó sus dedos de los de él, sabiendo que él podría reconocer por el pulso en su muñeca que algo serio estaba a punto de llegar. Durante un largo rato no supo cómo empezar. Entonces, finalmente, empezó por el principio.

—Algunos meses antes de cumplir los dieciséis mi padrastro comenzó a tener largas charlas conmigo. Pasaba un montón de tiempo conmigo. Al principio me gustaba. No le conocí tan bien. Llevaba casado con mi madre tres años, pero nunca habíamos mucho en común y yo me alegré por la repentina atención que me daba.

—Las conversaciones eventualmente las pasaba acariciándome, hasta que ya no hablábamos. Simplemente entraba en mi cuarto y me acariciaba por todo el cuerpo. Él me decía más de una vez que le tocara pero yo no podría. No lo haría. Sabía que lo que él hacía estaba mal. Pero pensé que acariciarme sería todo lo que haría. Pero no lo fue.

—Cuando alcancé los dieciséis años de edad —Isis tomó aliento—, mi padrastro me violó. La primera vez fue horrorosa. Me opuse a él y él me pegó, repetidas veces, hasta que no fui lo suficientemente fuerte para luchar. Al día siguiente estaba cubierta de magulladuras, pero mi madre, que padecía desorden bipolar, me pegaba lo suficientemente a menudo como para no notar las nuevas magulladuras y luego no supe cómo decirle lo que sucedió.

Isis no podía mirarlo mientras contaba la historia. No quería ver su reacción.

—Después de eso, no ocurrió nada durante un par de meses. Pensé que el horror había terminado, pero por supuesto no fue así. Mi padrastro logró evadir toda responsabilidad una vez y sabía que podía volver a escaparse otra vez. Así que me violó otra vez un día después de volver de la escuela, aprovechando que mi hermana y mi madre iban de compras juntas, así que estábamos solos.

—Había evitado estar a solas con él durante dos meses. Pero no pude evitar que volviera a suceder. Peleé otra vez, pero me rompió una costilla y no podía respirar, y mucho menos pelear. Era como si mis peores pesadillas se hubieran hecho realidad. Estaba tan asustada. No sabía qué hacer.

—Pensé en decírselo a mi madre, por supuesto. Pero mi madre no me quería. Me parezco bastante a mi verdadero padre, al cual nunca volví a ver después de su divorcio, por lo que me odiaba por recordárselo.

—Quería contárselo a alguien. A cualquiera. Era como si el dolor, la furia y la vergüenza se fuesen acumulando hasta el punto de explotar. Así que compré una libreta y puse por escrito todo lo que había ocurrido.

Le echó un vistazo a Flare y casi se traga su corazón. Nunca había visto a alguien verse tan enojado en toda su vida. Algo más que un poco intimidada, miró a su alrededor y continuó antes de él pudiera decir cualquier cosa.

—Casi pasó un año. Mi padrastro me violaba, más o menos, cada dos meses y eso llevó a que no siguiese oponiéndome más. Solo lo acepté y no lo conté a nadie lo que estaba pasando.

La temperatura del cuarto estaba alarmantemente alta y seguía aumentando por segundos.

—Una tarde estaba haciendo mis tareas y mi mamá irrumpió en la habitación. ¿Qué diablos es esto? gritó agitando la libreta en mi cara, abofeteándome con ella. Cómo lo había encontrado, pues la había ocultado profundamente en mi armario, nunca lo sabré. Pero la había encontrado y la había leído. —Isis hizo una pausa—. No me creyó —susurró al final.

Isis se paseó por la habitación, ignorando el intenso calor que desprendía Flare.

—Me llevé una buena paliza de ella ese día. Era más pequeña que yo, pude haberla alejado, pero quería a mi madre. No le culpo por las cosas me hizo porque sé que estaba enferma. Pero fue un shock cuando no creyó las palabras que había escrito. Había imaginado a mi madre defendiéndome repetidas veces, pero cuando sucedió, no me creyó en absoluto y así que me golpeó.

Isis pasó un paño sobre el sudor de su frente y alcanzó el vaso de agua de la mesilla de noche. Bebió algunos sorbos antes de continuar.

—Mi padrastro aprovechó cada oportunidad para decirme que nunca nadie creería mi historia. Él me convenció de eso. Así que me encerré en mi propio mundo. Perdí todas las amistades en la escuela y me di de baja de todas las actividades extraescolares. Cada vez que mi padrastro me violaba, aprendí a evadirme de mi cuerpo, a dejar que mi mente se escapase de lo que ocurría. Fue lo único que salvó mi cordura.

Una lágrima aterrizó en su mano e Isis llevó sus dedos a sus mejillas de la sorpresa. No se había percatado de que lloraba.

—El tiempo pasó. Las cosas no cambiaron. Entonces un día, días después de haber cumplido los diecisiete, volví a casa temprano de la escuela. Tenía una migraña, probablemente a causa de toda la tensión nerviosa que acumulaba, y salí de la escuela durante uno de los descansos. No pensé que hubiese alguien en casa. Fui a mi cuarto y comencé a hacer mis tareas cuando oí sonidos extraños.

—Pensé que alguien estaba peleando. Podía oír gruñidos y gimoteos. Seguí el sonido hasta el dormitorio de mis padres. No pensé en lo que estaba haciendo, nunca antes había estado en la habitación de mis padres, pero abrí la puerta igualmente y miré dentro.

Las lágrimas de Isis caían rápido y no había nada que pudiese hacer para contener su flujo.

—Mi padrastro estaba teniendo sexo con mi hermana de quince años. Al principio pensé que la estaba violando y algo se rompió en mi interior. Me lancé sobre él, tirándolo de la cama. Esa descontrolada fuerza que viste en mí la otra noche, llegó y no pude detenerla. Golpeé su cara hasta convertirla en un amasijo de carne. Rompí su nariz, su mandíbula y aplasté su pómulo antes de que mi hermana me tirase lejos de él. ¿Realmente le protegía, puedes creer esa mierda?

Ella inhaló por la nariz y quedó aturdida cuando Flare le ofreció un suave pañuelo beige. Lo agarró agradecida y se enjugó las lágrimas fuera.

—Mi hermana me gritó que el sexo era completamente consentido. No me lo podía creer. Se lo dije y se rió de mí.

—Le follaré mejor de lo que tú nunca podrías —me dijo con una horrible y burlona mueca en su cara. Nunca he sentido tanta desesperación como cuando me lo dijo. Me abalancé sobre mi inconsciente padrastro otra vez, pero María se puso en medio del camino. No me pude detener a mí misma a tiempo. Le pegué en el hombro y se lo rompí. Ella gritó y

lloró y yo estaba avergonzado de lo que había hecho, mi furia estaba desapareciendo como una bocanada de humo. Aunque no me gustase, era mi hermana y la quería. Me mató para saber que la había lastimado.

—No hay ni que decirlo, cuando mi madre llegó a casa, se lo conté todo y otra vez se rehusó a creerme. Pero no pudo ignorar la condición de su marido y la hija, les había golpeado a ambos, y eso la hizo enojarse como infierno. Así que le dijo que cogiese mis cosas y me fuera. Dijo que nunca quería volver a verme o saber de mí. Hice lo que me dijo y dejé mi antigua vida esa misma noche.

—Viví en el coche al principio. Abandoné la escuela para trabajar y conseguir un techo sobre mi cabeza, y pasé cada día atontada por el shock. Esto duró alrededor de cuatro meses hasta que una tarde volví a ver a mi hermana y a mi padrastro en la alameda. Se tomaban las manos y entraron en Victoria's Secret, es una tienda de lencería, por si no lo sabes. Estaban sonriendo y felices. La cara de mi padrastro todavía estaba amoratada en algunos lugares y sé con toda seguridad que había tenido que recurrir a la cirugía reconstructiva para arreglarse el pómulos. Observarles así juntos, algo hizo clic dentro de mí. No les dejé verme. Sólo salí y volví a mi coche.

Isis encontró la mirada fija de Flare y estaba tan caliente de la ira que casi quemaba las ropas de su cuerpo.

—Me senté en mi coche alrededor de una hora, simplemente pensando acerca de mi vida y lo que necesitaba para cambiarla. Para olvidar el dolor que mi familia me había causado. Encendí mi coche y dejé al estado, sin recoger mis cosas antes. Conduje hasta que me quedé sin combustible. Acepté pequeños trabajos, nunca haciendo amigos, por supuesto, tiendo a lastimar demasiado para eso. Algunas veces vivía en el coche, otras veces alquilaba pequeñas habitaciones para quedarme algún tiempo hasta que el dinero se agotó que tenía que salir otra vez. Viví así durante largos años. Escapando de mi pasado, pero todavía obsesionada con él.

Isis se rió irónicamente.

—Un día decidí que la mejor forma de hacer dinero era usando mi cuerpo. Pero no prostitución, lo que nunca pude hacer, sin importar cuantas veces estuve así de desesperada. Conseguí un trabajo en *El Hoyo Rosado* y trabajé todas las noches hasta que comencé a ganar dinero. Conseguí suficiente dinero, pero seguía trabajando y continué ganándolo. Era el mejor trabajo que nunca había tenido.

—Era lo más que me quedaba en un sitio desde que salí de casa —admitió—. Aunque lo intenté, no puedo racionalizar por qué todavía estoy tan traumatizada por mi pasado. Sólo lo estoy. El dolor de mis recuerdos me saca fuera de quicio algunas veces. Me opongo a eso, pero no puedo librarme de eso.

—Siempre he mantenido mis direcciones y números de teléfono en secreto porque no quería que existiese la posibilidad que mi familia tuviese éxito en encontrarme. Pero entonces, la semana pasada, esta nota apareció en mi A.P.* —le dio la carta que su hermana había escrito.

Flare estudió el sobre un momento, luego sacó la hoja de papel. La leyó en silencio e Isis recordó las palabras tan claramente como si ella sujetase la nota y no él.

Querida hermana,

Simplemente pensé que te gustaría saber que papá... quiero decir Jeff... y yo nos casamos. Estoy embarazada de nuestro primer niño, ¿no es fabuloso?

Mamá murió maldiciendo tu nombre. Estoy segura de que no lo sabías, así que tengo el placer de decírtelo. Hasta su final solo podía hablar de lo que te odiaba. Odiaba que tú vinieses de su sangre.

* Apartado Postal

Ella nunca te creyó, ¿te das cuenta? Nunca sospechó de nada entre Jeff y yo. ¡Fue divertido ocultarnos detrás de su entupido trasero! Ay, casi echo de menos esos días.

Por aquí no te echamos de menos. Nunca. Pero quería contarte estas buenas noticias. Ves, te dije que podría satisfacerlo más que tú. Ahora él es todo mío. Si el mundo es justo, tú estarás tan celosa que no sabrás qué hacer. Apuesto a que llorarás como un nena y escondida no importa en qué pequeño hueco estés escondida. Siempre fuiste una cobarde.

De cualquier manera, las cosas se están volviendo geniales para nosotros. Follamos como conejos y ahora que mamá se ha ido no tenemos que esconderlo más, ¿no es genial? Espero que estas noticias sean horribles para ti, y que esta carta te duela como el infierno.

Su hermana cariñosa,

María

—Cuanto has sufrido —susurró, con voz vacilante. Temblando de furia, Flare estrujó la carta en su mano. Isis alzó la voz y trató de alcanzarla, pero la sujetaba más allá de su alcance. Él la miró glacialmente—. Nunca más leerás esta mierda, ¡nunca más!

—Es la única carta que tengo de mi familia —dijo.

—Y será la última. Isis ¿por qué te castigas a ti misma conservando esa carta cerca de ti?

—No sé —admitió con un sollozo.

Flare la miró, una furia cociéndose a fuego lento bajo la superficie de su mirada.

—Te culpas a ti misma por como se volvió tu hermana.

Isis negó con la cabeza, sabiendo la mentira que era.

—Lo haces —insistió—. Te conozco. Piensas que si hubieses hecho algo, cualquier cosa, podrías haber cambiado las cosas. Pero no lo ves, Isis, no había nada que pudieras hacer. Eras sólo una niña y estabas sola.

—Puede que si hubiera acudido a mi madre, escogido un momento que ella estuviese serena, puede que si ella no hubiese leído mi libreta, hubiese creído en mis palabras.

La mandíbula de Flare se tensó.

—Tú madre estaba disgustada. Nada pudo haber salvado a tu hermana. Ella no quería salvarse. No había absolutamente nada que pudieses haber hecho para cambiar las cosas.

—No lo creo —repuso.

—Entonces te enseñaré a creerlo —dijo Flare más allá de la furia. Destrozó la carta y el sobre y lanzó los pedacitos de papel por el cuarto—. Esto nunca ocurrió.

—No puedes cambiar el pasado —le dijo.

—No, no puedo. Pero puedes olvidar. Puedes llenar su vida con montones de amor, risas y maravillas que tus recuerdos volarán como polvo en el viento. Nunca tendrás que recordar ese horror otra vez.

Isis agachó la cabeza y se miró las manos. Estaban apretadas fuertemente en puños, las uñas clavándose en sus palmas. Las relajó.

—He pensado en algo que me podría ayudar a olvidarlo —dijo cautelosamente.

Flare levantó su cabeza con una mano suave bajo su barbilla.

—¿Qué es eso?

Su mirada fija encontró la suya.

—Quiero ser un guerrero. Como tú.

Capítulo Once

—Antes de que digas que no —se apresuró antes de que pudiera responder—, escúchame, ¿ok?

Flare se sentó de nuevo y le hizo una seña para que continuase.

—Soy fuerte, me lo has demostrado. Puedes enseñarme a fortalecerme. Puedo luchar contra los Daemons a tu lado, al igual que Cady y las otras mujeres humanas lo hacen. No tengo miedo. Y quiero ser parte de algo importante de una vez en mi vida.

—Lo que pides es difícil. Tendría que preguntarle a mi superior.

—Ah, ya le he preguntado —le interrumpió.

Los ojos de Flare se abrieron.

—¿Generator estuvo aquí? ¿Hoy? —preguntó asombrado.

Isis frunció el ceño.

—¿Generator? No sé que quieres decir. Me dijo que su nombre era Pulse.

—¿Pulse? —repitió atónito—. A mí nunca me ofreció que le llamase por su verdadero nombre —murmuró más para sí mismo que para ella.

—Ya hablamos de eso. Pulse dijo que puedo unirme a su ejército, puedo convertirme en un guerrero para su causa.

Los ojos de Flare flamearon.

—¿Hablaste de esto con él antes de de hablar conmigo?

—Bueno, pensé que debería, una vez que se me dio la oportunidad. Él es tu oficial superior o algo así. Tendría que preguntarle en algún momento.

—¿De qué más hablasteis? —preguntó tenso.

—No mucho más. Solo me hizo algunas preguntas y luego se fue. Fue una visita realmente breve, menos mal. Es realmente intimidante —admitió con una risa corta.

—Quizá. Pero confiaría en él hasta el fin del mundo —dijo Flare lealmente, haciendo eco de sus anteriores pensamientos. Era obvio por el tono de su voz que admiraba a Pulse.

Mirándola de una forma en la que Isis no podía adivinar sus pensamientos, Flare le preguntó en un tono engañosamente cortés.

—No hablasteis de nada más?

—No —le aseguró.

Flare la observó cuidadosamente durante un momento luego asintió con la cabeza.

—¿Estás segura de querer ser un guerrero?

—Absolutamente —dijo Isis, definitivamente aliviada de que no discutiese con ella sobre su decisión—. Pero necesitaré tu ayuda con eso. Realmente no sé qué hacer.

—Siempre te ayudaré —prometió—. Puedes contar con eso.

Isis le miró, estudiando las líneas de su bien parecida cara. Había pensado que este momento la llenaría de miedo e incertidumbre, pero no fue así. Nunca había estado más segura de sí misma.

—Te amo —admitió suavemente, tirándose de cabeza.

Un halo de fuego apareció alrededor de su cabeza y sus ojos reflejaron el calor de ese fuego. La temperatura del cuarto se elevó hasta que el mismo aire era casi demasiado espeso para respirar.

—Repítelo —le dijo con voz ronca. Su mirada se clavó en ella y se negó a retirarla. Se acercó a ella, tomándola con sus brazos—. Repite eso —volvió a pedir sobre la curva de su cuello y su hombro.

—Te amo Flare. —Su piel estaba muy caliente mientras la sujetaba, pero Isis le dio la bienvenida al calor. Le probó que definitivamente había obtenido su atención con su confesión.

—Oh, Isis, nena —dijo y reclamó su boca, estrechándola entre sus brazos.

Flare la recostó sobre la cama, besándola tan profundamente que robó su aliento y le dio el propio a cambio. Saboreándolo, lamió toda su lengua, sorbiéndolo dulcemente. Su sabor era salvaje, inundando sus sentidos y haciéndola tambalearse como una borracha en sus brazos. Ella mordió su labio inferior entre sus dientes y tiró fuerte, bromeando.

Gruñendo, Flare dejó que una de sus Cuchillas saliese de su dedo. Lucía incandescente y más afilada que cualquier espada. Poniendo mucho cuidado, pasó su cuchilla hacia abajo por su pecho, cortando en tiras su vestido, su sujetador y sus braguitas para desnudarla rápidamente. Los bordes deshilachados de su ropa humeaban y Flare los arrancó con, lanzando el arruinado material al suelo.

Él se volvió hacia Isis, viendo su gloriosa desnudez y casi viniéndose solo con su bella imagen. Aprisionó su rugiente necesidad y presionó sus calientes labios contra los de ella otra vez, dejando sus manos vagar libremente sobre su cuerpo, deleitándose con sus pechos, su estómago y sus labios hasta que estuvo gimiendo incontrolablemente contra su boca y contorsionándose bajo él.

—Eres la hembra más asombrosa que alguna vez he conocido —le dijo, clavando su mirada en ella. Sus dedos infaliblemente encontraron su clítoris y jugaron con él mientras la miraba—. No entiendo cómo he logrado vivir sin ti durante tanto tiempo —susurró—. Nunca te dejare irte. ¿Lo sabes, verdad?

—Nunca te dejaré escapar —suspiró Isis—. Y mataría a quien o lo que intente interponerse entre nosotros.

Incapaz de detenerse, Flare se rió de sus palabras. Ella sonaba mortalmente seria, y por alguna razón lo hacía sentir feliz. La besó duramente y se irguió para quitarse sus propias ropas impacientemente. Se colocó un condón en tiempo récord, con las manos temblorosas.

Una vez que él estaba desnudo, se tumbó sobre ella de nuevo, con cuidado para no lastimarla.

—Por Grimm, tu piel es tan suave —murmuró, besando su frente, sus mejillas y su barbilla con pequeñas presiones de sus bien proporcionados labios.

—Y tu estás tan duro —dijo Isis malvadamente, antes de apretar gruesa polla en su mano.

Flare contuvo el aliento por su caricia. Cuando sus dedos comenzaron a moverse sobre él, acariciando cada centímetro, gruñó y llevó su pezón a su boca para provocarla y excitarla tal como ella estaba haciéndoselo a él. Isis llevó su mano libre al cabello de su nuca, enredando sus dedos en su suave pelo, atrayéndolo hacia su pecho.

Su agarre se tensó y él gritó de pasión. Sus dedos se clavaron en el colchón a sus lados, dejando marcas en las sábanas al perder el control.

—Nena, me vuelves loco. —Dejó que sus labios cosquilleasen su pezón al hablar y después le dio un golpecito con la punta de la lengua, y volvió a saborearla otra vez. Se apartó de ella, ignorando su murmullo de decepción. Era necesario, pues su control se deshacía rápidamente bajo sus caricias.

Mirándola cautivadoramente, se empujó en ella. La gran cabeza de su polla estiró su carne blanda y ella gritó mientras él la abría. Sin separar su mirada, movió fácilmente sus manos entre sus cuerpos y encontró su clítoris. Sus dedos recogieron sus fluidos para extenderlos sobre su duro y erecto miembro.

Isis se fundió sobre él. Flare se hundió en ella, llenándola completamente. Cuando la llenó totalmente, completamente enfundado, ambos gimieron, pero nunca dejaron de mirarse fijamente. Su pelo cayó sobre ellos como una oscura cortina, enredándose con el suyo. Con su mano libre, Flare atrapó la de ella y la sujetó contra el colchón, entrelazando sus dedos uniéndose en todos los aspectos.

Comenzó a moverse en su interior. Suavemente al principio. Tan suavemente que casi la hace llorar. Luego, con golpes más profundos, más certeros que le hicieron quedarse sin aliento y contorsionarse. Todo el tiempo, su mano sujetaba la suya contra la cama, y la otra

jugando duramente con su clítoris. No dejó ningún lugar de su cuerpo sin reclamar, destruyendo sus secretos, sus miedos y sus dudas. Ella era totalmente suya.

Isis no podía respirar sin asfixiarse con su esencia y su calor, tampoco quería evitarlo. Él inundó todos sus sentidos, haciéndola sentirse completamente abierta y libre, querida y protegida de formas que nunca había experimentado antes. En ese momento, él podía haber reclamado su alma y no habría prestado atención en lo más mínimo.

Con golpes largos, certeros, profundos de su cuerpo deslizándose en su interior, la llevó al cielo. Se corrió suavemente, fácilmente, apretándose alrededor de él, hasta que él también se unió al pico de su pasión. Alzaron la voz conjuntamente, las miradas clavadas cada uno, para poder ver la magia trabajando en sus ojos mientras se corrían a la vez.

Unos instantes después, Flare colapsó encima de la cama, a su lado.

—Por Grimm, me has agotado, mujer —dijo jadeando. Luego se giró y la besó amablemente en la boca—. Me asombras a cada paso —se quejó. Se miraron a los ojos durante largos minutos.

—Quiero que me enseñes a ser tan fuerte como tú —susurró de repente, acariciando con sus dedos suavemente su mejilla.

Flare le sonrió dulcemente.

—Ya lo eres. Pero —continuó suavemente, pero su mirada se volvió prudente, preocupada—, hay una cosa que podrías hacer para fortalecerte aun más.

Con el interés picado, Isis sintió sus ojos agrandarse.

—¿Lo qué?

—No será fácil —explicó.

—Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa —juró.

—Podrías convertirse en una Shikar —le dijo suavemente.

Isis frunció el ceño, confundida.

—¿Qué?

—Puedo transformarte en lo que soy —le explicó pacientemente—. Puede tener las mismas características que nosotros, los Shikars, tenemos. Pero... como dije, no será fácil.

—¿Cómo puedes hacerlo?

—Te has fijado que siempre he usado un condón cuando nos acostamos —comentó e Isis asintió con la cabeza—. Nosotros los Shikars tenemos una regla, una que es virtualmente irrompible. No podemos acostarnos con mujeres humanas sin protección.

—¿Por qué? —preguntó, intrigada.

—Porque nuestra semilla, dentro del cuerpo de una mujer, la mataba.

Isis se quedó sin aliento.

—¿Podría hacer esto? ¿Matarme con tu esperma?

Flare asintió.

—Tú eres una de las escasas mujeres humanas que posiblemente podrían vencer su muerte y nacer como una Shikar.

Isis le miró atentamente.

—Lo que dices es, que piensas que me puedes transformar, pero no hay garantía de que no moriré intentándolo.

—Sí. —La observó cuidadosamente para ver su reacción—. Cuatro mujeres humanas se han transformado. No más. Pero tú y yo nos amamos, y eres fuerte. Creo que te podría cambiar. No arriesgaría tu vida sin estar seguro.

—¿Me amas? —preguntó en un susurro.

La mirada de Flare podría quemar la piedra, de tan caliente que era.

—Hazlo.

Isis sintió un estremecimiento de excitación. Calmándose con gran esfuerzo, reflexionó sobre sus palabras. Volvió la mirada atrás a su vida, notando cuan hueca había estado antes de Flare, su mundo había estado tan oscuro, frío y solitario antes de encontrarle. El

pensamiento de un futuro junto a él, un futuro tan largo como el de él, tan fuerte como él era, le dio miedo, y a la vez la excitó salvajemente.

Tomó su decisión casi inmediatamente.

—De acuerdo —dijo, apoyándose sobre su pecho—. Transfórmame entonces—susurró sobre su boca antes de besarle profundamente. Sus ágiles dedos buscaron y encontraron el condón usado y lo tiró fuera de él fácilmente, lanzándolo sobre su hombro descuidadamente. Isis paseó se deslizó por su cuerpo y lo metió en su boca antes de que él pudiera protestar.

No que quisiese. Su boca obraba magia en él. Isis usó sus labios, sus dientes y su lengua para provocarlo y atormentarlo. Luego lo conmocionó estrechando su boca alrededor a su alrededor y tragando profundo su erección. Él sintió el sedoso calor de su succión y movió la cadera incontrolablemente contra ella.

—Espera —dijo, empujándola. Isis gimió alrededor de su polla, luego lentamente le soltó. Antes de que pudiera preguntar el por qué, el giró su cuerpo a fin de que estuvieran en la posición del sesenta y nueve. Esa posición le permitía aceptar el beso de Flare, haciéndola sentirse vulnerable y todavía fuerte al mismo tiempo.

Ella lo llevó a su boca otra vez mientras él lamía su coño, introduciéndose más profundo para saborearla. Isis gimió alrededor de su polla y sintió la vibración de su gemido en respuesta la suyo contra su mojado y dolorido coño. Él le dio un golpecito con su lengua contra su clitoris, volviéndola loca provocando que ella le mamara en respuesta, subiendo y bajando su cabeza por toda su longitud.

Cuando su lengua se deslizó sobre su ano, sofocó un grito de éxtasis. Ella acarició sus piernas y ahuecó sus bolas delicadamente en su ansiosa mano. Le acarició allí mientras acariciaba su polla con su boca, y le sintió gruñir contra ella, chupándole su ano otra vez en recompensa por sus sensuales servicios.

Al final, Flare no pudo aguantar más. La volvió a girar, su boca hizo un pequeño sonido de succión al soltarlo, y la sentó sobre sus rodillas y la deslizó hacia arriba. Inmediatamente empujó en su blando y rosado coño. Ambos alzaron la voz del placer, y él se retiró sólo para zambullirse de regreso dentro de su acogedor cuerpo.

—Estás tan mojado —gruñó—. Tan dulce y apretada.

Isis se quedó sin aliento.

—Eres tan duro y grande. Amo tu polla —gimió.

Él empujó en ella, duro, luego tomó un aliento profundo, tranquilizante.

—Nunca he querido a alguien de la forma en que te quiero —confesó.

—Tú me haces sentirme completa —admitió ella a cambio, luego gimió cuando sus manos apretaron las mejillas de su trasero.

—Quiero ser uno contigo, como ahora, siempre. —Él empujó otra vez, golpeando el fondo de su vagina, haciéndoles jadear a ambos.

Después ya no hubo más lugar para las palabras. Los únicos sonidos del cuarto eran jadeos de sus respiraciones y los húmedos y succionadores sonidos de su cuerpo hechos con cada empuje y cada salida de él. Las manos de Flare se movieron sobre ella y las llevó a sus rebotadores pechos. Sus dedos estrujaron y pellizcaron sus pezones, exprimiendo un grito de ella mientras el placer le golpeaba ella como un golpe físico.

—Córrete para mí, nena —le ordenó a ella—. Ordéname con tu dulce coño.

Sus palabras la inflamaron tanto como su toque. Él se clavó en ella, aumentando su velocidad y su fuerza, y ella voló. Isis se oyó a sí misma gritar cuando el clímax se estrelló contra ella. Todo su cuerpo tembló, su mente se quedó en blanco y se llenó de exquisitas sensaciones que casi se desmayó.

Flare la dejó relajarse y recobrar sus sentidos. Él todavía empujaba dentro de su mojado cuerpo, más suave ahora.

—Cuando me corra, piensa sólo en mí. Agárrate a tu amor hacia mí en su mente y en tu corazón —la instruyó jadeante—. Te seguiré en la muerte y te salvaré. Pero debes oponerte al deseo de caer en la inconciencia antes de que te alcance.

Isis sintió su pasión aumentar otra vez, no pudo evitarlo. Él se movía todavía dentro de ella y el sonido de su voz era como una caricia. Él empujó más duro, más rápido, y ella gritó mientras otro clímax le golpeaba fuertemente. Oyó el grito de Flare de triunfo y la salpicadura caliente de su corrida profundamente en su interior.

Capítulo Doce

Durante un momento, todo estuvo bien. Ambos cayeron y se derrumbaron sobre el colchón. Su respiración se fue ralentizando y finalmente el aire se volvió más fresco.

Entonces, sin previo aviso, la temperatura de su cuerpo cayó alarmantemente. Le dolía la cabeza como si una migraña se hubiera afianzado.

—Hace tanto frío —susurró asombrada, mientras destellos brillantes iluminaban sus ojos.

—¡Apóyate en mí! —Arrancándose apretó firmemente su cuerpo frío al de él.

—Tanto... frío. —Sintió la oscuridad viniendo a tragársela y sintió una oleada de verdadero miedo. Pero empujó lejos ese miedo y recuperó su fuerza. Peleó contra la tentación de la muerte, luchó por su propia vida, luchó como nunca lo había hecho—. ¡Flare! —gritó débilmente.

Isis oyó el eco de sus palabras cuando la llamó en voz alta. Notó si perdiese pie, como si estuviera colgada de un alto acantilado y estuviese demasiado débil para sujetarse con sus cansadas manos. Era una sensación distorsionada de caída y supo que su alma se había ido de su cuerpo.

La oscuridad la cegó. Todos sus sentidos enmudecieron, salvo uno. Todavía podía oír a Flare llamándola. Por un largo momento se preguntó por qué debería quedarse atrás cuando la serena llamada de la muerte era tan fuerte. Fue muy difícil luchar contra la profunda oscuridad.

Sentía la presencia de Flare, allí en la oscuridad, fortaleciendo su menguante determinación de vivir. Él pronunció su nombre una vez más, su voz sonaba a mucha distancia de allí, y trató de devolverle la llamada, pero no tenía voz para hablar. Intentó encontrarlo pero no tenía vista con la que poder ver.

—¡Isis! —La voz de Flare parecía sonar más cerca.

Con una fuerza que la sorprendió en ese oscuro lugar, se alejó de la tentación del olvido. Luchó por aferrar su alma, peleó por encaminarla de regreso del precipicio de la muerte.

—Estoy aquí, Isis. —Hubo la sensación de volver a caer de nuevo, pero, poco a poco, fue consciente de su cuerpo físico otra vez. Estaba en los cálidos brazos de Flare, sin vida y débil. Pero su voluntad era fuerte y he hizo a un lado la debilidad. Sintió su alma entrar en su cuerpo precipitándose brutalmente con una fuerza que la hizo gritar y luego se desmayó en los brazos de Flare.

Momentos después, recobró el conocimiento y oyó un sonido asombroso. Flare estaba llorando, llamándola por su nombre una y otra vez. Isis se incorporó un poco mareada y Flare se quedó sin aliento.

Él la sujetó más cerca y todo el frío que había sentido anteriormente, desapareció con su interminable calor. Encontró su mirada y vio las lágrimas que había derramado por ella.

Flare pasó su mano por su cabeza, acariciando su pelo.

—Pensé que te había perdido —dijo con voz ronca, tragándose sus lágrimas.

—Estoy bien —graznó y su garganta dolió como si hubiera estado gritando. Isis se aclaró su garganta e hizo otro intento—. Estoy bien. De verdad. —Su mano subió y secó con un movimiento la última de sus lágrimas.

—Me siento más fuerte ahora. —Se afianzó en sus brazos y miró a su alrededor.

Todo había cambiado. Los colores eran más brillantes, los olores más fuertes y estaba segura que podía oír el chirrido de un ratón a un kilómetro de distancia si se lo proponía. Su cuerpo se sentía fuerte, más fuerte de lo que jamás se había sentido. Nunca. Ella se miró, esperando algo, cualquier cosa, que revelara la profundidad de su transformación. Pero tenía el mismo aspecto y casi sintió una punzada de decepción.

Flare inmediatamente supo lo que ella pensaba.

—Tus ojos han cambiado —le dijo, acariciando su pelo amorosamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Ve a ver. —Señaló hacia el espejo colgado en la pared del fondo. Isis se levantó y se acercó vacilante. Tuvo que ponerse de puntillas para poderse mirar en el espejo y cuándo lo hizo, se quedó sin aliento. Sus ojos se parecían exactamente a los de Flare, de color amarillo dorado con un borde naranja fuego alrededor de la oscura pupila.

—Tengo los ojos Shikar —dijo asombrada.

—¿Funcionó entonces? ¿Soy un Shikar? —tenía que estar segura.

Flare asintió con la cabeza, poniéndose en pie detrás de ella para que sus imágenes se solaparan en el espejo.

—Eres un Shikar. Has sido dotada con la longevidad, la súper velocidad, fuerza e inteligencia. Ya no eres humana.

—Ya tenía súper fuerza antes —bromeó, pero no sintió humor en absoluto. Todo lo que podía sentir era temor.

—Ahora serás más fuerte —le dijo—. ¿Me pregunto qué casta serás? —reflexionó susurrando.

—¿Casta?

—La clase de distinción, dentro de nuestro mundo. Yo soy multi-casta, como ya te he dicho. Pero los multi-casta no son comunes. Probablemente tendrás una habilidad que sobresalga por encima de todas las otras, y tu casta será determinada por lo que esa habilidad pudiera ser.

—¿Quieres decir que podría hacer fuego como tú? —preguntó asombrada.

—Es una posibilidad —admitió—. Está claro que no serás un Viajero. Los ojos de los viajeros son completamente negros. Pero todavía hay muchas castas, alguna de ellas muy conocidas mientras que otras son totalmente únicas. Mi superior, Pulse, es conocido como Generator. Puede crear y controlar relámpagos y esa es una casta muy poco frecuente, nadie más en nuestra historia ha tenido tanto poder. Podías tener nuevas habilidades. Pero sin embargo puede tardar bastante tiempo antes de que sepamos de lo que eres capaz de hacer.

Isis se rió alegremente y se abrazó a él.

—Eres lo mejor que nunca me ha sucedido —le dijo con una sonrisa y le besó fuertemente. Luego se volvió otra vez hacia el espejo, maravillándose de sus extraños nuevos ojos—. Soy un Shikar —dijo, mientras sentía la excitación y la impaciencia de la idea de lo que mañana le traería.

—No puedo creerlo —dijo aplaudiendo ruidosamente con sus manos y saltando sobre sus pies excitada.

—Ven —tomó su mano con una sonrisa—. Vamos a descansar, por hoy ya has tenido suficiente.

—¡Pero no estoy cansada!

—Tienes que intentar descansar —contestó con paciencia ante a su exuberancia.

Isis negó con la cabeza.

—Esperaba que pudiéramos volver al hotel a recoger mis cosas. Mi coche no me preocupa, pero tengo una fotografía de mi madre en una de mis maletas y no quiero perderla.

—Tus pertenencias pueden no está allí —apuntó.

—Si no están allí, le preguntaré al recepcionista dónde están y los amenazare con ir a la policía si no encuentran mis cosas, es bastante sórdido, que creo harían cualquier cosa con tal de evitar la ley —Isis fue al armario de Flare y buscó detenidamente entre las ropas ajenas que encontró allí.

Isis sostuvo en alto una túnica negra que él pudiera verla.

—¿Qué material es esto? —preguntó curiosa.

—No sé su nombre, pero es incombustible. La mayoría de mis ropas lo son. Quemaría una gran cantidad de material si no fuesen y dudo que nuestras costureras estuvieran contentas conmigo por eso.

—Ayúdame a encontrar algo de ropa —lo instó.

Flare se interpuso entre ella y el armario, buscando desordenadamente entre la ropa hasta que cogió una túnica color café, que en ella sería tan larga como un vestido—. Esto es todo lo que tengo por ahora. Te conseguiremos algo más de ropa cuando regresemos.

—Una vez recupere mis cosas no la necesitaré —dijo, poniéndose la túnica y mirando como también él se vestía. De negro de pies a cabeza, con su pelo índigo brillando a la luz tenue.

—¿Estás lista? —preguntó mientras alargaba la mano hacia ella.

Isis sabía que significaba Viajar. Respiró hondo y asintió con la cabeza.

—Hagamos esto.

Un instante estaban en el cuarto de Flare y al siguiente estaban en una habitación de hotel completamente destrozada. Todas las cosas de Isis estaban tiradas sobre la cama, hechas jirones, como si fuese basura tirada en el suelo. Las paredes parecían como si un fuerte viento las hubiera azotado. Isis salió de la habitación y vio que el resto de hotel estaba en las mismas condiciones y completamente abandonado.

—¡Maldición! Este lugar se ve peor que antes —comentó—. ¿Hicieron los Daemons todo esto?

—Coge tus cosas rápidamente —le advirtió, mientras recogía un manojo de ropa interior y metiéndolo en una de las bolsas.

Isis volvió a entrar en el cuarto y encontró un par de pantalones vaqueros, una camiseta y algo de ropa interior sencilla de algodón. Recogió un par de zapatillas de deporte, entró en el cuarto de baño, cerrando la puerta con delicadeza detrás de ella, mientras Flare continuaba haciendo el equipaje rápidamente. Isis usó el inodoro, se lavó las manos y cara. Entonces se pasó los dedos por su pelo, intentando desenredarlo lo mejor que podía.

Mirando su reflejo con vanidad en el espejo, se maravilló una vez más con su transformación. Simplemente no podía resistirse a clavar la mirada en sus extraños nuevos ojos, con admiración.

Isis levantó sus manos ante su cara, estudiándolas cuidadosamente para ver alguna diferencia, algo que ella aún no hubiera notado. Aunque parecían igual que siempre. Curiosa, golpeó el lavamanos con sus manos.

El lavamanos se rompió y cayó al suelo.

—¿Qué fue eso? —Flare exigió inmediatamente a través de la puerta.

—Está bien —contestó rápidamente, mirando hacia abajo con sorpresa ante el destrozo que había causado con un sencillo golpe—. El lavamanos se cayó —pero no le dijo cómo.

Isis se quitó la túnica de Flare y se vistió con su propia ropa. Se estaba acordonando las zapatillas cuando sintió algo extraño. Era como si alguien le estuviera masajeando con plumas una parte de su cerebro y un sofocante peso parecía presionarle en el pecho. Su piel se erizó sobre sus huesos y se aceleró su latido rápidamente. Esas extrañas sensaciones la alarmaron, porque intuía que no eran una buena señal.

—Flare —llamó, buscando alrededor un arma. Cogió un tubo de plomo del desorden que había hecho con el lavamanos y probó el peso en su mano. Satisfecha que de fuese una buena herramienta, la aferró fuertemente en su mano.

—¿Qué pasó? —Flare preguntó—. Noto preocupación en su voz.

La conocía bien.

—No me siento bien. Creo que algo malo está a punto de suceder —dijo saliendo con precaución del baño.

Se dio prisa en ayudar a Flare recoger el resto de sus cosas, encontrando la foto muy usada de un perro de orejas largas con su madre cuando era joven, guardándosela en su bolsillo trasero para mantenerla a salvo.

Segundos más tarde las sensaciones que Isis experimentaba, se intensificaron de manera alarmante. Algo andaba mal

—Me siento extraña —le dijo a Flare.

Él la miró inmediatamente.

—¿Cómo que? —preguntó, preocupado.

—Mi cerebro hormiguea y siento como si un doberman estuviese sentado sobre mi pecho. Además me duele el estómago y mi piel se siente extraña.

Flare recogió sus maletas.

—Vamos —le instó rápidamente.

—¿Qué significa? —necesitaba preguntarlo.

—Estas sintiendo a un Daemon. Tal vez más que uno, a juzgar por la fuerza de tus sensaciones. Tenemos que salir. Ahora.

Isis se acercó extendiéndose para tomar su mano, preparándose para viajar.

Un Daemon apareció en el cuarto. Rugiendo, corrió hacia ellos, dando un manotazo a Isis con una mano llena de garras. Isis se movió más rápido de lo que nunca había hecho antes, eludiendo de esta forma el golpe justo a tiempo para salvar el pellejo. Sin embargo, otro Daemon había entrado en el cuarto fuera de su visión y cuando se alejó del primer monstruo, tropezó con el segundo. Este Daemon atrapó su brazo y tiró fuertemente. Si ella hubiera sido más débil, su hombro se habría dislocado al instante.

La sensación de sentir la piel de la criatura sobre ella, fue repulsiva y horrible. Las garras se clavaron en sus brazos, rasgándole la piel y haciéndola sangrar. Isis gritó y se giró para afrontarlo, distanciándose en el último segundo, levantando la tubería con su mano sobre su cabeza. La dejó caer con toda la fuerza que pudo reunir, mientras gritaba con súbita rabia, furiosa.

La tubería se hundió profundamente en los huesos y tendones. Le había aplastado la cabeza al monstruo... pero aun así soltó un rugido tan intenso que amenazaba en hacer pedazos sus tímpanos.

—Arranca su corazón —le dijo Flare mientras se encargaba del primer Daemon. Sus manos estaban ya en su cavidad torácica, aunque la bestia le golpeaba con sus garras gigantes.

Isis golpeó una vez más en cráneo deshecho de la cosa, arrancando de un tirón la mitad de la cabeza con su golpe. Arrojó al suelo la tubería y dio un grito de guerra mientras se lanzaba sobre el monstruo.

Algo pasó, algo inesperado. Unas cuchillas resplandecientes, en azul- blanco, parecieron salir a borbotones de los huesos de sus nudillos y antes de que supiera qué hacer con ellas, las había hundido profundamente en el pecho del monstruo.

La criatura era alta. Isis usó sus extrañas cuchillas para elevarse sobre el cuerpo de la bestia y así poder luchar por su corazón. Luego, de un fuerte golpetazo con las cuchillas, despedazo con un gran corte el pecho, tan fácilmente como hubiera podido aplastar una mosca. A través de toda la sangre que salía a borbotones del cuerpo de la maltrecha bestia, Isis vio el gran corazón de la vil criatura. Lo agarró y lo arrancó con un horrible, desgarrador y húmedo sonido que casi la hizo vomitar.

—¡Mierda! —gritó y cayó hacia atrás, lejos de la bestia.

Flare se situó detrás de ella y agarró el corazón. Al Instante, el órgano aun latiendo, estalló en llamas. El monstruo cayó hacia atrás, con un sonido burbujeante procedente de su cabeza destrozada, totalmente muerto al golpear el suelo. Flare arrojó lejos las cenizas del corazón y se aseguró de tener la atención de Isis.

—¿Ves esto? —Una pequeña bola de fuego flotó encima de su mano. Giró su mano de manera que la bola parecía rodar entre sus dedos. Isis observó con fascinación como se volvía hacia el cuerpo de la bestia, la bola en llamas, originalmente del tamaño de una pelota de golf, se convirtió en el tamaño de una de baloncesto. Flare le lanzó la pelota de fuego a la criatura y su cuerpo estalló en llamas—. Si quieres podemos averiguar si puedes hacer esto también —le dijo. Pero Isis dudaba que alguna vez pudiese hacer magia tan fácilmente como él.

La habitación del hotel estaba llena de humo, pero con sus nuevos ojos, Isis vio claramente a su alrededor. Tanto ella como Flare, se movieron con rapidez, recogiendo sus maletas desparramadas por la sala, antes de reunirse en el centro del cuarto, instantáneamente entrelazaron sus manos.

—Larguémonos de este jodido sitio —dijo.

La habitación en ruinas desapareció y viajaron juntos de vuelta a casa.

Capítulo Trece

La primera cosa que hicieron cuando regresaron al apartamento de Flare, fue tomar un baño en la gran bañera romana. Juntos. Primero se frotaron bien para limpiarse, después cambiaron el agua sucia y la reemplazaron por agua caliente, limpia, agregando un jabón aromático de hierbas para crear burbujas. Isis se recostó contra su compañero con un profundo suspiro. Flare la acunó en sus brazos, mientras sanaba sus heridas más leves con tiernos, y minuciosos cuidados.

—¿Viste lo que pasó? —preguntó, mientras lo miraba por encima de su hombro, a través de la cortina mojada de su pelo.

Flare apartó algunos mechones húmedos de su cara.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Cuando salieron esas cosas de mis manos y derroté a ese monstruo.

—Eran tus cuchillas. Sospecho que no tendrás ningún problema en controlarlas. —Flare se rió entre dientes, deseando ver su intento.

—¿Así que piensas que voy a ser una Casta del Metal? —preguntó con curiosidad.

Flare sacudió su cabeza mojada.

—No puedo estar seguro. Creo que no. Está claro que eres una cazadora fuerte, ni siquiera me di cuenta de los Daemons hasta que me dijiste lo que estabas sintiendo. No podemos estar seguros lo que serás.

Isis sintió el duro grosor de su polla presionando contra su espalda. Se dio la vuelta en el agua, lo montó e inmediatamente lo sintió profundamente en su cuerpo, bajando totalmente sobre el grosor de su circunferencia. Flare abrió la boca y se aferró cuando empezó a montarlo.

—Baja lentamente —gimió, pero Isis ya se acercaba rápidamente al orgasmo y no quiso detener las maravillosas sensaciones que la inundaban desde la cabeza hasta los pies.

Sus manos lo acercaban mientras le besaba con toda la pasión de su alma. Sus dedos se hundían en la piel suave de su culo cuando ayudó a que ella se moviera de arriba a abajo sobre su polla desenfrenadamente. Ambos se quedaron sin aliento en la boca del otro cada vez que descendía sobre él, mientras lo envainaba completamente dentro de su ávido cuerpo.

Las puntas de sus pezones rozaban deliciosamente contra la musculatura de su pecho. La caricia hizo endurecer los pezones tan fuertes como diminutos diamantes, sus pechos caían pesados contra él. Un dolor había empezado profundamente dentro de ella y supo que vendría pronto. Pero no antes de que le dijera lo que quería decir.

—Amo la forma en que te ríes —le dijo—. No lo haces muy a menudo.

—He reído más contigo estos últimos días, de lo que he reído en mucho tiempo —admitió.

Pasó sus manos arriba y abajo sobre sus musculosos brazos.

—Me encanta la manera tan amable con la que siempre me tratas. —Él quiso decir algo pero le hizo callar con un dedo sobre sus bien formados labios, moviendo sus caderas de una forma que lo dejó sin aliento—. Amo tu forma de ser tan fuerte y confiada. Me encanta tu forma de ser noble y fiel que eres a tu causa, el guerrero orgulloso y formidable que eres. Y te quiero. Estoy loca por ti.

—Me haces sentir fuerte —dijo, sumergiéndose dentro de ella una y otra vez—. Siento que soy el ser vivo más afortunado ahora que tengo tu pasión, tu amor y no lo sabía pero realmente necesitaba todas estas cosas de ti. Sólo de ti. Nunca sabrás cuán desesperadamente te necesito.

—Demuéstramelo —dijo mientras se levantaba y le ofrecía su pecho. Cogiendo el pezón en la boca y amamantándose, sus cuerpos húmedos resbalaban deliciosamente entre sí.

Haciendo sonidos con las olas en la bañera mientras se abrazaban. Ralentizaron su vigoroso ritmo y saborearon el momento.

—Oh, Isis, me haces sentir cosas tan maravillosas —gimió y cogiéndola con fuerza, mientras se aferraba a su otro pecho para amamantarse y provocarla.

Isis dejó caer su cabeza hacia atrás. La boca de Flare se movió de su pecho a su garganta expuesta. Tomó la piel en su boca, succionando, mordisqueando y dejándole una oscura marca. Una marca de posesión y deseo, para que cualquiera pudiera verla.

—Quiero eliminar todo tu dolor —dijo, exigiendo su boca.

Se besaron, los labios, dientes y lenguas entraron en juego. El beso la dejó sin respiración y la llenó de un fuego que ardió caliente y ávido.

—Ya lo hiciste —se quedó sin aliento, asombrada por que era verdad.

No había más espacio para las palabras. Salvaje, lo montó más rápido y más fuerte, hasta que ambos gimieron incontrolablemente. La llenó con tanta fuerza, tan plenamente, que las lágrimas cayeron por las comisuras de sus ojos.

Se enterró en ella fuertemente e Isis vio las estrellas. Estaba tan cerca. Muy cerca. Los ágiles dedos de Flare se movieron entre ellos y sin equivocarse, encontró su clítoris. Estaba hinchado y dolorido y lo acarició, dibujando pequeños círculos a su alrededor, volviéndolo más y más hinchado. Apretó el diminuto bulto de carne entre sus dedos y gritó, próxima a correrse.

Flare sentía la succión de su cuerpo, pero mantuvo firme contra el fuerte impulso de dejarse llevar. Tenía mucho más planeado antes de poder encontrar su propia liberación.

Cuando ella se derrumbó con un envolvente abrazo, se liberó. Con sumo cuidado se volvió, instándole a que asegurara sus manos en el borde de la bañera. Había terminado doblada sobre él, mostrándole todos sus secretos. La visión de su húmeda y rosada carne le volvió débil ante el deseo. No podía controlarse. Se inclinó y la besó, presionando sus labios contra su trasero.

Isis gritó e intentó enderezarse, pero Flare la empujó abajo con la mano, manteniéndola cautiva allí tal y como quería. Su lengua se lanzó a degustarla y el sabor del agua del baño era fragante. Con el dedo índice derecho la penetró, mientras salía un ahogado grito de asombro de los labios de Isis.

Empujando su dedo dentro y fuera de su trasero, sintió como su cuerpo se relajaba a su alrededor. Introdujo otro dedo, estirándola, y todo su ser se estremeció y tembló bajo su toque. Estaba gimiendo repetidamente, elevándose hacia otro orgasmo. Flare retiró los dedos de su cuerpo y se colocó detrás de ella.

La sensación de su polla estirando la tierna piel de su trasero era increíble. Se sentía como si estuviera siendo penetrada por un bate del béisbol. Era tan grande. Tan gruesa y larga. Isis no tenía idea de cómo iba a entrar completa.

Pero entró. Despacio pero seguro, se hundió más profundamente en ella. La cabeza en forma de seta de su polla se deslizó más allá de su esfínter. Isis sollozó. Entró más y más profundamente y se clavó hasta la empuñadura. Flare sujetó las manos en sus caderas, tirando su espalda contra él. Llegando con una mano, metió los dedos en el interior de su empapado coño. Le acarició y comenzó a montar suavemente su culo.

Aumentando gradualmente el ritmo y la fuerza de sus empujones, impidió a Isis sentir cualquier dolor en absoluto con esa perversa posesión. Su cuerpo se estiró, llenándola totalmente, pero era un sentimiento delicioso, bienvenido. La sensación de los dedos jugando con su coño agregó más placer. Sintió su cuerpo apretarse a su alrededor cuando rozó su sensible clítoris y ambos gimieron. Flare esperó a que su cuerpo se relajara de nuevo y comenzó a moverse una vez más.

Flare estaba mareado con tanto placer. Estaba tan apretada que le robaba el aliento. Su cuerpo era de seda, resbaladiza, húmeda y fresca contra el calor de su cuerpo. Sabía que si no tenía cuidado el agua hervía con el calor de su incontrolada pasión. Flare sabía que su

polla estaba lo suficientemente caliente como para chamuscar, enterrado muy dentro de ella, pero a Isis parecía gustarle esa sensación, por lo que se permitió quedarse dentro de ella.

Cuando Isis se corrió, lo hizo con un grito roto. Su atormentado cuerpo se estremeció, totalmente abierto a él. Se clavó hasta el fondo y soltó su control. Gritó, incapaz de ahogar el sonido, y empujó fuertemente. El cuerpo de Isis se tensó a su alrededor y se perdió. Aulló de placer cuando disparó su caliente semen profundamente dentro de ella. Brotando una y otra vez, llenándola hasta que sus jugos gotearon hacia afuera. Isis dio un último grito y se desplomó bajo él.

Se deslizaron en el agua, jadeantes, agotados. Flare salió su cuerpo, ambos gimieron cuando él se retiró. Se desplomaron satisfechos y acariciaron sus cuerpos lánguidamente, más para calmar que para excitar, con manos suaves y poco exigentes.

—Oh Dios mío, nunca pensé que haría algo así —dijo jadeando.

—¿Te gustó? —preguntó suavemente.

—Demonios, ¡me encantó! —dijo enseguida—. Fue la sensación más increíble que he sentido nunca.

—Bien —gruñó, acercándose. Se levantó con ella en brazos y la depositó en el suelo, fuera de la bañera. Saliendo del baño, Flare cogió una toalla súper-suave y la secó con ella. Cuando acabó, Isis intentó agarrar la toalla y secarlo a él, pero Flare negó con la cabeza, sonriendo arrogantemente.

El fuego recorrió su cuerpo. Isis jadeó y dio un paso atrás reflexivamente. Un segundo después, el fuego se apagó, desapareciendo tan rápidamente como había aparecido. Cuando Isis pudo ver más allá de los puntos brillantes en sus ojos, vio que Flare estaba completamente seco, de la cabeza a los pies.

—No es justo —dijo, con el pelo todavía mojado y chorreando por su espalda.

Flare se rió y la abrazó una vez más. La alzó en brazos y la llevó como a un bebé a su dormitorio. La depositó suavemente entre las lujosas almohadas y se acostó a su lado, acercándola con las manos inmediatamente.

—Nos vamos a tener que mudar —le dijo vagamente—. Te he reclamado. Ya no soy soltero.

—Está bien —dijo, apoyando las manos en su estómago desnudo.

Guardó silencio durante un largo rato y se preguntó en que estaría pensando. No tuvo que esperar mucho tiempo para averiguarlo.

—Mañana iré a los Territorios a matar a tú padrastro —admitió suavemente contra su nuca.

Isis se tensó y se apartó.

—No. Joder, no. No merece la pena. Es sólo un gran gordo perdedor. Un don nadie. Matarlo no solucionará nada.

—Nos hará sentir mejor —señaló obstinadamente.

—No puedo permitir que lo hagas —le dijo.

La temperatura en el cuarto subió de manera que el calor flotaba por encima.

—Se atrevió a tocarte. A hacerte daño. A romperte. No puedo, no le permitiré que salga impune por eso.

—Simplemente déjalo como está —dijo.

—No puedo creer que sigas defendiéndolo —comentó enojado.

Isis suspiró pesadamente y se encontró su ardiente mirada.

—No estoy defendiéndolo. Y si te hubieras ofrecido matarlo hace dos semanas, habría dicho sí en seguida. Pero te conozco. Proteges a los humanos. Nunca podrías matar a uno de ellos.

—Podría matarlo fácilmente —Flare rechinó las palabras—. Merece morir por lo que te hizo.

—No —dijo—. Simplemente olvidémonos para siempre de él. No tenemos que pensar nunca más en mi pasado. Míralo así. Me ha dado un futuro maravilloso por delante. Me curaste, me hiciste sentir completa. Matando mi padrastro solo abrirás viejas heridas en mí. —Le sonrió traviesa—. Además, no sabes cómo encontrarlo.

Flare gruñó, pero no dijo nada. La alcanzó de nuevo y la abrazó. La calmó, acariciando cuerpo. A pesar de lo cansada que estaba, Isis respondió a sus caricias. Notaba su polla dura en su espalda y ya estaba húmeda de nuevo. Pero la naturaleza se hizo cargo de su agotamiento y la alcanzó de lleno. Se durmió con la sensación de tenerlo acariciando sus pechos.

Sus sueños eran lo más dulce que había tenido en la vida.

* * * *

Cuando despertó varias horas después, Flare la había dejado una vez más. Se recostó contra las almohadas y saboreó el tira ya afloja de sus doloridos músculos. Casi podía sentir todavía a Flare, llenándola con su polla.

Descansando perezosamente durante un tiempo, se obligó a salir de cama. Rebuscó en la ropa que había traído y encontró un par de suaves pantalones vaqueros y una camiseta muy gastada, así como escasa ropa interior que sabía que Flare aprobaría.

No podía esperar a que él se las quitara. Isis se estremeció con el delicioso pensamiento.

Buscando algo útil que hacer mientras esperaba el regreso de Flare, arregló la ropa de la cama y fue a recoger toda la ropa abandonada de los últimos días. La mayoría de la ropa era para tirar, la puso en un cubo de basura de piedra. A medida que recogía las últimas piezas, no podía dejar de observar los pedazos de papel que cubrían el suelo. Los últimos vestigios de su pasado.

Los recogió y los tiró lejos, entonces una alarma le atravesó.

—¡Hijo de puta! —gritó mientras buscaba en los pedazos de papel del sobre de su hermana, el que contenía la dirección del remitente. La dirección no estaba. Isis miró bajo la cama y alrededor de la habitación, pero no pudo encontrarla.

—¡Mierda! —gritó y corrió hacia la puerta.

Capítulo Catorce

Isis salió al vestíbulo e intentó ignorar sus ostentosos alrededores. No quería ser retrasada de su importante misión.

Nunca había estado fuera del apartamento de Flare y tuvo un desesperado momento cuando se preguntó cómo podía encontrar ayuda entre todas las puertas que había a lo largo del gran vestíbulo de piedra.

El vestíbulo era lo suficientemente ancho para almacenar cinco autobuses escolares, uno al lado del otro. Recorrió con la vista el vestíbulo y vio centenares de puertas, hasta donde le alcanzaba la vista. La piedra a su alrededor era gris y oscura, iluminada sólo por luces extrañas que llenaban de sombras el pasaje. Había tapices en las paredes aquí y allá, elaborados pedazos de arte llenos de color y vida. Había estatuas por todas partes, esculpidas en la roca de las paredes. Todo se veía excesivamente caro.

Descalza e indiferente, notó que la piedra se sentía cálida bajo los dedos desnudos de su pie. No del todo fría. De hecho, el aire a su alrededor tenía una temperatura muy agradable, templada. No había ruido en el vestíbulo, simplemente un acuciante silencio que la inquietaba. No había un Shikar a la vista. Dándose cuenta de si quería hacer algo, tendría que hacerlo rápido, así que, simplemente, comenzó a golpear las puertas.

Después de intentarlo en una docena, alguien contestó a sus golpes. Era una mujer de pelo largo, rizado y rojo.

—Necesito encontrar un Viajero. Ya mismo —dijo Isis urgentemente.

La mujer la miró curiosamente.

—Eres la humana nueva entre nosotros —dijo a manera de saludo—. Eres más baja que esperaba. —La mujer dijo las palabras amablemente para no ofender.

—Mira, lo siento, no puedo ser más educada, pero necesito un Viajero.

—¿Por qué? —escuchó una voz profunda detrás de ella. Isis se volvió rápidamente y se encontró contra el pecho de Pulse. Estaba de pie, tan cerca, que se preguntó cómo no lo había notado acercarse.

—Oh, gracias Dios —dijo jadeando—. Tengo que detener a Flare antes de que haga algo realmente estúpido —dijo rápidamente.

—¿Dónde está? —preguntó Pulse, mirándola perplejo.

—Ha ido a casa de mi familia. Tiene la intención de matar a mi padrastro.

La cara Pulse demostró que se había imaginado algo peor.

—Quizás el hombre merezca morir. —La miró calculadoramente.

Isis ignoró el gesto de su cara, sólo conseguiría enfurecerla más aun, y agarró firmemente la tela de su camisa, ignorando el jadeo de la mujer detrás de ella.

—Tengo que detenerle. Ya —apretó fuerte, sacudiendo con fuerza el duro material.

—¿Cómo vas a conseguirlo? —Pulse preguntó con enfurecedora indiferencia.

—Deja de dar rodeos y encuéntrame un jodido Viajero —gruñó—. Si no lo haces, voy a hacer trizas este lugar buscando uno.

La mujer tocó su hombro.

—Él es Generator. No deberías hablarle así.

Pulse se dirigió a la mujer.

—Puedes retirarse, Kittren —le dijo.

La mujer no dijo una palabra, simplemente, se volvió y cerró la puerta detrás de ella firmemente, dejándolos fuera en el gran vestíbulo, a solas. Pulse se dirigió a ella e Isis le pudo haber dado un puñetazo sólo por la apariencia de arrogancia masculina que le dio.

—No deberías de alterarte así. —La miró de pies a cabeza—. Eres un Shikar. Así que la transformación surtió efecto.

—Sí —chilló—. Y vas a saber cuán Shikar puedo ser si no me dices dónde encontrar un Viajero.

Pulse sonrió lentamente.

—Puedo Viajar —le dijo—. Y mis espías me han dicho donde podemos encontrar a tu padrastro.

Isis sintió sus ampliarse sus ojos.

Él se rió ahogadamente.

—Mantengo cerca la información de mis guerreros —dijo pacientemente—. Pero pienso que no debieras interferir con Flare. Tu padrastro es una abominación. Opino que merece morir.

El pánico la sacudió y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Por favor. Tengo que detenerle. —Ella se atragantó con las palabras—. No le puedo dejar hacer eso.

—Temo que Flare no pueda ser disuadido. Pasó dificultades para encontrar la casa de tu familia. Nuestros espías tuvieron que localizar la dirección física que les dio, antes de que pudiese Viajar hasta allí. Estaba muy decidido.

—Lo sé —gimió—. Pero tengo que intentarlo. Antes de que sea muy tarde.

Pulse la miró silenciosamente durante un largo rato y ella se preguntó que estaría pensando. Pareciendo que había tomado una decisión, él tomó su mano.

—Vamos —afirmó—. Si estás segura de estar lista.

—Sí. Llévame allí, ahora —le dijo rápidamente.

El mundo desapareció de un modo que se volvía muy familiar últimamente. La salvaje sensación todavía provocaba que su estomago se volviese y se marease. Pero todo el rato se aferró a la mano de Pulse y él parecía compartir una cierta cantidad de su fuerza con ella, manteniéndola alerta.

Llegaron al gran patio delantero de la casa de sus padres. Isis notó la áspera hierba bajo sus pies desnudos. Parecía que el lugar se había ido al infierno desde que su madre hubiera muerto. Si bien estaba oscuro, fácilmente podía ver con sus ojos Shikar la devastación que la rodeada.

Las largas macetas de flores, de las que su madre había estado tan orgullosa, ya no estaban. El césped estaba cubierto de malas hierbas y muerto en muchos lugares, algo que su madre nunca hubiera permitido. Coches abandonados permanecían muertos a los lados de la larga y asfaltada entrada. La basura y los escombros estaban tirados por todas partes.

La casa no estaba en mejores condiciones. Parecía que se hundiría sobre si misma. El tejado de cinc estaba oxidado y sucio. La pintura estaba desconchada, revelando la madera desnuda en muchos lugares. El porche estaba combado, la madera podrida, y el olor de demasiados animales amenazó con estrangularla. Isis tuvo que obligarse a moverse, pero finalmente reunió la fuerza para acercarse a la casa que no había visto durante casi diez años.

Pulse se quedó cerca de su espalda. Isis agradeció eso. Le daba más ánimos de los que podría haber tenido bajo circunstancias diferentes.

En el porche, la puerta de tela metálica colgaba torcida sobre sus goznes, la vieja red, rota y harapienta en varios sitios. La abrió con las manos temblorosas, dejando traslucir su creciente nerviosismo. El temor se afianzó en su corazón mientras se percataba de que estaba a punto de ver a su odiada familia de nuevo.

La puerta estaba cerrada con llave, pero eso no la detuvo. Golpeó con la palma en la puerta y esta voló hacia dentro, los goznes rechinando, rotos con la fuerza de su golpe.

—Flare —gritó. No había nadie en la sala, que siempre le había parecido un cuarto grande cuando era una niña, pero ahora se veía lastimosamente pequeña. Ignoró los recuerdos que le atacaron—. ¡Flare! —gritó más fuerte.

—¿Quién está allí? —Una voz vino del vestíbulo que conducía a los dormitorios.

Isis dio inconscientemente un paso atrás, endureciendo sus nervios mientras su padrastro entraba en el cuarto.

—¿Isis? —preguntó Jeff sorprendido y asustado, mirando entre la oscuridad. Apretó un interruptor y la luz inundó el cuarto.

Isis miró al hombre que tanto daño le había echo, pero viéndolo a través de diferentes ojos que cuando era más joven. Era más bajo de lo que esperaba. Isis se acordaba de que había tenido el pelo largo cuando se había escapado de casa, pero ahora estaba quedándose calvo, tanto que los mechones de canas parecían parches sobre su cabeza. Jeff estaba más gordo de lo que recordaba. Su barriga desbordaba sobre su cinturón como un globo lleno de agua.

Su cara era notablemente diferente a la que recordaba y se dio cuenta que era porque le había hecho pedazos su pómulo aquella noche, hacía tanto tiempo. Había necesitado cirugía para reparar el daño, bastante por lo que parecía por las pálidas cicatrices de su piel.

—¿Qué diablos haces aquí? —le gritó mientras se acercaba.

Isis se dio cuenta con sorpresa que era más alta que él. Lo miró desde arriba mientras se acercaba cautelosamente a ella.

—Tu nunca considerarías volver aquí —dijo su padrastro, la cólera y el miedo evidente en su voz.

Luego su padrastro notó la presencia alta, dominadora de Pulse detrás de ella, silenciosamente en la oscuridad, simplemente fuera de la casa. Jeff se quedó sin aliento y dio varios pasos aterrorizados hacia atrás. La parte de atrás de sus rodillas chocaron bruscamente con sillón viejo que había estado allí desde que era una niña, y cayó hacia atrás sobre eso torpemente.

—¿Hay un hombre aquí contigo? —le preguntó Isis mientras lo miraba, sorprendida de que Flare aún no hubiese aparecido.

—¿De qué diablos estás hablando? Joder, siempre fuiste una entupida niña —chasqueó su padrastro—. Nadie entienda nada de lo que dices.

Isis ignoró su insulto y se volvió hacia Pulse.

—No lo entiendo. No está aquí.

Pulse asintió con su oscura cabeza.

—No le siento, esté donde esté. Quizás no ha llegado aún. Tiene patrulla durante seis horas después de todo, y todavía puede estar ocupándose de sus deberes.

—¿Entonces qué hago? ¿Simplemente le espero? —preguntó, sin saber que hacer.

—Le podemos esperar. Tengo el presentimiento de que no será mucho tiempo —comentó Pulse, mirando a su padrastro con aversión—. Vayamos fuera, mejor. No puedo soportar este lugar o la compañía de su interior.

Se volvió y la condujo fuera, al porche otra vez. El frío aire de la noche golpeó sus mejillas ruborizadas y le dio la bienvenida a la sensación de él acariciando su piel.

Una astilla se clavó en su pie del suelo de madera podrida e Isis usó el dolor para ayudarlo a enfocar la atención en la tarea a mano. Hizo lo mejor que pudo para no volver la mirada atrás hacia Jeff, pero no podía resistir la familiar sensación en su estómago que siempre había tenido en su presencia. Su estómago pesaba como si se hubiese tragado una bala de cañón. Y su corazón comenzaba a doler.

—¿Quién está allí, papá? —La voz de María asombró a Isis y le hizo darse la vuelta para afrontar a su hermana. Tenía un embarazo bastante avanzado y estaba además gorda. Su largo pelo rojizo, que parecía una alfombrilla de hebras grasientas en su cabeza, atrajo la mirada de Isis como un imán. María se veía tan mal como Jeff. La belleza que había poseído cuando era una niña no era más que una sombra en su ojerosa y deteriorada cara.

María echó un vistazo a Isis y una llamarada de puro odio y malicia iluminó sus ojos color café.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí, zorra?

Isis apretó sus dientes por el chillido de su hermana.

—Estoy aquí para salvar la miserable vida de Jeff —dijo con una paciencia que no sentía.

María se abalanzó con furia contra ella, y antes de que Isis pudiera reaccionar, su hermana la arañó con sus uñas en la cara. Isis se echó hacia atrás, no queriendo lastimar a su hermana con su nueva fuerza. Isis temía que la si golpeaba, podría matar a María de un solo golpe.

Pulse se acercó y sujetó las manos de María antes de que pudiera hacer más daño.

—Mujer, no la tocarás otra vez —le dijo, apartándola de un empujón.

Isis enjuagó la sangre de las marcas de las uñas de su cara, sobresaltándose con el dolor.

—No le podrás tener —gritó enfurecida su hermana.

—No le quiero —le dijo Isis—. Yo nunca le quise, ¿es que no puedes entenderlo?

—Sí, lo querías. ¿Crees que no te veía compartirlo? ¿Piensas que no sé todas las veces que compartiste una cama con él? ¡Lo vi todo, pero al final yo gané! —Su hermana emitió una risa horrible, chillona—. ¡Ahora es mío y no me lo podrás quitar!

María se lanzó otra vez sobre Isis, pero esta vez Isis expendió sus manos y atrapó las de su hermana dentro de sus puños.

—Basta, María. —Isis habló tan energicamente como pudo—. Estás quedando tú sola como una tonta.

—¿Tonta? —gritó su hermana—. ¡Tú eres la tonta, estúpida zorra, fea!

Forcejeó y trató de soltar sus manos. Isis la sujetó fácilmente, con una fuerza que le asombró incluso a ella, manteniéndola controlada con un pequeño esfuerzo. Pulse se había movido a su espalda, para prestarle su fuerza si Isis llegase a necesitarla. Pero Isis era lo suficientemente fuerte por sí misma. Flare se lo había enseñado.

—Siéntate, María —dijo glacialmente, apartándola a la fuerza, haciendo que su hermana tropezase y se sentase en el duro sofá—. No quiero lastimarte —dijo pacientemente Isis.

—No me importa si me golpeas o no, voy a patearte el trasero —chasqueó chillando, con esa voz gritona que rechinó en los sensibles oídos Shikar de Isis.

Isis trató de razonar con su hermana.

—Estás embarazada. No deberías intentar pegarme. Podrías lastimar al nena.

—¡Jódete, zorra! —Su hermana le hizo un gesto despreciativo con la mano—. Simplemente estás celosa de que éste sea mi nena y no el tuyo.

Isis se dio por vencido. Le dio la espalda a su hermana y salió afuera de nuevo al porche, mirando a lo lejos.

—Tal vez no venga. Tal vez cambió de idea.

Pulse miró sobre su cabeza y sonrió.

—Sería una fantástica idea, querida —dijo mirando por encima del hombro de Isis.

Isis se giró y vio la espalda de Flare dentro de la casa. Ambos, su padrastro y su hermana clavaban los ojos en él, boquiabiertos cuando Flare apareció ante sus ojos mágicamente.

—Flare —dijo acercándose a su lado. El alivio que sintió al verle duró lo suficiente como para temer lo que tenía intención de hacer.

—No lo hagas —imploró.

Flare estaba tan caliente que Isis podía ver las ondas de calor elevándose sobre él.

—Merece morir por lo que te hizo —dijo Flare apretando los dientes. Le acarició la cara con su mano y retiró la sangre que todavía rezumaba de las marcas de uñas en su cara. Isis sintió un suave calor y su piel se curó al instantáneamente. Flare se apartó de ella y se irguió sobre Jeff en tono burlón—. Así que tú eres el bastardo que lastima niños indefensos.

—No —suplicó Isis, pero era muy tarde. Flare se acercó, y agarró el cuello de su padrastro y lo levantó en el aire fácilmente. Con un movimiento de su muñeca, Flare lo lanzó por la ventana de la sala de estar. La madera y el cristal estallaron y la casa gimió, como si se fuese a desplomar de un momento a otro.

Isis entró por la puerta golpeando a Flare, mientras el cuerpo caído de su padrastro lidiaba por levantarse del suelo.

—Basta, Flare —le dijo, interponiéndose entre los dos únicos hombres que habían tenido importancia en su vida—. Lo digo en serio.

Flare la ignoró y la apartó a la fuerza. Él miró hacia Jeff otra vez. Flare agarró al sollozante hombre y le dio varios puñetazos, justo donde Isis le había golpeado años antes. Isis oyó los huesos fracturándose en su mejilla y se sobresaltó.

Ella tiró de Flare.

—Esto es estúpido y sin sentido —le dijo en un esfuerzo de persuadirlo con ruegos para que soltase el agarre mortal a la cabeza de su padrastro. Flare azotó la cabeza de Jeff contra el suelo e Isis temió por un momento que Flare lo hubiera matado. Su padrastro se quedó inmóvil y sin vida bajo Flare, alarmándola más.

Flare se separó disgustado.

—Se desmayó. Bastardo cobarde.

Isis aprovechó esta oportunidad para coger una de sus manos en las suyas.

—Volvamos a casa. Ya le has castigado bastante. Podemos irnos ahora. Nunca más tendremos que acordarnos de estas personas.

María chilló y salió corriendo de la casa, cargando contra Isis. Flare la alcanzó y la agarró por el cuello de la camisa.

—Estás embarazada y por eso no te golpearé. Pero te advierto, mantén tus manos lejos de mi compañera —le ordenó a la histérica mujer.

María inmediatamente se quedó quieta y Flare la soltó, el miedo que le causaba era de lo más aparente. Jeff gimió detrás de ellos, atrayendo la atención de Flare de nuevo. Isis agarró a Flare por la camisa.

Algo parecía no estar bien. Más allá del hecho que todavía estaba tratando de evitar que Flare matase a la pobre excusa que tenía como padre. Sentía una lenta y creciente alarma en su interior.

La sensación de mil plumas cosquilleándole su cerebro le hizo perder la concentración. Sentía una opresión en su pecho que le robaba el aliento y su corazón comenzó a latir enloquecedoramente.

—Flare —dijo lentamente, buscando a su alrededor la amenaza que sentía aproximarse.

—Flare —volvió a llamar de nuevo cuando él no le contestó.

—¿Qué ocurre? —Pulse había notado el nuevo tono de preocupación de su voz.

—Daemons —dijo estremeciéndose—. Estamos a punto de tener compañía.

Capítulo Quince

La tierra retumbó bajo sus pies.

—¿Qué fue eso?

Pulse miró a su alrededor y Flare se alejó de Jeff, que se estaba despertando. Ninguno de los dos Shikars contestó su pregunta. Se pusieron ambos a su lado, con las piernas firmes, ambos mirando y listos para luchar.

—¿Ves algo? —Isis les preguntó.

La tierra se estremeció, mandándolos al suelo. Un sonido horrible, un profundo rugido llenó sus oídos y golpeó su pecho con una fuerza casi física. Con la sensación de que su piel se tensaba intensamente sobre sus huesos, tembló incontrolablemente. El rugido continuo, ensordecedor, se volvió más intenso según se acercaba, pero Isis no podía ver por dónde vendría la amenaza.

Tampoco tuvo oportunidad. La tierra bajo sus pies se levantó varios metros, haciéndola desequilibrarse, hasta que al final la hizo caer hacia atrás. La tierra se hundió, luego se levantó otra vez y algo surgió a través de ella con tal violencia que sacudió audiblemente los cimientos de la casa.

Un gusano de aspecto gigante apareció en el cielo, su cuerpo salía a toda velocidad del hueco en la tierra interminablemente, como si la cosa tuviera cientos de metros de longitud. En la parte posterior del cuello del gusano había un Daemon, más grande que cualquiera que hubiera visto, y montaba al gusano con facilidad, con un estribo de cuero en la mano, y el extremo atravesando la cabeza del gusano para mantenerlo en su lugar y permitir al Daemon el control completo de la criatura.

—¿Qué diablos es eso? —Isis se puso en pies con una asombrosa velocidad ajena en ella.

—Es un Canker-Worm —dijo Flare—. Atrás, Isis.

Isis sintió como sus cuchillas atravesaban la piel de las puntas de sus dedos. Ignorando la advertencia de Flare, se subió de un salto sobre la parte de atrás del gusano y clavó sus cuchillas en la mezcla repugnante era la carne del gusano. Flare saltó al mismo tiempo que ella, aterrizando en una parte diferente del sólido cuerpo del gusano, y de un golpe, hundió sus finas cuchillas metálicas incandescentes en la monstruosidad.

El Canker-Worm dejó escapar un agónico aullido que hizo vibrar el cráneo de Isis.

Las llamas se extendieron desde donde Flare perforó al gusano y recorrió una gran longitud abajo del cuerpo del monstruo. Isis sacó sus garras y las hundió profundamente de nuevo. Y otra vez. Y otra vez. Pronto estuvo cubierta de pies a cabeza con la sangre coagulada de la bestia, pero aun así siguió luchando.

El gusano se estrelló sobre la hierba, sacudiendo la tierra, con la cola atascada en el hueco hecho en el suelo para salir. El movimiento sacudió a Isis y sus piernas salieron volando detrás de ella. Sólo sus cuchillas, enterradas profundamente, la libraron de ser lanzada al aire.

El Daemon que montaba la bestia saltó sobre ella. Se había olvidado de esta bestia mientras había golpeado al gusano. La agarró del pelo, arrancándole algunas hebras, provocando que gritara de dolor. Entonces todo el dolor fue olvidado a medida que se enfadaba, casi inconscientemente. Con un rugido de rabia, se giró hacia el Daemon y hundió los brazos hasta su codo en su caja torácica.

El Daemon gritó con un sonido horrible y alejó de un golpe. Esta vez sus cuchillas no la salvaron y cayó al suelo con un ruido sordo. Pero no se amilanó en lo más mínimo. Se levantó rápidamente y dio un salto de vuelta encima del gusano. Éste se revolcaba frenética y violentamente, pero logró correr hacia arriba por la inestable longitud hasta donde el Daemon esperaba e Isis entró en combate una vez más.

El Daemon la golpeó en un lateral de su cabeza que le hizo ver las estrellas. Palpándose montó en cólera, una gran cuchilla de su muñeca. Parecía la hoja de una gran espada que relucía en la oscuridad. Con un tajo de la hoja, cortó la cabeza del Daemon. Entonces, sin perder el tiempo, le metió nuevamente la mano en su pecho y buscó su corazón, arrancándolo en cuanto lo encontró.

Desgarró el corazón por la mitad con un tirón de sus manos.

Lanzando el órgano por encima de su hombro, observó como el Daemon caía muerto al suelo. Isis lo ignoró, se inclinó y clavó la espada de su muñeca en el gusano. La gran bestia se estremeció y aulló de furia y dolor en la noche, un sonido como el de mil uñas arañando una pizarra al mismo tiempo.

Isis se había olvidado de Pulse. El hombre caminaba tranquilamente situarse delante de la boca del gusano.

—Alejaos —gritó y tanto Isis como Flare se apartaron de la bestia.

Pulse levantó sus manos y un enorme rayo bajó a gran velocidad del cielo. Golpeó en el centro de su cabeza. El gusano aulló y se lanzó sobre Pulse, quien eludió el ataque con una sorprendente velocidad. Otro rayo cayó con un sonido explosivo, y todos los pelos del cuerpo de Isis se pusieron de punta debido a la electricidad estática en el aire de la noche. Este rayo también golpeó en la cabeza del gusano, chamuscando y haciendo trizas su cerebro. El gusano gigantesco cayó flácido, muerto, con un último aullido tan poderoso que hizo temblar la tierra.

Flare extendió sus manos y fuego líquido emanó de ellas, sus manos parecían dos grandes lanzallamas, y las llamas engulleron a la una-vez-poderosa bestia. El olor a carne apesetosa, purulenta, muy caliente, llenó el aire, estrangulando a Isis, haciéndola respirar fuertemente y con dificultad. Flare vio el cuerpo tirado del Daemon e inmediatamente también lo rodeó de llamas.

Los tres Shikars se quedaron de pie, contemplando como ardían los cadáveres de sus enemigos. Los cuerpos fueron destruidos en menos de diez minutos por el intenso calor del fuego producido por Flare. Sin embargo el olor permaneció mucho más tiempo, como un mal recuerdo.

Isis de inmediato oyó el sonido del canto de los grillos en la noche. Su cólera se enfrió y trató de recoger la fina hoja metálica de la espada dentro de su cuerpo. No sabía cómo hacerlo. Lo intentó repetidas veces, queriendo retractarla, frustrada.

—No puedo hacer desaparecer esto —gruñó, sacudiendo su mano como si eso hiciera desaparecer la hoja.

Flare la miró, con alivio reflejado en sus ojos ahora que sabía que Isis estaba bien después de esa prueba extremadamente dura. Le sonrió con placer.

—Se replegará. No luches contra ella —instruyó.

Isis dejó caer la mano a su lado y la hoja de su espada arañó la suciedad del suelo, arrastrándola. Isis miró la destrucción a su alrededor. Había un agujero gigantesco en la tierra, ceniza y hollín se veían por todas partes, cubriendo todo con una fina capa de horrible suciedad.

Buscando alrededor a su familia, Isis los encontró acurrucados en el suelo al lado del porche.

—¿Estáis todos bien? —preguntó, sin importarle nada más que el nena de María no hubiera sido puesto en peligro.

Ninguno de ellos respondió. En lugar de eso se agazaparon allí, agarrándose firmemente uno al otro desesperadamente, jadeando y gimiendo como si lo que habían visto los hubiera enloquecido.

—Apártate de ellos, Isis —ordenó Flare. Poniendo el brazo sobre su hombro la acercó contra él. Flare miró a su familia desdeñosamente—. Se ven bien juntos, asustados como niños. ¿No te parece?

Isis se rió ahogadamente y se volvió, colocando su mano en el pecho de Flare y trazando pequeños círculos en sus pectorales.

—Vamos a dejarlos aquí para que limpien este desorden —dijo—. Creo que han tenido suficiente por esta noche.

Flare la miró como si quisiera discutir. Isis le hizo callar con un dedo en sus labios.

—Vámonos. Dejémoslos atrás —dijo—. Nunca más tendré que volver a pensar en ellos. No lo haré.

Su guerrero Shikar la besó amablemente en la frente.

—Si ese es tu deseo.

—Lo es —dijo con un suspiro de alivio, agradecida que no siguiera con el asunto.

Pulse se acercó a ellos.

—Yo no tengo el deber de velar por tu satisfacción, Isis. Así que aquí está mi regalo para ellos.

Un relámpago bajó a gran velocidad del cielo, golpeando la casa en ruinas, envolviéndola instantáneamente en llamas.

—Bien. Ya me siento mejor. —Pulse se rió ahogadamente al observar su propia obra. Luego se puso serio y mientras el cielo se iluminaba con el resplandor de la hoguera que rugía a través de la casa vieja, se volvió a sus compañeros.

—Volvamos a casa —dijo—. Tengo que contar al Concejo sobre este incidente. Los Canker-Worms no son nada comunes en la superficie. Son difíciles de capturar y no hay suficiente metano en el aire para mantenerlos aquí arriba mucho tiempo. Los Daemons pasaron muchas dificultades para reclamarte, Isis. Pienso que con el tiempo sabremos por qué. Una vez que tus poderes florezcan.

Isis entrelazó sus dedos con Flare y lo miró a través de la maraña de pelo, quien no hizo nada para protegerla de la vista de la casa de su infancia ardiendo.

—Vayamos a casa ahora —urgió.

Flare finalmente dio una última mirada asqueado a su familia, aun encogida de terror, y la llevó para siempre lejos del lugar que tanto la había hecho sufrir.

* * * *

Llegaron solos al apartamento de Flare. Pulse había escogido una ruta de viaje diferente, sin duda para permitirles la privacidad que necesitaban, y no estaba a la vista.

—Deberías haberme dejado matarlo —murmuró Flare contra su pelo mientras se acomodaba en su fuerte abrazo.

—Creo que es mejor así. Lo que vieron esta noche los angustiará a ambos, a mi padrastro y mi hermana, durante largo tiempo. Yo digo que los dejemos sufrir, sin respuestas para explicar sus temores.

Flare le sonrió abiertamente.

—Es lo suficiente divertido para pensar en ello, ¿verdad?

Isis fijó su mirada en él.

—Nunca más voy a pensar en ellos —dijo con firmeza.

Isis podía saber por la mirada en sus ojos que estaba orgulloso de su determinación, aunque todavía quería matar a su padrastro. Con un respingo, la espada se retractó en sus huesos y flexionó su mano dudosamente ya que no le había dolido en absoluto.

—Vamos —dijo, tirando de él—. Tomemos un baño y saquémonos toda esta mierda de encima de nosotros.

La perversa sonrisa de Flare hizo magia en su interior.

—Vamos.

Se ayudaron a desvestirse y meter sus ropas en un recipiente cuyo contenido, le explicó Flare, era recogido y lavado por algunas de las mujeres. Llenaron la bañera con agua

caliente, llena de vapor y ambos gimieron con deleite cuando se hundieron en el agua. Sus músculos se relajaron, olvidando las inquietudes y sus preocupaciones del día. Isis se frotó vigorosamente y Flare no fue diferente. Pronto el agua del baño estuvo negra de suciedad.

Salieron del baño y Flare la secó completamente con una esponjosa toalla antes de secarse a sí mismo utilizando esa forma tan extraña. Una vez que las llamas se redujeron progresivamente la abrazó con fuerza, besándola suavemente en los labios y levantándola fácilmente en sus brazos.

Isis derramó besos a lo largo de la fuerte mandíbula de Flare. Sus manos deambularon ávidamente sobre su caliente y desnuda piel, deleitándose con su suave dureza, inquebrantable bajo sus yemas.

Flare la acostó en la cama y separó sus piernas con sus fuertes y ásperas manos. Inmediatamente bajó su cabeza y sacó la lengua para saborearla. Él se detuvo, con sus labios, sus dientes y su lengua para atormentarla. Isis gritó y le agarró firmemente su cabeza hacia ella, contorsionándose bajo sus malvados besos.

Estuvo un rato con los labios mordisqueando su clítoris, su lengua hurgando profundamente. Él reemplazó la lengua por dos dedos, estirándola y penetrándola, sintiendo sus estremecimientos alrededor de sus dedos. Lamió su clítoris y lo succionó, haciéndola gritar y apretando su cabeza aun más con manos desesperadas.

Minutos más tarde no mostraba ningún signo de querer detener su dulce tortura. Isis sintió que su piel estaba hinchada, llena de sensaciones que le robaban los pensamientos y su aliento. Sus caderas se contonearon cuando sus dientes rasparon su clítoris. Cuando sus dedos encontraron su punto G, lo acarició con las yemas de sus dedos, se corrió, arqueándose sobre cama con un rugido

Riéndose ahogadamente satisfecho, la tumbó sobre la cama y reclamó sus labios. Su sabor era embriagador y gimió alrededor de su lengua. Flare estaba tan caliente que Isis sudaba del calor asfixiante en el cuarto. Flare usó su lengua para capturar una gota de sudor de su frente antes de volver sus labios para provocar y atormentarla despiadadamente.

Sus dedos jugaron con sus pechos. Apretando los globos regordetes antes de llegar a sus excesivamente sensibles pezones, se acomodó entre sus piernas abiertas. Se sumergió en ella, dejándoles a ambos sin aliento y temblando de lujuria.

Isis puso sus brazos alrededor de su cuello y le besó con toda la pasión que poseía. Su aliento se entremezcló, su pelo se enredó conjuntamente y sus cuerpos se deslizaron uno contra otro, facilitados por el sudor que los recubría.

—Lo eres todo para mí —murmuró contra sus labios hinchados de pasión.

Isis le abrazó con más fuerza y rodeó con sus piernas su cintura. Se unió a su empuje, quedándose sin aliento y gimiendo jadeantemente. Sus uñas se hundieron en la piel de su espalda, dejándole medias lunas en su carne. Flare gruñó y empujó más fuerte, más rápido dentro de ella.

Se corrieron al mismo tiempo, sus cuerpos eran verdaderamente uno en ese momento de dicha extrema. Isis gritó y su cuerpo absorbió su semilla. Flare gruñó y la abrazó fuertemente contra él.

—Eres mía —dijo firme, posesivo.

Isis logró asentar con la cabeza, cayendo agotada sobre el colchón.

—Siempre seré tuya —susurró unos momentos más tarde.

Flare la estrechó más aún y se acomodaron en cama. Tras varias respiraciones, ambos se quedaron dormidos en los brazos del otro. El suave calor de Flare la sumió en una profunda relajación con la sensación de ser amada y apreciada por su compañero.

Epílogo

Pasaron los meses e Isis pasó la mayor parte de sus horas de vigilia perfeccionando sus habilidades Shikar. Se había vuelto evidente que sería una Casta del Cazador desde el comienzo, pero todavía necesita aprender a controlar a sus cuchillas y su increíble fuerza. No fue fácil, pero el tiempo pasó veloz, como si tuviera alas.

Isis y Flare pasaban sus noches juntos hablando, haciendo amor y aprendiendo más acerca de cada otro, conforme pasaron los días. Ella y Flare se mudaron de su apartamento a uno nuevo en el interior de la ciudad, especialmente diseñado para satisfacer las necesidades de Flare, además de algunas propias. Hicieron su casa juntos y hubo mucha conversación sobre el futuro.

Flare quería tener hijos. Isis aun no estaba lista. Así es que llegaron a un buen acuerdo. Una vez Isis llegara a los treinta años, considerarían formar una familia juntos. Entretanto disfrutarían inmensamente de la compañía del otro. Parecían una familia perfecta, sus temperamentos no eran tan distintos como se podría haber pensado al principio.

Isis se reunía con varios Shikars. Y cada uno era tan hermoso como una flor floreciendo, sus genes eran mucho más complicados que los de un humano. Una mujer llamada Ágata la ayudaba a entrenar por las tardes, enseñándole a afilar sus instintos de caza. Durante el día ella practicaba rigurosamente con sus cuchillas, finalmente comprendiendo el arte de desenfundar y replegar las cuchillas a través de su piel.

No volvió a pensar más en su pasado. Lo fue borrando totalmente de sus pensamientos como si nunca hubiera existido. Su corazón se curó y creció más confiada en sí misma, aprendiendo a crear un hogar fuera de su apartamentito y el de Flare. Construyendo el primer y verdadero hogar que jamás imaginó. Era mucho más maravilloso de lo que nunca hubiera imaginado, siendo una parte del mundo Shikar.

No había más pesadillas. Flare las había borrado con su amor interminable. Isis ya no se sentía sola, a la deriva. Sentía que formaba parte de algo grandioso y mágico, y lo era. Todo acerca de la forma de vida Shikar le interesaba y pronto superó su comportamiento antisocial y entabló amistad con sus vecinos, especialmente con su instructora, Ágata. Isis nunca había tenido a un amigo y eso fue una experiencia reconfortante, algo que atesoraba.

Flare regresó a patrullar los Territorios. Se ausentaba durante seis horas cada día, pero Isis se acostumbró a la separación. Mientras Flare estaba fuera, decoraba su casa y se entrenaba, afilando su cuerpo en una máquina de guerra, un arma.

Un día, Flare la invitó a unírsele en el mundo de la superficie. Isis aprovechó la oportunidad. Antes de que pudiese ir, estaba obligada a llevar puesta la extraña pintura, como de látex, utilizada como una fuerte coraza contra los daños corporales. La llevaba puesta bajo sus ropas, acostumbrándose cada vez más a ella como si fuese una segunda piel. Cuando estuvo lista, Flare la cogió de la mano y viajaron a la tierra de los Territorios.

Llegaron en Hawai al atardecer. Isis pudo averiguar donde estaban por la flora de la tierra y el cristalino océano a lo largo de la costa. Flare cogió su mano y la guió a un área de profunda vegetación. Minutos más tarde, llegaron a un claro e Isis se quedó sin aliento por la sorpresa que había esperándola.

La zona estaba cubierta de flores de todos los colores y texturas. Un gran y suave lecho de pétalos de rosas blancas se encontraba a la sombra de una palmera, esperándolos. Miró a Flare sorprendida.

—No tengo que patrullar esta noche. Pensé que tal vez te gustaría venir aquí conmigo.

—¿Tú hiciste todo esto?

Flare le sonrió tiernamente y pasó una punta del dedo por su suave mejilla.

—Para ti —contestó.

Isis se rió con gran deleite antes de recobrar su control. Miró a Flare seductoramente y se alejó de él. Instando a su compañero, comenzó a bailar para él. Sensualmente eliminando toda su ropa, desnudándose hasta quedar sin nada, provocándolo despiadadamente mientras realizaba su actuación. Flare se deshizo de su ropa en un tiempo récord y en un abrir y cerrar la había abordado al suelo, cambiando de dirección en el último momento de manera que el impacto de su aterrizaje encima cayera sobre sí mismo.

El olor a rosas llenó sus sentidos, emborrachándolos de deseo. Isis se sentó a horcajadas sobre Flare, recorriendo con sus manos todo su pecho y vientre, deleitándose con la sensación de tenerlo entre sus piernas. Su polla se frotó deliciosamente contra su húmedo coño, pero Isis se cuidó de no dejarlo penetrarla. Al menos, no de momento.

Flare agarró un puñado de pétalos rosados y los arrojó en el aire. Cayendo sobre sus cuerpos calientes, ansiosos como una lluvia suave. Una cierta cantidad de los pétalos se enredaron en su pelo, dándoles la apariencia de exóticas ninfas de los bosques.

—Te amo —le dijo y besó su pequeño pezón, jugando con su lengua.

—Te amo —le respondió con un gemido, sus dedos buscando sus pechos para acariciar y jugar con sus gruesos y erectos pezones—. Más de lo que nunca sabrás —terminó jadeando.

Ambos perdieron la capacidad de hablar y la pasión asumió el mando. Flare pasó sus manos por todo su cuerpo, parándose para acariciar sus pechos y su trasero. La agarró por el pelo, haciéndola agachar la cabeza para aceptar su beso. Su lengua entró en ella como la caricia de una llama y succionó amablemente, fusionando sus bocas.

Los dedos de Flare se movieron entre sus cuerpos y encontraron su clítoris. Estaba hinchado y dolorido, y sumergió su dedo para recoger la humedad de Isis y así facilitar la caricia sobre el diminuto botón de carne. La electricidad pasó como un relámpago por ella y gritó incontrolable, ondulando sus caderas de cierta forma que sabía que lo volvería loco.

Su cuerpo se introdujo fuertemente en el suyo, llenándola completamente. Isis aulló de placer y se arqueó con sus movimientos, dándole la bienvenida al grosor de su polla dentro de su cuerpo. No hubo más ternura entre ellos, ambos estaban demasiado ansiosos para eso. Isis le cabalgó con fuerza, rotando sus caderas sobre él, saltando arriba abajo sobre su húmeda y brillante polla.

Esos dedos mágicos de él se burlaban de ella, uno en su pezón y otro en su clítoris. Antes de darse cuenta, ya gemía repetidas veces y con una fuerte estocada, se corrió.

Flare se arqueó bajo ella y encontró su propia liberación, gritando su placer a los cielos, corriéndose profundo dentro de ella. Se irguió y tomó uno de sus pechos profundamente en su boca. Todavía estaba duro en su interior y antes de que pasaran demasiados segundos, él se movía dentro una vez más.

Girando, la presionó bajo la suave cama de pétalos rosados. Él extendió su pelo para admirar el brillante fuego entre los pétalos blancos. Sujetando sus tobillos, puso los pies sobre sus hombros, inclinándola ni más ni menos, para poder penetrarla más profundamente.

La percepción su polla contra su punto G la volvió salvaje mientras la montaba más y más rápido, deleitándose con la exquisita sensación. La temperatura del cuerpo de Flare subió, especialmente en su polla. Quemó delicadamente, enterrado en su interior, y ella se vino otra vez. Fuerte.

Gritó, tirando del pelo y de sus brazos, agarrándose a cualquier cosa que la librara de volverse loca con un placer abrumador. Flare gruñó y se clavó más fuerte en ella, estirando y llenando su cuerpo del mismo mientras ella le ordeñaba con sus pequeños temblores de placer.

Los pétalos se habían chamuscado alrededor de ellos, el humo negro y fragante se elevaba hasta hacerles cosquillas en la nariz. Flare se empujó en su interior una última vez y

disparó su carga dentro de ella con un largo y ronco gemido. Isis sintió el calor de su semilla dentro de ella y disfrutó cada segundo de su éxtasis.

Cuándo llegaron ambos recuperaron sus sentidos, la cubierta de flores estaba quemada hasta las cenizas. Isis le miró, con la ceja levantada, bromeando con él.

—Por lo menos no nos atrapó el fuego —comentó con una sonrisa.

—¿Qué puedo decir? me haces perder el control —dijo tímidamente. Retiró su cuerpo de su interior y la abrazó. Besó sus labios, saboreando sus rincones profundos con su lengua. Estuvieron así durante horas, hasta que el amanecer avanzó a rastras sobre el horizonte.

—Volvamos a casa —le dijo al fin.

A casa. Algo que Isis nunca imaginó tener, ni en sus más descabellados sueños.

—Vamos —dijo, tomando su mano.

El mundo estaba lejos, pero ellos estaban juntos, su manos y sus dedos entrelazados. Y eso era lo que importaba.

Fin